

# Para siempre

*"Basada  
en hechos reales"*

*Norah Carter  
Patrick Norton  
Monika Hoff*

**DOLCE**  
BOOKS

Título: Conquistada.



© 2017 Norah Carter — Patrick Norton — Monika

Hoff y con la colaboración de Fanny Ramírez

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Marzo, 2017.

©DOLCE BOOKS

[dolcebookseditorial@gmail.com](mailto:dolcebookseditorial@gmail.com)

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

# Para siempre



Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff  
con la colaboración de Fanny Ramírez

# Índice

## Conquistada:

<u>Capítulo 1</u>	<u>6</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>11</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>18</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>27</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>34</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>40</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>45</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>53</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>60</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>65</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>70</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>81</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>85</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>92</u>

## Arriesgando:

<u>Capítulo 1</u>	<u>99</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>105</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>114</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>122</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>137</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>149</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>156</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>161</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>168</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>178</u>

## Contigo:

<u>Capítulo 1</u>	<u>188</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>193</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>195</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>214</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>222</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>238</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>253</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>256</u>



Conquistada





UNA HISTORIA REAL  
TRILOGÍA ♡ PARA SIEMPRE

# Conquistada

LIBRO-1

NORAH CARTER  
PATRICK NORTON  
MONIKA HOFF

COLABORACIÓN DE  
FANNY RAMÍREZ

DOLCE  
BOOKS



# Capítulo 1

*Marzo 1992*

Según la hora que marcaba mi reloj, estaba a nada de ganarme un coscorrón de parte de mi madre. Y buena era cuando se enfadaba. A mis quince años, cosa normal a ojos de un adulto, el toque de queda era a las once como mucho. Y eso me fastidiaba.

Acompañada siempre de mi inseparable y loco grupo de amigas, hacíamos todo tiempo de gamberradas y bromas las unas a las otras. Como tanto coreaban las viejas marujas: estábamos en lo que viene siendo la edad del pavo de toda la vida. Solo pensábamos en que los días volaran hasta que el ansiado fin de semana llegara para poder salir. Ese era nuestro mundo maravilloso y creíamos que la vida solo era eso, vivirla y disfrutarla al máximo.

Y como nos gustaba experimentar toda clase de sensaciones, empezando por beber nuestras primeras cervezas, en botellas de litro, nuestros primeros cigarrillos a escondidas... pero eso no era nada en comparación con todo nuestro ritual obligatorio de los fines de semana.

Todo era aventura en aquella época. Parecía que el tiempo se detenía en ese ahora que tanto disfrutábamos, tanto nos reíamos y nunca íbamos a crecer ni a madurar. Y éramos tan felices de esa manera... No había nada que temerle a ese mundo donde estábamos, según nosotras, completamente protegidas de todo mal. Nada nos iba a pasar, porque nos teníamos las unas a las otras. Quizá eso sea lo único que yo recuerde de esa época, lo más bonito que me tocó vivir. La hermandad, la camaradería, las risas... ahora es cuando me doy cuenta de que todo eso no iba a durar para siempre.

Esa noche de recogida, después de haber estado comiendo golosinas hasta casi reventar, simplemente para poder ocultar el sabor a tabaco y a alcohol que llevábamos, pasó lo que viene siendo el principio de todo. Dicho queda, que nuestros padres serían de todo pero no tontos, y por muchos chicles de menta que nos cupiera en la boca, ellos sabían de nuestros trapicheos. No es por nada, sino porque la inteligencia de un padre va más allá de la física. Y ahora lo sé. El caso es que esa noche, riendo y cantando una de nuestras canciones favoritas a son de Camela, un grupo de tres chicos, nos adelantaron.

Se notaba a leguas que eran los típicos surferos. Al vivir en Cádiz, rodeados de playa y sol, lo que más abundaban era esa clase de chicos. Todos bronceados, atléticos, guapos...

—Vaya morenaza —soltó uno con toda su simpatía al pasar por mi lado.

Al escuchar ese apelativo, que claramente iba dirigido a mí, levanté la vista. Casi me atraganté con mi propia saliva y perpleja como estaba me quedé de piedra al reconocerlo. Hacía ya un año que no lo veía. Todo un año, trescientos sesenta y cinco días, en los cuales nunca jamás se me había olvidado su cara. Era un bombón, tan guapo que solo de ser yo la receptora de sus palabras, me hizo sentir especial.

—¿Eres Jose? — le pregunté mientras él continuaba caminando tras adelantarme. Supuse que no me había reconocido.

Se volvió y se detuvo en cuanto sus ojos se pararon en mí. En su rostro, se dibujó enseguida una sonrisa. Me miraba fijamente, reconociéndome al

instante que sus ojos repasaron todas y cada una de mis facciones. Casi chilló histérica al oírlo decir a continuación mi nombre. Aquella reacción me dejó tan fuera de juego que el desparpajo que siempre destilaba, había desaparecido.

—¡Natalia! No te había reconocido ¿Qué es de tu vida? —se acercó a mí, dejando a los demás adelantarse. Mis amigas estaban tan ensimismadas que no se dieron cuenta de que ya no participaba en la conversación.

—Pues nada, lo mismo de siempre — dije de lo más sosa, mientras que le daba dos besos.

Sin embargo el no paraba de sonreír. Eso fue precisamente lo que me acabó de cautivar. Esa sonrisa natural y espontánea que tenía al mirarme a los ojos.

El romanticismo bañaba las calles en aquel momento, incluso el tiempo se paró. A mí a penas me salían las palabras y eso que no me callaba ni bajo el agua. De repente, todo se había vuelto mágico, misterioso, solo estábamos él y yo. Un mundo nuevo que mi corazón creó en ese mismo instante.

Nunca podré olvidar ese rato, de palabras intercambiadas, miradas inocentes. Un escalofrío recorría mi cuerpo continuamente al igual que no dejaba de sudar. ¿Qué me estaba pasando?

—Estás muy guapa — dijo de la nada mientras andábamos tranquilamente uno al lado del otro.

Me ruboricé hasta las orejas ante aquella declaración incluso mis manos empezaron a temblar.

—Gracias —fue lo único que pude decir al respecto.

No sabía que me ocurría. Estaba muda, sin saber que decir. Jamás pensé que un chico me podría causar esa clase de efectos. Pero puedo hasta sentir

esa sensación de vértigo aun hoy, en la boca del estómago.

Nos quedamos parados en mitad de la calle, o fui yo la que hizo que se parara. El caso es que no sabía qué hacer y mis piernas no me funcionaban correctamente.

Yo que era un terremoto, a nadie dejaba en paz y a más de uno le daba dolor de cabeza incluso verme aparecer. Siempre fui la cabecilla de la clase, aquella que en tantos líos se metía. La primera en soltar cualquier disparate y ahora... ahora me había quedado sin habla.

—Pues nada, me voy que estos van muy delante y se pierden seguro, espero verte de nuevo — añadió con un tono gracioso, sin dejar de sonreírme.

El pobre debió pensar que era retrasada o algo peor.

—Vale —contesté sintiéndome de pronto demasiado saturada.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de que hacía mucho tiempo que un chico no me llamaba la atención de la forma en que Jose lo había hecho. Parecía una tontita enamorada, sin saber decir otra cosa que monosílabos mientras daba vueltas a mis infinitas pulseras que adornaban mis muñecas.

Una vez que se hubo marchado, fue cuando el miedo empezó a atenazarme. ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Creerá que soy tonta, estúpida? Seguro ahora estaba arrepentido incluso de haberme saludado en primer lugar, pensé. Yo que con mis amigas era el alma de las fiestas, la que se apuntaba a un bombardeo sin preguntar dónde.

Seguramente, el hecho de que él hubiese aparecido de esa forma tan inesperada delante de mí era lo que había producido en mí todas esas sensaciones que nunca antes había experimentado.

No puedo contar la de veces que me dije «Tonta» esa noche. Me

recriminé hasta la saciedad el haberme comportado como una niña de parvulario.

Las pobres de mis amigas, llegaron a casa con la cabeza hecha un bombo y es que todo el camino lo pasé soltando por la boca, lo que no fui capaz de soltarle a Jose en su momento. Verdaderamente tenían que ser muy buena gente o de estar igual de locas que yo, para aguantarme. Seguramente más de una se tendría que tomar doble aspirina una vez llegaran a casa.

Ese niño había despertado mi corazón y cada vez que lo recordaba el pulso se me aceleraba. Conociéndome, me acosté, ingeniando volverlo a ver lo antes posible. No quería que pasara otro año sin volver a verlo. Comencé a rezar para que sucediera otro encuentro como aquel. Quería verlo. Quería saber si tendría alguna oportunidad. Y por mi madre, que no la iba a desaprovechar.



## Capítulo 2

A la mañana siguiente, los nervios seguían recorriéndome entera. A lo largo de la noche no había dejado de dar vueltas en la cama. Y el responsable de todo eso era un chico de ojos miel, cabello oscuro y sonrisa perfecta, llamado Jose.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza a todo lo acontecido de la noche anterior. No podía borrar de mi mente aquella sonrisa como tampoco conseguía olvidarme del ridículo tan espantoso que había hecho al no decirle prácticamente nada cuando él comenzó a preguntarme.

Tenía un nudo en el estómago tan grueso que era incapaz de desayunar nada. No sabía lo que me estaba pasando exactamente. De repente, era como si sintiera algo muy intenso por él. Yo no me atrevía a llamarlo amor, porque me parecía por entonces una palabra demasiado fuerte para decirla a voz de pronto. Pero estaba claro que sentía algo por ese chico y que sea lo que fuere no podía expresar con palabras.

Si tuviera que describir cómo era Jose, diría que era alto, con un bronceado perfecto, una sonrisa que ni los de *Vitaldent* y lo mejor, una bondad que resumía de cada poro de su piel. Su rostro lleno de luz y de vida era quizá lo que me había acabado de hechizar. Ese retrato que tenía en mi cabeza era el

que me estaba volviendo loca. Mis amigas y yo siempre fuimos de fantasear con eso de enamorarnos a primera vista.

Yo era la que me reía y pasaba de todo, cierto es que de vez en cuando me entraba la curiosidad, pero pronto se me iba de la cabeza en cuanto veía la oportunidad de hacer cualquier trastada. Era una adolescente alocada, con el único pensamiento de pasarlo bien, y apenas me duraban dos días los ligues que conseguía. No me había dado tiempo de pensar en profundidad en esos temas, solo lo veía en películas románticas o en su defecto, en pleno aburrimiento, me entretenía escribiendo cartas de amor ficticias.

Ese día después de mirar el frigorífico en busca de la inspiración divina, sentí la presencia de mis padres a mis espaldas. Sin ver sus rostros sabía que intuían que algo me pasaba. Una vez que los encaré, no sé si fue por las oscuras ojeras que lucía bajo mis ojos o mi mala cara, mi madre empezó a sermonearme. Eché el achaque de que pasé mala noche y que desperté con el estómago revuelto por haber ingerido demasiadas chucherías.

La regañina subió un tono más y es que por mucho que quisiera engañarme, mi madre no era gilipollas.

—No quiero pensar lo que harías ayer tarde por ahí sola o con tus amigas —dijo ella con la intención de sonsacarme información. Y es que con esa mirada de ojos entrecerrados y boca apiñada, daba más miedo que la niña del exorcista.

Obviamente yo juré y perjuré no hacer nada raro, no habíamos estado en ninguna fiesta ni nada en donde pudiera conseguir bebidas alcohólicas. En cierto modo no estaba mintiendo, ya que la cerveza no la conseguíamos de ninguna fiesta, el quiosquero de la plaza nos la dejaba más barata y a escondidas a cambio de que le consiguiéramos alguna foto comprometida de la vecina de enfrente.

Pero la única razón de mi indigestión no era esa ni mucho menos. Si no las irrefrenables ganas que tenía de verlo otra vez. No paraba de fantasear en como podría ser ese momento. Tenía claro que la próxima vez que nos

viéramos no iba a comportarme como la vez anterior. Nada de quedarse callada y mirar a las musarañas mientras el pobre intentaba entablar conversación. Tenía que mostrarme tal y como era, extrovertida, dicharachera...

Una vez que pude zafarme del interrogatorio de mis padres, con la excusa de tener que acabar un trabajo para clase, me puse ropa cómoda y me dirigí directamente a la casa de mi amiga Estefanía. De nuevo volví a mentirles, pero esta vez no era mi loca cabeza ideando, sino mi corazón pedía a gritos que lo hiciera.

Era tan extraño... Cuando sientes algo tan fuerte por una persona y te comportas de una forma diferente que ni tú misma te reconoces. Las personas más cercanas a ti enseguida se percatan, parecen señalar cada diferencia, cada ínfima cosa. La forma de hablar, la de vestirse, en la mirada, en los gestos, en las acciones. Tu mundo cambia, tu forma de observar las cosas y eso quieras o no, los que siempre están a tu lado, lo perciben.

Más tarde de lo que tardaba habitualmente en llegar, toqué el timbre y esperé ansiosa a que me abriera. Gracias a dios no se hizo de rogar y a los pocos segundos, la puerta se abrió. Acto seguido su ceño se frunció y ahí supe que ella también se había dado cuenta de todo. Me dejó pasar y nos fuimos al salón.

Las palabras salieron de mi boca, sin poder pararme a pensar en nada más que desahogarme. Le conté todo lo que estaba pasándome. El hormigueo constante en la boca del estómago, el nerviosismo que no me dejó pegar ojo en toda la noche. Ella, la muy desvergonzada, no paraba de reírse como si todo lo que estaba diciendo, fuera una de mis tantas bromas.

—No me lo puedo creer, Natalia. ¿Estás hablando en serio? —dijo ella sin dejar de reír.

—Que sí, tía, algo me pasa —lloriqueé sintiéndome idiota de repente—. No dejo de pensar en él. No he podido probar bocado siquiera —añadí yo con cierto tono de aflicción.

Con lo que a mí me gustaba comer.

—¿Crees que te has enamorado? — preguntó ella intrigada, ya con la risa pasando a un segundo plano.

—No lo sé. Pero tengo una sensación rara en el estómago, como un aleteo ¿sabes? Nunca me había pasado una cosa así.

Se quedó mirándome como si buscara algún indicio de burla en mi cara, como si en cualquier momento fuera a gritar que todo es una trola.

—De la única de la que no me hubiera esperado algo así, es de ti. Tú que eras la más dura de mollera, que para sacarte una lágrima teníamos que hacer un curso. Te juro que estoy hasta asustada...

En ese momento, tocaron al timbre. Estefanía no esperaba a nadie, pero no era de extrañar que de un momento a otro se llenara la casa de gente. Teníamos por costumbre reunirnos allí, ya sea en el portal o en su habitación. Este era nuestro punto de encuentro generalmente.

Estefanía abrió dejando paso a Carolina.

—Tienes que escuchar esto, ven —dijo Estefanía con efusividad.

—¿Qué pasa? — preguntó Carolina atusándose el flequillo como siempre hacía para no perder la costumbre.

—No pasa nada — intervine lanzándole una mirada envenenada a la chivata.

—Oh, no, nada de eso. Cuéntale a Carolina lo que me has contado a mí. Somos un grupo, tienen derecho a saber tu última locura.

Ella suelta una carcajada dejándome ver que aún no se lo creía del todo. Pero aun así, suspiré y empecé a relatar todo desde el principio.

—Está bien —accedí—. Ayer, cuando volvíamos a casa, un chico, que no veía desde hacía por lo menos un año, me paró y estuvo hablando conmigo un momento. Ustedes estabais en vuestro mundo y siquiera os disteis cuenta de que me quedé rezagada. Pero el caso es que me quedé callada como un muerto, no sabía que decir, si es que no se me olvidó hablar... no sé cómo explicarlo.

—¿No me digas que te has enamorado? — preguntó enseguida una vez que acabé de contarle.

—No sé qué me está pasando —le dije de pronto—, llevo toda la noche sin dormir y tampoco he desayunado. —No sé por qué ese dato era de total importancia. O sea, yo, sin comer. Suerte que tenía un cuerpo que ni una top model, si no, me tendría que levantar con grúa todas las mañanas.

—Eso es que te gusta — intervino Estefanía emocionada y dando palmadas.

Rodé los ojos cuando vi su extraño comportamiento bipolar. Ella era así de espesita a veces.

—Creo que sí. No voy a negarlo — respondí a Carolina, sonrojándome de paso.

—Pero, ¿sabes algo de él? ¿Dónde vive? ¿Conoces a sus amigos? — contrató de nuevo la del flequillo en cortinilla, como si fuera un detective.

—Sí, se llama Jose. Vive en los Pisos Blancos. Tiene el pelo moreno, ojos oscuros, sonrisa perfecta, un pequeño lunar encima del labio... — la mirada se me perdió hacia el horizonte y me vi sonriendo como una idiota al recordarlo.

Pero al no escuchar respuesta alguna de su parte, bajé de las nubes, para

ver su cara blanca como la pared. Acto seguido comenzó a reír sin tregua.

—Pero, ¿qué te pasa? — pregunté yo, riendo también. Su risa era tan contagiosa que siempre nos la pegaba.

—Que lo conozco. Es el Jose. Tuve un rollo con él cuando era más pequeña —dijo ella con soltura y espontaneidad. La risa se me cortó en seco.

—Eres una cabrona — añadió Estefanía con sorna.

—No fue nada. Éramos unos mañacos. Lo conozco, claro que lo conozco —dijo dándome una mirada risueña.

—No me lo puedo creer. —dije todo lo natural posible—. Es verdad lo que dicen: que el mundo es un pañuelo.

Mi sonrisa era más falsa que un billete de veinte duros. Pero no me hacía una pizca de gracia que ahora pueda tener ganas de volver a retomar algo con él. Pero al contrario de lo que pensé, ella se comprometió a conseguirme una cita con él.

—Verás que sorpresa te voy a dar, Natalia. Te prometo que tú a ese chico más pronto que tarde lo vuelves a ver —sus palabras sonaron tan creíbles que me ilusioné.

Aquella misma tarde recibí una llamada de Carolina. Yo estaba en casa y no sabía cómo disimular mi emoción. Me había conseguido una cita con Jose tal y como ella me había prometido.

—No sé cómo darte las gracias. Eres una amiga de verdad — comenté yo con una ilusión desmedida.

—Me lo encontré por casualidad, y se lo propuse. Enseguida aceptó, ¿sabes? — añadió ella con el mismo entusiasmo que yo.

—Madre mía, ¡qué nervios!

—Ponte guapa, colócate un bonito vestido y arrasa. Vales mucho y él lo sabrá apreciar en cuanto te conozca —me animó.

Quedaríamos el viernes por la tarde en los recreativos de la calle Real. El jueves por la noche estaba temblando como un flan. No sabía cómo iba a reaccionar cuando yo apareciera. ¿Por qué había decidido quedar conmigo? ¿Acaso yo también le gustaba? Todas esas preguntas rondaban mi cabeza. Cerré los ojos para intentar dormir, pero no pude. ¿Cómo hacerlo si todo lo que ocupaba mi razón era la expectación e incertidumbre de qué pasaría ese día?



## Capítulo 3

Como predije, ese día estaba de los nervios. ¡Tenía una cita! Y con nada más y nada menos que con Jose, aquel surfero que se había ganado mi corazón incluso antes de darme cuenta de que me faltaba.

El nerviosismo cada vez era mayor, pero era tal mi cabezonería que me obligué a serenarme; me solté mi largo pelo negro, me puse mis Levi's favoritos junto con mi jersey morado que hacía resaltar mis caderas, y lista. Estaba para comerme hasta sin guarnición. Me maquillé a conciencia, intentando tapar las profundas ojeras bajo mis ojos y es que la noche anterior no había podido ser peor. Me entraron unos retortijones, que casi me deshidrato. O bien estaba por coger un virus o es que estaba más atacada de lo que quería confesar.

Me miré a conciencia, y sonreí satisfecha con el resultado. Estaba radiante, bonita. Iba a sorprenderlo y si tengo suerte podré conseguir una segunda, tercera o incluso decima cita con él. Hasta yo me sorprendí de las ganas que tenía de seguir quedando juntos.

Las llamadas mariposas en el estómago se me habían transformado en grandes dragones que no paraban de aletear sus alas.

Ahora me daba cuenta de que estaba sintiendo cosas que jamás imaginé que yo llegaría experimentar en algún momento. Siempre me había reído de todo este tipo de sensaciones. Siempre había considerado que eran tonterías de enamorados. Más de una vez había confesado a mis amigas que yo no me enamoraría jamás. Que yo no me iba a arrastrar por ningún tío y que no iba a casarme ni nada por el estilo. Y ahora ahí estaba con el corazón latiendo como loco, de camino a un salón de recreativos, donde un chaval me había hecho tilín y del que esperaba todo, esperaba por mí.

Si tengo que ser sincera, diría que el camino hasta llegar al salón de recreativos se me hizo eterno. Cada paso que daba, me ponía más nerviosa. Estaba histérica, no paraba de tragar saliva y de suspirar. ¿Quién me mandaba a mí meterme en este jaleo? Pero luego pensaba que aquel chico merecía la pena. Que tarde o temprano esto tenía que llegar y que seguramente, por mucho que lo negara, me estaba enamorando, me estaba enamorando perdidamente. Mis amigas se habían dado cuenta enseguida, pero también serían mis amigas las que me advertirían de que no me fiara de Jose, pues tenía fama de haber salido con muchas chavalas.

Me presenté en el recreativo, y allí estaba él, jugando al Mario Bross. Al verme me dio dos besos y nos pedimos una Coca Cola. De nuevo, me estaba pasando lo mismo que cuando lo vi el primer día, era incapaz de decir ni una palabra.

Él tuvo que darse cuenta enseguida. Porque también se quedó en silencio un buen rato y solo se limitó a sonreírme. Me encantaba que hiciera aquello. Yo volvía a estar cortadísima y de vez en cuando bajaba la mirada con timidez.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas? — preguntó.

—No sé qué me pasa. Me pongo muy nerviosa cuando te tengo enfrente, eso es todo. —confesé logrando al fin hilvanar una frase completa.

—A mí me pasa lo mismo. Todo esto también es extraño y nuevo para

mí, Natalia.

—Pero a ti te veo más tranquilo, yo sin embargo... —hago una mueca mientras remuevo los hielos de mi vaso—. Soy una chica lanzada y mírame, aquí estoy, parada y muda, como si fuese una tonta —dije intentando sonreír.

—¿Te apetece dar una vuelta? —pregunta tras soltar una risa después de lo que le dije.

—Vale —acepté bebiendo de golpe lo que quedaba de mi coca cola.

Un rato después, salimos de allí y nos fuimos a la zona del cementerio, en completo silencio. Se notaba los nervios de ambos y casi lanzo una carcajada al aire de lo patéticos que parecíamos. Nos acercamos a un banco alejado, dando la espalda a unos edificios y sin esperármelo me agarró de las caderas y me sentó justo entre sus piernas. Quedando apoyada en su pecho y sus piernas a cada lado de mis muslos. El corazón casi se me salió del pecho y no sabía si gritar o desmayarme

Su mano agarró mi barbilla haciendo que nuestros ojos se encontrasen y entonces llegó... el primer beso. Ese que hizo encender de golpe cada una de las emociones que me negaba aceptar.

Recuerdo aún ese primer contacto de sus labios y eso que ha pasado ya mucho tiempo. Lo recuerdo como algo extraordinario, como si una corriente de electricidad recorriera todo mi cuerpo. Fue tan inesperado que no me dio tiempo a reaccionar, a que todos los sentimientos que brotaron de mi pecho fueran asimilados por mí. Aquello fue una bomba de relojería que estalló justo en el centro de mi corazón.

No podía creerme que Jose hubiera hecho aquello. Pero yo lo necesitaba, yo me estaba muriendo de las ganas. A lo mejor, en otro momento, si me hubiese besado un chico que no fuese Jose, le habría atizado una bofetada de tal calibre que la recordaría toda su vida. Pero no era el caso. Aquel beso confirmaba que él también sentía algo por mí, que sentía que yo

era también para él y que había algo entre nosotros que no podíamos retener, que no podíamos apaciguar, que no podíamos callar.

Jose era tranquilo. En cambio, yo era todo un torbellino. Me quería comer el mundo lo antes posible, pero ahí estaba en esos momentos, babeando por ese chico que había robado mi corazón y queriendo vivir lo más despacio posible.

Nos miramos y él comenzó a reír. Sabía que su beso me había encantado. Yo creo que estaba tan nervioso como yo, pero él sabía disimularlo mejor. En ese instante y rodeados de gente, sentía que estaba en el paraíso. No me importaba el lugar, lo que me importaba era estar con él. Era como si estuviera en una isla perdida en el océano, como si fuésemos dos naufragos. No me importaba el mundo, no me importaba el tiempo, no necesitaba a nadie, solo a él. Estaba claro que me había enamorado. No necesitábamos a nuestros amigos ni a nuestras amigas cerca de nosotros, pues queríamos estar los dos solos y disfrutar del momento. Sin que nos diésemos cuenta, la tarde pasó rapidísima. El hecho de tener que volver a casa me rompió el corazón. No quería irme y creo que él tenía la misma sensación.

Las noches las pasaba escribiendo poesías sobre él, escuchaba música y lloraba, lloraba de miedo, tenía mucho miedo a perderlo, esa era la verdad.

Pero yo no quería pensar en eso. Yo quería pensar en que lo iba a tener para siempre. Estaba ausente del mundo. En casa no paraban de preguntarme qué demonios me sucedía. No hablaba, no comía, no estaba concentrada en mis estudios. Sólo pensaba en Jose. En el fondo, mis padres, sí que sabían lo que me ocurría, pero pasaba de hablar con ellos sobre ese tema.

Yo los miraba fijamente y sonreía con aire de tontina. Ellos se quedaban parados y volvían a hacerme las mismas preguntas. ¿Qué te pasa?, ¿Estás enferma?, ¿Tienes problemas fuera de casa?, y un largo etcétera. Siempre evitaban la pregunta correcta, que era si estaba enamorada. A lo largo de aquella semana, también tuve que escuchar a muchas de mis amigas advirtiéndome de que aquel tipo no era de fiar, que no me hiciera demasiadas ilusiones, pues Jose tenía fama de haber dejado a otras chicas después de salir

con ellas unos días. Después de aquel beso, vinieron otros. Aún recuerdo la semana en que salíamos todas las tardes un rato. Jose estudiaba por las mañanas en el instituto y por las tardes trabajaba como técnico en una empresa familiar. Cuando terminaba su trabajo, yo iba a recogerlo. Después, nos íbamos a los recreativos o a nuestra particular isla paradisíaca, un murete donde nos sentábamos delante de los pisos.

A veces, hablábamos sobre temas sin importancia, películas, música, programas de la tele. Otras veces hablábamos de nuestros amigos. Pero, la mayoría de las ocasiones, nos quedábamos en silencio. Me gustaba oír su respiración, los latidos de su pecho. Me gustaba que me acariciara el cabello. Veíamos el atardecer en aquel lugar donde nadie nos molestaba, donde todo estaba en silencio. De vez en cuando, algún corrillo de chavales rompía nuestra serenidad. Daban voces y se tiraban piedras mientras huían unos de los otros.

Nada era importante en aquel momento, salvo nosotros. A veces me acompañaba hasta la esquina de mi calle. No hasta la puerta de casa. Queríamos evitar que mis padres nos vieran juntos. Era mejor así. Tengo la sensación de que aquella semana fui verdaderamente feliz, fui verdaderamente dichosa a su lado. No había otra cosa en el mundo que me importara de verdad como aquel chico. Es curioso cómo los sentimientos pueden manipularnos de esa forma. Pero estoy hablando muy en serio. Cada beso era una forma de elevarme, de salir de aquella realidad monótona y aburrida.

Para él, era lo mismo. O eso pensaba yo. Así me lo dijo más de una vez. Yo era alguien que le interesaba, de la que estaba enamorado eso me hacía sentir bien. Cada vez que me lo decía, las mariposas regresaban a mi estómago. Y la ansiedad y el nerviosismo se convertían en sensaciones muy agradables para mí.

Qué pronto llegó la Semana Santa. Jose salía de penitente en uno de los pasos. Era abril y el día 16 era su cumpleaños. Muy ilusionada ese día, quedamos a tomar café. Yo le tenía una sorpresa guardada. Cuando él vio el pequeño paquete envuelto con un papel brillante, se quedó pasmado. No se lo esperaba. Desenvolvió cuidadosamente aquel presente que yo había comprado

para él y, cuando vio la cajita, me miró los ojos y me dijo que no tenía que haber hecho una cosa como esa.

Yo le dije que se estaba convirtiendo en una persona muy especial para mí. Y que quería decirle con aquel gesto, con aquel detalle, que me gustaba, que me gustaba de verdad. Abrió la caja y se encontró con una pulsera de plata. Sus ojos brillaron y, después de mirarlo por no sé cuánto tiempo, volvió a mirarme a mí con ese brillo atrayente que caracterizaba su mirada.

Yo me quedé sin palabras. Él, también. Igual que me había pasado a mí muchas veces, Jose no encontraba las palabras adecuadas para expresar lo que sentía en aquellos momentos. Estuvimos unos segundos en silencio. El momento se convirtió en mágico, donde no hizo falta hablar, solo observarnos a los ojos. Aunque la cafetería estaba llena de gente, el mundo careció de importancia. Volvíamos a estar en nuestra particular isla desierta. Jose se emocionó aún más cuando, al coger la pulsera, se dio cuenta de que su nombre estaba grabado. Como también lo hacía la fecha de su cumpleaños.

Yo me había encargado de que fuese un regalo muy especial, la confirmación de una relación en la que muy poca gente creía. Nos besamos ahí mismo, delante de todo el mundo. Yo volví a elevarme. Estaba flotando. Cada vez que él me besaba de esa forma imprevisible, yo sentía que alcanzaba el cielo. Se puso la pulsera delante de mí. Le quedaba perfecta. Yo me sonrojé cuando él no pudo articular palabra. Sus ojos vidriosos, como si estuviera a punto de llorar, me emocionaron también a mí.

Aquella noche me acompañó hasta la puerta de casa. Ya no nos importaba que los vecinos, conocidos o mis padres nos vieran juntos. Después de despedirnos con un beso largo, yo entré en casa. El corazón me palpitaba como siempre hacía cada vez que lo veía. Curiosamente, en casa no había nadie en ese momento. Me fui a mi cuarto. Me quité la ropa y me puse cómoda. Me acosté en la cama. Aunque estaba cansada y no paraba de bostezar, el sueño no llegaba a mí. Estaba emocionada. Mi cabeza no paraba una y otra vez de recordar cada instante, cada segundo, cada momento de aquella tarde. La pulsera había sido todo un acierto. Ahora tenía más claro que Jose y yo teníamos un futuro. No se trataba ya de un enamoramiento casual y estúpido.

Éramos una pareja. Lamentaba que mis amigas no se alegraran por mí y que siguiera viendo en Jose a una persona en la que desconfiar.

Pero tanta felicidad no podía ser verdad. Por desgracia, las vidas a veces no son como en las películas. Nuestra historia no iba a ser un camino de rosas. Una tarde como otra cualquiera en la que habíamos quedado en el salón de recreativos, encontré a Jose bastante raro.

Aquello me dio muy mala espina. No me gustó en absoluto su semblante. El gesto era serio y sombrío. Yo comencé a inquietarme. No quise preguntarle nada directamente. Lo besé en los labios. Y él no me respondió de la misma forma. Generalmente, era Jose el que llevaba la iniciativa y me besaba como si no hubiera un mañana. Me dijo que tenía que hablar conmigo. Salimos de los recreativos y fuimos a una cafetería que estaba cerca.

Yo temblaba. El tono de su voz no me había gustado tampoco. Aquel que denotaba tristeza, era también el reflejo de su cara. Yo lo miraba ilusionada, sin embargo. Pero él no me correspondía de la misma forma.

Nos sentamos en una mesa y yo me pedí una *Fanta*. Él no pidió nada, algo que me extrañó muchísimo. Estuvimos callados un buen rato. Yo esperaba que él comenzara a hablar enseguida, pero no lo hizo. Estaba muy nervioso. Nunca lo había visto así.

De repente, me soltó la bomba.

—No podemos seguir saliendo, Natalia.

—Pero, ¿qué pasa? — pregunté yo tragando saliva. Tenía las lágrimas casi derramándose de mis ojos.

—No veo futuro en lo nuestro. Somos demasiado jóvenes y quizá estamos yendo muy deprisa — dijo él con un hilo de voz, sin mirarme siquiera.

—¿Es por la pulsera? La devuelvo si hace falta. No quería abrumarte.

No era mi intención agobiarte, perdona — añadí yo con tono desesperado.

—No es la pulsera. Es que no podemos seguir. Simplemente eso.

—Pero yo te quiero, Jose. Yo te quiero — mis palabras sonaron a súplica.

—Tú también eres una persona muy importante para mí, pero hazme caso. Es mejor así. Encontrarás a otra persona.

—Jose, ¿he hecho algo que te pudiera molestar? — pregunté yo con el mismo tono de desesperación del principio.

—No lo hagas más difícil. No podemos vernos más. Y ya está — repuso él con un tono cortante.

Cuando terminamos de hablar, yo no supe qué hacer. Mi mundo se desmoronaba. Ya no éramos dos náufragos en una isla perdida. Nuestro mundo se desquebrajó en mil pedazos. Todo aquel universo de fantasía con el que yo estaba encantada desaparecía delante de mis ojos. Él se levantó de su silla. No me miró. No me besó. Dejó unas monedas para invitarme el refresco y se marchó. Mi corazón estaba destrozado. Agaché la cabeza y miré al suelo mientras mi infierno empezaba.

Ahora tenía que darles la razón a mis amigas. Me había equivocado. Me había equivocado por completo. Aquella relación había sido un fracaso. No quería pensar que Jose era un mentiroso y que simplemente me había engañado. No quería pensar que Jose era de esos chicos que se dedican a ligar con muchachas para luego abandonarlas y así demostrar su hombría delante de sus amigos.

No quería pensarlo. Pero a veces la cabeza va más rápida que el corazón. Y entonces sentí que yo era una víctima, posiblemente una víctima más de aquel chico en el que yo había confiado y había puesto todas mis ilusiones. Me levanté de la silla y me encogí de hombros. Me crucé de brazos

y, caminando despacio, muy despacio, me fui para casa.

El camino se me hizo eterno. Solo tenía ganas de llorar, pero no quería que nadie me viera. Quería hacerme la fuerte. Estaba deseando llegar a casa para hacerlo. Y así fue, entré en mi cuarto. Mis padres me preguntaron qué me pasaba, pero yo no le contesté, o recuerdo que les contesté algo para salir del paso.

Me eché en la cama y mi rostro se hundió en la almohada. En ese instante estallé. Grité y me puse a llorar desconsoladamente.

El amor era una mierda.



## Capítulo 4

Triste, deprimida, sin consuelo, así me sentía desde que Jose me dejó. No podía aguantar tanto dolor, no me concentraba en los estudios, esos que casi ya daba por perdidos, y que intentaba sacar por la presión que me daba mi madre. Pero era imposible concentrarme en algo más allá que mi propia tortura.

Pasaban los días y no tenía noticias de él, mis amigas intentaban consolarme, pero no había manera de hacerlo, salíamos de fiesta, pero nada era lo mismo, miraba para todos lados soñando que lo volvería a ver.

Me daba vergüenza mirarlas a la cara. Ellas no se habían equivocado. Yo había fracasado. Me había hecho unas ilusiones que no habían sido correspondidas por ese chico del que me había enamorado perdidamente.

Creo que aquel desengaño me había venido muy bien, si tenía que buscar un lado positivo de aquel fracaso. Me había de lujo porque me hizo darme cuenta de cómo es la vida y como debía aprender a vivirla. Por primera vez, me daba cuenta de que mi vida no iba a ser fácil y que de alguna manera la felicidad también se basa en ese tipo de tropiezos. Pero el dolor era grande. La ansiedad volvía a mí cada tanto y sentía un dolor muy fuerte que me oprimía el pecho. No sabía cómo hacer frente aquella situación. Me había

equivocado con un hombre y seguramente ahora desconfiaría de todos. Me había equivocado con el amor.

De hecho, una mañana en el instituto me enteré de que Jose estaba con otra y, ese día, mi mundo se desmoronó por completo tanto o más como lo había hecho el día que rompimos. Entonces comprendí que para él había sido una más y eso me terminó de matar. ¿Por qué existían los hombres como Jose? ¿Por qué existían hombres que hacían ese tipo de cosas a las mujeres? Estaba hundida y también decepcionada con la vida. No entendía que el destino se comportara así conmigo.

Yo era una chavala, simplemente una niña tonta que se había enamorado. Y, sin embargo, aquel chico había jugado conmigo, con mi ingenuidad, con mi inocencia. Aunque mis amigas y yo éramos traviesas y hacíamos toda clase de locuras, en el fondo, no éramos nadie. Y eso era lo que había sucedido, Jose me había manipulado como había manipulado a muchas muchachas tal y como me habían asegurado.

El viernes salimos, pues claro, mis amigas no iban a permitir en ningún momento que me viniese abajo, así que yo también decidí quitármelo de la cabeza y divertirme como hacía tiempo no lo hacía.

Entramos a una discoteca que en aquel entonces la llamábamos “La light”. Era la única a la que nos dejaban entrar siendo menores de edad. Inconscientemente mi mirada barría el lugar, buscándolo. Pero sabía que no lo iba a encontrar. Al fin y al cabo, él se movía con otra gente y por otros sitios. Pese a sentirme engañada, mi corazón me pedía verlo. Me sentía ridícula. Me sentía avergonzada de mí misma al reconocer que no me importaba mirarlo a los ojos otra vez. Aunque solo fuera por unos breves segundos.

Seguramente no me atrevería a pedirle explicaciones. Estaba todo dicho. Él me había dejado por otra. Pero el amor que yo sentía hacia él por desgracia no había desaparecido de la noche a la mañana. De alguna manera, si yo lo viera, mi ansiedad desaparecería por unos instantes. Sentiría el alivio de saber que él estaba bien y qué quizá, en algún momento, podríamos sentarnos con tranquilidad hablar de lo que había sucedido. Pero todo eso eran

fabulaciones que yo me iba haciendo en la cabeza para negar lo evidente. Y lo evidente era que yo había sido engañada. Me había utilizado. Y estaba completamente abrumada por el hecho de que mi corazón no quisiera reconocerlo.

Después de repasar cada rostro a mi alrededor, y con aire depresivo, me dirigí a la barra a pedir un refresco.

—Una Coca — Cola, por favor — dije al camarero.

—Otra para mí y se la cobras a ella — dijo un chico a mi lado.

Lo miré riendo, me había causado gracia el morro que tuvo. Pude descubrir, además de una preciosa sonrisa, unos ojos azules como el cielo y un pelo castaño que lo hacían de lo más guapo.

—No tengo dinero — encogió los hombros sin dejar de sonreír.

—Está bien, ponga dos — dije al camarero riendo.

—Gracias, pero te la vas a tener que tomar conmigo. ¿Qué menos después de haberme invitado tan amablemente?

—¿Seguro? No creo que sea buena compañía en estos momentos — le respondí con el alma por los suelos. Lo que menos me apetecía era lidiar con otro chico.

—Me llamo Sergio y tranquila, yo te quito las penas — guaseó dándome dos besos con toda la naturalidad del mundo.

—Pues creo que eso es imposible... — le contesté como si hablar con un desconocido, fuera una cosa de todos los días. Pero en verdad parecía que lo conocía de toda la vida, y tenía tantas ganas de desahogarme, que al final acepté su compañía.

Me cayó tan bien aquel chaval, que empecé a olvidarme de mi tristeza.

Además, era un chico muy guapo y su simpatía me había hechizado por unos instantes. Lo más curioso es que su aparición hizo que no volviera a buscar a Jose en todo el rato que estuvimos charlando.

—Cuéntame — dijo mientras daba un sorbo a su refresco.

—Hombres... ¡no hay quién os comprenda! — solté con ánimo, de verdad me gustaba hablar con él.

—Todos nos somos iguales, hay mucho bicho suelto...

—Ya — acepté con una carcajada.

—¿Te ha ignorado algún chico verdad?

—Bueno más que ignorar, me ha robado el corazón y se ha quitado de en medio — confesé sintiendo la rabia de nuevo subir por mi garganta. Pero simplemente me digné a encogerme de hombros como si no me afectara lo más mínimo.

—No te preocupes que yo nunca te dejaré — dijo descaradamente haciéndome sonreír.

El tío era un actor de primera. Me estaba sacando unas sonrisas y no era fácil porque yo lo estaba pasando fatal. Seguimos con el cachondeo durante un buen rato. Me lo estaba pasando genial. Había encontrado en Sergio una clase de distracción que yo necesitaba. Mis amigas se habían separado de mí. Las había perdido de vista por unos instantes, pero luego me enteré de que no me quitaron ojo. Vaya unas cotillas. Yo no sé qué tenía yo que normalmente era la que más ligaba, la que me encontraba con todos estos chavales que intentaban enseguida encandilarme. Sergio le estaba consiguiendo. Porque su naturalidad y su espontaneidad me eran de lo más excitantes.

—¿Quién te dijo que vaya a estar a tu lado? —dije yo haciéndome la dura e interesante.

Siempre escuché de que para ganarte a un hombre tienes que hacerlo sufrir, quizás ese fue mi fallo con Jose y en vez de dejarlo yo a él, él lo hizo conmigo.

—¿Ah no? Pensé que estábamos comenzando una relación —protestó haciendo una mueca, ofendido.

—Sí, claro, te conozco de... ¿hace 5 minutos? Sí, una relación en toda regla, ya tenemos hasta la fecha de la boda —me carcajeé de lo lindo haciendo que él también riera a la par.

—¿Cuánto te bastó para enamorarte de él?

—Estás loco — reí, era verdad, con Jose me bastó solo una mirada para caer de cabeza a sus pies.

—Entonces qué... ¿Quieres salir conmigo?

—¿Pero me lo estás diciendo en serio? — pregunté flipando. Las manos me empezaron a temblar así que las apreté en mi regazo intentando no hacérselo ver.

—¿Me ves cara de broma? — preguntó haciéndose el serio. Realmente era guapísimo, encantador y me estaba haciendo reír como nadie.

—¡Sí! —respondí muerta de la risa.

—Pues no, así que respóndeme y no me hagas preguntarlo dos veces, porque si no, me veo en la obligación de convencerte y eso haría que mi garganta se secara, por lo que me tendrías que pagar una segunda coca cola.

—¿Qué morro tienes! ¿Me quieres pedir salir? ¿Me quieres a tu lado para pagarte coca colas? — no podía parar de reír.

—Aparte de eso, porque me gustas.

—¿Te gustan todas las que te pagan los refrescos?

—No me cambies el tema, estoy esperando tu respuesta.

—No te voy a contestar a eso, me lo tomo a broma...

En esos momentos, me agarró por el cuello y me pegó contra sus labios, me dio un beso de esos que dejan claro quién manda, sinceramente me dejó llevar... Necesitaba aquel beso de tornillo. Cuando se separó de mí, estuve a punto de cruzarle la cara. Se había pasado tres pueblos. Pero yo, en el fondo, agradecí que lo hiciera. Me había subido la autoestima de una forma bestial. Lo miré con los ojos incendiados. Ojalá hubiese seguido besándome.

—Ya me has respondido.

—¡Qué morro tienes!

—Pues sí, pero me vale para alcanzar mis objetivos.

—Ya veo... — negué con la cabeza riendo.

—Dile a tus amigas — señaló a la pista — que ya os veréis, te voy a acompañar a tu casa y vamos a disfrutar de esta preciosa noche primaveral.

—¡Estás loco!

—Sí, y a ti te gusta...

—¡Qué descarado eres!

—Vas y se lo dices tú ¿O lo hago yo?

—No, no, ya voy yo — solté una carcajada mirando a la pista que veía como mis amigas nos miraban cotilleando.

Mis amigas me dijeron que se alegraban. Les dije medio en broma que me iba con mi nuevo novio, así que amando a Jose, en esos momentos salía de la discoteca con un nuevo chico, que no me había robado el corazón, pero sí que... me había impresionado.

Sergio era una bomba, era todo lo contrario a Jose.

Los días pasaron al igual que los meses. Me esperaba cada día en la puerta de casa, haciendo que mi madre se enfadara y pusiera el grito en el cielo cada vez que llamaba por mí. no me deja ni a sol ni a sombra, y eso me hizo feliz.

No había vuelto a ver a Jose, pero eso no hizo que no llegara a mis oídos su idas y venidas con cualquier chica cada día. Pero como todo en la vida, a mí me tocó acostumbrarme a eso. Empecé a sentir cosas por Sergio, comencé a olvidarme de Jose, pero muy en el fondo rezaba para que ahora que estaba mejor, no me lo encontrara de nuevo.



## Capítulo 5

*22 de agosto 1992*

Estaba feliz. Esa noche iba con mi amiga Sonia al concierto de Terapia Nacional y no cabía en mí de felicidad. Sergio, como siempre, no tenía dinero para la entrada por lo que le tocó quedarse fuera. Quedó conmigo que me recogería una vez finalizado el evento. Mi vida volvía a sonreírme y mi mundo poco a poco volvía a ser el que era. Sergio me estaba dando estabilidad, risas y momentos únicos y aunque aún echara de menos a Jose, me hacía ver que ya no formaba parte de mi presente. Me dolía, eso sí, me apenaba la sola idea de no volver a verlo jamás, como también sabía que me vendría bien su ausencia. La madurez hizo mella en mí, ahora que el palo había pasado. Veía las cosas desde otro punto de vista, más precavida. Lo que me pasó no deja de ser un aprendizaje que me ayudaría a seguir adelante y aprovechar cada instante.

No podía estar fantaseando continuamente, eso también tenía que agradecerse a Sergio. Me puso los pies sobre la tierra, entre otras cosas, porque tenía las cosas bastante claras y eso hizo que yo también me replanteara mi camino. Ya valía con los príncipes azules que yo misma me inventaba en la cabeza y que había visto reflejado en Jose. Eso no deja de ser un mero espejismo de la realidad.

Con toda la ilusión del mundo, me puse unos pantalones de lycra, pegados y en tonos pasteles que me encantaba y una camiseta blanca de tirantas. Me veía radiante, guapísima y cómo diría mi Sergio: todo un pivonazo. Era tan segura de mí misma que eso era lo que más atraía a los chicos, o por lo menos, eso me decían mis amigas.

Dos horas antes de que empezara el concierto, ya estábamos en la puerta para conseguir nuestras entradas. Cada cual chillaba y cantaba a coro cualquiera de las canciones y no podía estar más feliz. No parábamos de chillar como locas histéricas. Todo el mundo nos miraba. Ahora que lo pienso, no sé por qué éramos tan ruidosas, pero entonces entiendo que apenas éramos unas crías emocionadas. Muchas veces me río sola, recordando aquellas escenas. Escenas de mi pasado que se proyectan en mi mente de vez en cuando.

De repente, levanté la vista sintiendo una fuerza sobrehumana que me obligaba a hacerlo. Y me encontré con él. Iba acompañado de su inseparable grupo de amigos y cuando tenía la seguridad de que pasaría por mi lado sin siquiera percatarse de mi presencia, gira la cabeza y me ve. Mi corazón dio un vuelco, casi puedo imaginarlo dar un salto mortal con doble tirabuzón, y todo. Las piernas me empezaron a temblar, junto con todo el cuerpo. Mi cabeza se hizo un lío, sin saber qué hacer o decir o simplemente pensar. ¿Quería verlo? Sí. ¿De verdad? No.

Sonia tiraban de mí, incluso se puso en frente para entorpecerme la vista directa hacia él. Pero no pude evitar esquivarla, porque Jose venía directo hacia mí. Vi en su mirada el interés, las ganas de hablarme. Y yo no podía impedirselo. No cuando yo también me moría por hacerlo.

—Hola —saludó antes de inclinar la cabeza y regalarme dos besos en cada mejilla, seguidos de una preciosa sonrisa. Esa sonrisa que tantos suspiros y llanto me arrancaron.

—Hola, ¿Vienes al concierto? — pregunté nerviosa.

—No, pero, si quieres entro con vosotras— dijo divertido.

—No tengo dinero para invitarte — bromeé.

Estaba tan acostumbrada a hablar así con Sergio, que se me hizo fácil sacar mi verdadera personalidad. Lo que tampoco cabía en mi entendimiento era la razón por la que me atrevía a darle conversación a un tipo que tanto daño me había causado. No sabía qué demonios me estaba pasando, pero su tono alegre, aquella sonrisa hipnótica y todo él, eran los únicos culpables.

Escuchaba como mi amiga murmurar descontenta y enfadada por mi falta de sentido común. Pero ni yo misma sabía el por qué lo hacía en primer lugar.

Lo que más me sorprendió de todo es que parecía no haber pasado nada entre nosotros. Hablaba con naturalidad, como si aquella fatídica tarde no hubiera roto y pisoteado mi corazón hasta convertirlo en un guiñapo.

—No me hace falta — dijo contestando a mi broma—, te recuerdo que trabajo pese a mi edad, así que voy a ventanilla saco una entrada y entro.

—¿Y tus amigos? — le pregunto viendo cómo se adelantaba hacia la taquilla.

—Les digo que los veo mañana — se encogió de hombros y fue a comprar su entrada.

Sonia y yo estábamos flipando. ¿Jose de concierto con nosotras? Lo peor es que Sergio sabía de su existencia, encima lo conocía, pues vivían relativamente cerca. Para colmo, me estaría esperando a la salida, pero... ¡Yo seguía amando a Jose! En esos momentos, era la más feliz del mundo y creía que nada iba a salir mal.

Sonia en un momento de la noche, se encontró con su prima, dejándonos a solas. Él empezó a hablarme de sus cosas, de lo que le gustaba hacer. Trabajaba por las mañanas y hacía surf y skate, cuando no estaba estudiando.

En un momento de la noche, con un litro de cerveza casi acabado, empezó a repasar mi cuerpo de arriba abajo, sonriendo y apreciando cada curva de mi anatomía. Algo me decía, que le gustaba lo que veía.

Bebíamos, nos mirábamos y cantábamos hasta que entre la nebulosa que estaba hecha mi cabeza, me tiró hacia atrás en el césped donde nos habíamos sentado y empezó a besarme. Nos besamos con ganas, con ansias vivas. Haciéndome recordar cada ápice de esos días felices a su lado. Me hizo olvidar a Sergio, el cual seguramente ya estaría esperando por mí, fuera del recinto. Pero no había cabida para eso en mi cabeza. No cuando sus labios y sus manos eran todo lo que necesitaba para respirar.

Estaba desesperada, era incapaz de soltarle, sin que me doliera el corazón. Lo quería y necesitaba tanto... una parte de mi cerebro, me decía que, pese a la traición, aquello me venía bien. Parece una auténtica locura, pero así era. Estaba feliz, pletórica. No podía controlar mis impulsos.

Empecé a comparar sus besos con los de Sergio, mientras que Sergio lo hacía lento, él era rudo y ansioso. Me estaba excitando como no había manera. Entre la música, el alcohol recorriendo mis venas y la pasión que transmitía de Jose, hizo que el momento se hiciera eterno y único. Seguramente estaba traicionándome a mí misma. Había caído de nuevo en la trampa.

Pero nada me importaba...

—No te voy a dejar más — dijo ante mi asombro, buscando aliento.

—Jose, estoy con otro — le confesé apenada desviando la mirada.

—Estás conmigo, me quieres a mí y lo sabes, si no, no estarías aquí besándome.

—Me estará esperando fuera...

—Pues elige, sales por esa puerta agarrada de mi mano, y comenzamos esta historia juntos, o te vas con él y no vuelves a verme nunca.

—Quiero estar contigo.

Jose me agarró de la mano y me sacó de allí. Yo quería que la tierra me tragase, en cuanto lo vi. Allí junto con sus amigos, sentado en un pequeño muro, esperándome. En cuanto reparó en nosotros, su sonrisa murió en sus labios y agachó la cabeza. Ahí, en ese mismo momento, aprecié el daño que le había causado. Noté como su corazón se rompía en mil pedazos. Pero está de más decir, que a quien amaba no era a él si no al chico que tiraba de mi mano y me alejaba de la multitud. Ese por el que me sentía completa de nuevo. Feliz al extremo.

Al día siguiente, nos fuimos a la playa juntos, cogimos el autobús y nos fuimos para Cádiz. Yo estaba de lo más feliz del mundo, por fin volvía a sentirme bien, por fin lo tenía conmigo.

Qué rápido se olvida el dolor. Estaba en la cama recordando lo feliz que había vuelto a ser, así que decidí escuchar a uno de mis cantantes favoritos y esa canción que en esos momentos me venía como anillo al dedo...

*Junto a ti  
despierto y estoy entero  
es que sí  
amar es total para mí  
junto a ti  
despierto y me siento nueva  
pienso que  
amarte es total para mí  
nadie sabe que los dos  
aquí  
abrazados  
nos lanzamos al vacío  
déjame tocar tu cuerpo pálido  
con tanta fuerza  
que ya nunca ría ni que llore  
márcame en le piel tu huella mágica*

*tu huella personal  
nuestro amor es total  
junto a ti  
no pienso porque no pienso  
junto a ti  
amarte es total para mí...  
es  
lo que ves  
poca cosa  
un historia de amor  
que no pesa  
que no pasa  
que se queda entre los dos  
que te va  
que te viene  
que te llora y te sonrío  
que te toca  
que te lía  
que no sabe ni porqué  
junto a ti  
despierto y no sé si es cierto  
es así  
estoy en el límite  
junto a ti  
que sientes lo que yo siento  
es que sí  
amarte es total...para mí*



## Capítulo 6

*Septiembre 1992*

La familia de Jose aumentaba. Su mamá había dado a luz. El hermano menor de Jose había acabado de nacer, siendo el cuarto hijo. Eran tres chicos y una chica, aún no entraba en su casa naturalmente. Pero, como hice migas con la hermana, un día me instó a entrar para que conociera al pequeño de la familia. Jose estaba trabajando, cuando se enteró casi me mata, pero le hizo gracia, solo subí en calidad de amiga y no como su novia.

Nuestra relación se consolidaba. Éramos felices juntos, mi madre ya sabía de su existencia, la suya también, no le hizo mucha gracia, pero ella imaginaba que eso duraría poco, al fin y al cabo, éramos muy jóvenes, pero nosotros teníamos claro que queríamos estar juntos.

Creo que de alguna forma Jose también había madurado. Creo que le estaba gustando de veras estar conmigo. El tiempo iba pasando y, sin darme cuenta, había descubierto en él a una persona en la que podía confiar de verdad. Todo iba sobre ruedas. Los rumores sobre su habilidad para ligar con una y otra chica iban desapareciendo de su historial. Al menos era lo que yo pensaba. Notaba también con otra actitud a mis amigas que parecían darse

cuenta de que aquel chico iba en serio conmigo. Eso me alegraba.

Descubrí que la felicidad no estaba reñida por el dinero. Jose me demostraba desde su sencillez que era capaz de tenerme contenta, de hacerme soñar y yo no le pedía más. Ni a él. Ni a la vida.

Han pasado los años y sigo pensando lo mismo.

Nos veíamos un rato algunas tardes, ya que teníamos que estudiar, cosa que él alternaba con el trabajo; eso nos hacía estar más cómodos. Los fines de semana teníamos más libertad, siempre y cuando por las noches cumpliéramos los horarios que nos imponían nuestros padres. Seguíamos siendo unos críos a sus ojos.

Mi mundo de nuevo era él y tenía la sensación de que yo, pese al currículum que él tenía de picaflor, me había convertido también en su mundo, en su pequeño mundo. Pero eso nos bastaba. No necesitábamos nada más. Nuestra felicidad era infinita, mientras estuviéramos juntos.

De alguna forma, volvimos a estar en aquella isla desierta de fantasía y cuando íbamos a la playa, aquella fantasía de los dos naufragos parecía más real que nunca.

Mirábamos las olas, el horizonte azul. A veces el cielo y el mar eran la misma cosa. La brisa nos traspasaba y entonces, sin que yo se lo pidiera con las palabras, pero sí con la mirada, me tumbaba sobre la toalla y volvía a besarme apasionadamente. Y el mar, y el rumor de las olas, y las mareas cubriendo las rocas y los bancos de arena, se convertían en nuestra particular banda sonora.

No sé si Jose experimentaba lo mismo que yo, pero yo me sentía dentro de una película. Era la protagonista de una aventura que solo era posible ver en el cine.

Después de besarnos, yo lo miraba, absorbida por la luz de sus ojos, y entonces reíamos juntos, y nos decíamos cosas bonitas. Y el mundo que yo

conocía, una vez que dejáramos la playa, no era el mundo real. Porque el mundo real era aquel en el que él y yo estábamos sumergidos, rodeados por las aguas que no paraban de susurrarnos desde ese horizonte azul y lleno de luz.

—Te quiero mucho, Natalia. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. No me despiertes nunca de este sueño, Jose.

—¿Qué sueño? ¿De qué me hablas? — preguntaba intrigado.

—De *este* sueño. No quiero despertar. Dime que siempre vamos a estar juntos — le pedí yo con una voz entrecortada. Me daba un miedo atroz volver a pasar lo que pasé.

—Claro que vamos a estar siempre juntos. Te lo prometo.

—Me alegra mucho oír eso — dije yo entre triste e ilusionada.

—¿No me crees? — preguntó frunciendo el ceño.

—Quiero creerte, Jose, pero tengo miedo — dije yo dejando de mirar a sus ojos.

Volví mi mirada al mar, a esas olas que engullían la arena, que morían en la orilla una y otra vez, eternas, como si nunca fuese a cesar aquella fuerza que las empujaba.

—No tengas miedo. No te voy a dejar otra vez. Estoy muy arrepentido de lo que hice. Aquello fue una chiquillada.

—Sufrí mucho. No te puedes imaginar cuánto.

—Lo sé. Fui un auténtico cabrón. Nunca tenía que haber sucedido algo así, ¿sabes? — su voz sonaba triste y melancólica, lo que produjo en mí un efecto de alivio.

—Si me dejas, la próxima vez te lo hago pasar canutas.

—Me lo merecería por supuesto.

—Te prometo que voy a joderte toda la vida como me vuelvas a dejar.

—¿Me vas a joder? — soltó una preciosa sonrisa.

—¡Toda la vida! — le propiné un beso en sus labios.

—No serías capaz...

—No me conoces, una vez vale, dos... ¡Voy a por ti!

—Vale, me ha quedado clarito.

—¡Más te vale! — me tiré encima de él y me lo comí a besos.

De alguna forma, no puedo separar mi relación con Jose del paisaje de la playa. Había algo en el mar que hacía que aquellos encuentros fueran especiales. A veces me sonrojo cuando recuerdo este tipo de experiencias. Pero no puedo mentir. Era el mar y el cuerpo, y los ojos, y la boca de Jose lo que me hacían sumergirme en esa especie de sueño, un sueño que vivía dentro de mi propia realidad.

Creo que él no era tan soñador como yo. Por mucho que me prometiera que no iba a dejarme, siempre tendría la duda. Mis fantasías creo que no eran las tuyas, punto, pero no me quedaba otra que confiar en él. Quizá era una ilusa, pensando en el futuro, en un futuro junto a él, en un para siempre. Creo que tenía que ser más práctica. Si de algo me había servido en su momento aquel fracaso amoroso con Jose, era precisamente para darme cuenta de que la vida no era igual que en las películas. Sin embargo, no podía evitarlo, cuando estaba junto a él, todo volvía a teñirse de color rosa. Y prefería entonces ser una ilusa que vivir en el mundo real donde el miedo acaparara todo.

No me preguntéis por qué. Pero me juego todo lo que queráis a que no soy la única a la que pasa eso.

Llegó noviembre y el día cuatro era mi cumpleaños. Jose me sorprendió con un disco de Terapia Nacional en recuerdo del día que comenzamos de nuevo la relación. Iba acompañado de una orquídea y una caja de bombones.

Era feliz, Dios sabía cuánto lo era, estaba empezando a dibujar una sonrisa en mis labios difícil de borrar.

—Me encanta...

—Por eso te lo regalé...

—Es el disco de nuestro concierto...

—Bueno, exactamente del concierto de Terapia Nacional, pues con lo mal que cantas, no creo ni que te abriesen un bar para que lo hicieses — bromeó.

—Qué estúpido eres...

—¡Yo también te quiero!

—No te creo...

—¡Ya empezamos! No seas paranoica...

—Ojalá fuera eso.

No me concentraba en los estudios, no podía, mi mente estaba en Jose, ese hombre que era la inspiración de mi vida y de las letras que a veces escribía en algún papel que luego guardaba, o cartas de amor que le entregaba y a veces, él me respondía con otra.

Llegó Navidad y justo después de las cenas, nos íbamos a pasar la

noche con amigos a un club que hacía fiesta privadas para menores. A nosotros nos hacía mucha ilusión el poder pasar toda una noche juntos, aunque aquellas no pasaran de los besos, esos besos que enamoraban cada rincón de mi corazón.



## Capítulo 7

*Enero 1993*

Nuevo año. Todo empezaba con ilusión. Jose formaba parte de mi vida. Pese a mis 16 años, estaba deseosa de poder vivir con él, pero nada tenía que ver con todo lo que iba a acontecer.

Hay algo de lo que he sido consciente conforme han pasado los años y es que el destino es imprevisible. Por mucho que queramos evitarlo, la vida siempre nos sorprende para bien o para mal. Ese año que comenzaba iba a saberlo por experiencia propia. Jamás imaginé que las cosas iban a suceder como así sucedieron. Ni siquiera en mis sueños, ni siquiera en mis pesadillas. Sí, así es. La vida es imprevisible. Yo no era más que una loca niña enamorada. Ese chico me gustaba de verdad. Éramos felices a nuestra manera. No éramos nada diferentes a otras parejas que a nuestra edad comienzan a salir y a pasárselo bien.

Aunque me costaba aceptarlo, yo sabía que el futuro al lado de Jose estaba todavía muy lejos. Aunque soñaba con bodas, con hijos, pero siempre adoptados, era muy sensible con ese tema, con tener una familia y un trabajo al lado del amor de mi vida, todo estaba aún demasiado lejos. Aunque Jose no me lo comentaba, él pensaría lo mismo que yo. Simplemente disfrutábamos del

presente. No mirábamos más allá del fin de semana, de las vacaciones o de algunos planes que hacíamos con otros de nuestros amigos.

El Día de Reyes me regaló infinidad de cosas. Eran nuestros primeros Reyes juntos. Pasamos todo el día en la calle, comiendo, merendando y cenando. Cualquier tontería que hiciese, a mí... me enamoraba el alma. Tenía 16 años y Jose era unos meses mayor que yo. Éramos dos críos todavía, entregados simplemente al placer del juego. El amor que estábamos experimentando estaba todavía muy lejos de lo que podría ser una relación seria basada en el compromiso. No éramos conscientes del alcance de nuestro enamoramiento. Nos sentíamos felices así simplemente, viviendo la vida. Aquellas navidades fueron fabulosas porque todo de repente se llenó de una magia muy especial.

—Estoy alucinando Jose.

—Me alegro, ¡Para que luego te quejes de mí!

—Yo nunca me quejo, pero tampoco me fio — bromea, en el fondo le tenía guardado el tema de cuando me dejó.

—Siempre sueltas todo con retintín...

—Tú lo buscaste — hice una mueca con los labios.

—Como sigas así de borde, no te llevo a comer por ahí.

—Más te vale que me lleves — le solté un beso.

Fue mágica porque la música, las fiestas y los regalos adornaron ese amor que sentíamos el uno por el otro. Por entonces, cada vez que pensaba en la palabra “amor”, me daba cuenta de que era demasiado grande para describir lo que sentíamos el uno por el otro. Amor, amor, amor. No lo creía, pero quería creerlo. Éramos, como he escrito antes, simplemente unos críos. Enamorados, sí. Quizá fuese yo la que jugaba a pensar en que todo era como en las películas. Y que, aunque la palabra “amor” se nos quedara grande, en

verdad sí que lo era.

Tres días después de Reyes, nos fuimos a Cádiz. Cogimos el bus y allí nos plantamos, en un precioso bar frente al mar, tomando dos cervezas.

—¿Sabes? Me muero por hacerte el amor, justo allí, en la arena — dijo señalando a la playa.

—Jose ¡Por Dios! —exclamé entre susurros alterados. Mis mejillas se calentaron en el acto al igual que empecé a ponerme atacada de los nervios—, Lo que me faltaba, mi primera vez en la playa, una noche fría de enero... ¡Estás loco!

—No estoy loco, soy realista...

—Jose ¡Por dios!

—¿Pues no parece que te he amenazado o algo por el estilo? — bromeó

—Peor, ¡Mucho peor!

Su sonrisa se hizo más grande y el corazón me empezó a ir más deprisa. Sabía de sobra que no se iba a dar por vencido. Yo como él estaba deseando que esa noche de pasión desenfrenada, como todo el mundo describía, ocurriese. Pero me moría de la vergüenza y quizás aún fuera pronto para eso.

—Venga, bebe la cerveza que nos vamos a la playa — dijo decidido, moviendo la pierna, impaciente.

—Jose, por favor. Hace frío, es de noche... quédate quietecito donde estás, que así estás más guapo. Tómate un Lexatin y relájate — dije aguantándome la risa. Se le veía excitado, ansioso y me estaba empezando a divertir.

—Venga, no seas así... ¿te imaginas cómo será? — de pronto cierra los ojos y se muerde el labio inferior como si estuviera evocando la imagen

de nosotros dos en esa tesitura tan comprometida.

Un calor sofocante cubrió mi cuerpo por completo. Empecé a sudar y quería salir corriendo despavorida. Una cosa es que tuviera ganas y otra muy distinta era plantearme la idea de hacerlo.

—¡Me estás asustando!

—Soy tu novio ¿No? No deberías de tener miedo.

—Sí, pero, es que eres una caja de sorpresas. Yo imaginaba ese momento un poco más romántico. No sé, llámame loca, pero siempre creí que sería en una cama, con pétalos de rosa y música romántica de fondo — dejé caer sarcásticamente.

—Pero, ¿qué hay más romántico que la playa? A ti te encanta. No seas ahora tiquismiquis — comentó él entre emocionado y algo decepcionado.

—Mira Jose, no te hagas ilusiones porque me niego...

—Bueno, al menos daremos un paseo por la orilla ¿No?

—Si claro, otro día, ahora hace frío...

—Te pones mi chaqueta también.

—Que pesado te pones, he dicho que no.

Creo que él no se esperaba mi reacción. Quizá él esperaba un sí inmediato. Pero yo tenía derecho también a dudar. Lo miré fijamente a los ojos. El brillo especial que emitían producía en mí ese efecto cautivador que hacía que yo lo quisiese tanto a lo largo de todo este tiempo, incluso aquella vez que él rompió conmigo. Porque pensaba en su rostro constantemente cuando me quedaba a solas en mi cuarto y me lo imaginaba una y otra vez sonriendo. También fue su sonrisa la que me hizo tomar mi decisión.

Me puse las manos en la cara, temiendo que iba a ser inevitable lo que iba a pasar.

Lo seguí de la mano, cruzamos esa pequeña carretera que nos separaba de la ciudad. Nos adentramos en la playa, en esa que minutos después estábamos dándonos el revolcón del siglo y... cómo no, haciéndolo por primera vez... Temblaba de frío, de nervios, de dolor, de excitación, pero estaba con él, entregándome al amor de mi vida. De nuevo, surge la palabra “amor”.

Seguramente la mayor parte de las mujeres recuerda de forma desagradable esa primera vez. Pero yo no puedo decir eso. Era el hombre que yo había elegido, la persona a la que quería de verdad. Si sentí el daño también tengo que decir que sentí el placer.

—No me puedo creer que lo hayas conseguido — dije mientras me volvía a vestir ante su fija sonrisa.

—¿Tan malo ha sido? — me agarró la mejilla y besó mis labios.

—¡Estúpido! — solté una carcajada.

—Pero tenías razón, hacía mucho frío, tendremos que repetir en un lugar mejor.

—¡Jose! — puse mis manos sobre mi cara.

—No seas tonta — se acercó y me dio un fuerte abrazo.

—Ahora sí que ni se te ocurra dejarme, porque te puedo cortar los huevos directamente — bromeé

—No serías capaz...

—Ponme a prueba Joselito.

—Mejor no — dijo mientras me tendía la mano para levantarme.

—¡Hostias que no puedo andar! — me temblaba todo.

—¿En serio? — preguntó asustado.

—No hombre, pero vamos que tampoco estoy para hacer unas bulerías.

Soltó una carcajada, me encantaba su sonrisa, era una persona noble, aunque me dejó, eso no lo hacía peor persona, todo el mundo lo quería, no había una persona que lo conociera, que hablase mal de él.

Volvimos en el autobús. Él no paraba de preguntarme si estaba bien, lo estaba, pero... me encontraba en shock por lo que había acabado de suceder, eso mismo que sucedería los dos siguientes fines de semana, hasta que... a finales de ese mismo mes, a finales de enero, empecé a preocuparme en silencio.

No me venía la regla... ¿La habría liado?

Se lo conté a Jose. No podía más. Llevaba ya una semana de retraso, así que me sinceré con él pese a tener miedo, pues no sabía cómo él podría reaccionar.

—Jose, no me viene la regla — dije mientras comprobaba que su rostro cambiaba de forma bestial.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más de un mes...

—Vamos a tener que hacer la prueba — dijo en voz bajita con la cara descompuesta.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada.

Ese día se tenía que ir pronto. Su madre le advirtió que solo una hora, ya que tenía un examen y tenía que estudiar. La respuesta de Jose fue entrar a una farmacia, comprar un predictor y luego obligarme a hacer pis y llevarse el aparato para su casa. Había que esperar como diez minutos para saber el resultado.

Llegué a casa y un rato después me llamó. Mi corazón parecía que iba a salir por mi boca. Yo estaba con el cable del teléfono fijo escondida detrás de la puerta de mi dormitorio.

¿Cómo nos había podido suceder esto? Yo tenía 16 años. Estaba asustada. Nos habíamos dejado arrastrar por nuestros sentimientos y no habíamos sido precavidos. Joder, la habíamos cagado bien. Nuestra vida podía cambiar repentinamente. Éramos unos críos. Nadie nos había advertido de lo que podía pasar. Recuerdo que en el colegio o en el instituto ninguno de nuestros profesores fue capaz de aconsejarnos que usáramos preservativo si habíamos decidido tener relaciones sexuales. Por entonces, era tabú hablar de esos temas abiertamente dentro de un aula cuanto más en la calle.

—Dime, Jose — ordené nerviosa que me soltara de una vez la verdad, toda la verdad.

—Estás embarazada — dijo con voz baja — mañana te espero a la salida del instituto en los pisos del descampado.

—Vale — dije antes de colgar. No podía hacer nada ante aquello.

¿Embarazada? ¡la que había liado! Eso no entraba en nuestros planes, además siempre había tenido claro que no quería parir, iba a adoptar a algún niño que lo necesitara, pero... ¡Estaba embarazada! La voz de Jose sonó seria y fría. Sin embargo, lo noté muy entero, decidido. Yo estaba completamente abatida. No sé qué decisión había tomado mi chico. Me miré en el espejo. No me reconocía. Mis padres no sabían nada. Yo tampoco les iba a decir. Faltaría

más. Esperaría. Escucharía lo que tuviera que decirme Jose en el descampado.

Pero yo sí tenía clara una cosa y era que seguiría adelante.

Esa noche carajota de mí, me puse los cascos con la cinta de otro de mis cantantes favoritos Sergio Dalma, lloré como una loca, esa canción era bestial para estos momentos, pero yo, que no tenía remedio, la quise escuchar.

*Ave Lucía,  
el "predictor" se pinta de rosa en tu cuarto de baño  
Ave Lucía,  
y te dice que vas a ser madre a finales de año  
Y tu novio de noches secretas se ha vuelto enemigo  
hace unos días, vaya ironía, ave Lucía.  
Ave Lucía,  
hay un médico tal que resuelve al final este tipo de casos  
con garantía, en un fin de semana te puede sacar de un mal paso.  
Pero sientes que dentro de ti algo nuevo ha pasado  
una rareza, una alegría, algo que crece, ave Lucía.*

*Nacerá, de tu cuerpo nacerá,  
cuando pueda abrir los ojos te verá  
y darás por buenas, las peores de tus penas  
ante todo y sobre todo nacerá.  
Ave Lucía,  
has crecido diez años o más en un sólo día,  
ave valiente,  
decidiendo marchar por la vida levantando la frente,  
y jugándote el tipo por algo que vale la pena,  
yo soy tu amigo, amiga mía, cuenta conmigo  
Ave Lucía.*



## Capítulo 8

Me desperté de haber dormido poco, muy poco. Me fui hacia el instituto, pero claro, no pensaba entrar. No estaba yo por la labor de aguantar a nadie dando esas patéticas clases que en esos momentos tanto odiaba. Solo tenía la llamada de Jose en mente y, sobre todo, lo nuevo que empezaba a crecer en mi interior.

Solo una persona que haya pasado por lo que yo en aquellos momentos estaba experimentando, sabe a lo que me refiero. Ese dolor, esa ansiedad, ese sufrimiento que llevas contigo no se puede expresar con palabras. Lo peor de todo era la incertidumbre, la inseguridad.

Jose y yo éramos unos mañacos. No teníamos ningún tipo de experiencia. ¿Cómo íbamos a ser padres a esa edad? Pero, por otro lado, no podía dejar que aquella criatura desapareciera de mi vida como si fuese cualquier cosa. Yo tenía que asumir mi responsabilidad, hacer frente a mis decisiones, aunque fuesen equivocadas.

No sé si Jose estaría de acuerdo. No sé si Jose estaría dispuesto a asumir los riesgos que conllevaba ser padre tan joven. Lo que más miedo me daba no era tener a mi hijo, sino que la persona a la que amaba desapareciera de mi vida. Esperaba que Jose fuese esa clase de persona responsable y seria

que me había ido demostrando estos meses.

Pero no era la primera vez que un novio huye al saber que su novia se ha quedado embarazada. Es de las actitudes más cobardes y más ruines que puede hacer un ser humano. Pero no era la primera vez que mis amigas y yo habíamos escuchado toda clase de historias de ese tipo sobre chicas muy jóvenes que se habían quedado embarazadas y que habían ya estado condenadas a vivir una vida en completa soledad al lado de su hijo, luchando por sacarlo adelante sin el apoyo del padre ni de su familia.

No quería pensar en eso. Me aterraba solo la idea de pensar una cosa así. No, no, no podía ser verdad. Jose no me iba a dejar sola. Intentaba convencerme a mí misma de que nada malo me iba a suceder.

Cuando terminó el instituto fui a donde había quedado con Jose. Al llegar, su cara era un poema.

—Yo lo tengo claro, Natalia, no entraba en mis planes, pero tenemos que tirar para adelante — dijo con firmeza y autoridad.

—Me da miedo, pero pienso lo mismo — añadí yo con voz temblorosa, pero en cierto modo aliviada. Tanto que cuando suspiré parecía que no había respirado en siglos.

—¿Estás bien? — preguntó con un tono de máxima preocupación.

—Sí, pero estoy hundida. Solo tengo ganas de llorar. Pensaba que ... — no pude seguir hablando.

—¿Pensabas que qué? — preguntó alarmado.

—Pensé que me ibas a dejar, que ibas a hacer como hacen otros chicos — dije yo compungida.

—No puedes pensar eso de mí. — dijo enfadado — Por ahora, lo guardaremos en secreto, esperemos un poco más para decirlo a nuestros

padres.

—Está bien, yo también lo prefiero así — dije y respiré aliviada.

—No es el momento, pero gracias a Dios, tengo trabajo y lo sacaremos adelante.

—No sé qué decir. Estaba muy asustada. Pensaba que, en cualquier momento, me ibas a decir que cortabas conmigo. Lo que has hecho hoy por mí no lo olvidaré nunca — añadí yo con mucho dramatismo.

Jose no parecía entender mi actitud. Entendía que yo estuviera preocupada, pero parecía un tanto ofendido por el hecho de que yo hubiera pensado todo eso de él.

—No estás saliendo con ningún monstruo, Natalia. Tranquilízate. Eso es lo que tienes que hacer ahora mismo.

—Lo sé, pero no es fácil.

—Estás más preocupada por mí, que por la criatura — dijo esbozando una sonrisa.

—Es verdad. Creía que me ibas a dejar sola. Perdóname. No era mi intención ofenderte. Pero me aterra quedarme sola en este momento.

—Nadie te va a dejar sola — repitió con voz grave.

—Veremos qué pasa...

—No va a pasar nada, como mucho mi hermano será tío con solo un año — sonrió.

—¡Qué marrón! — puse las manos en mi cara y comencé a llorar.

—Saldremos de esta...— dijo mientras me abrazaba. — No te

preocupes por nada, lo afrontaremos juntos.

Esas palabras me reconfortaban. En el fondo estaba muy asustada, pero, por otro lado, iba a tener un bebé del hombre que más amaba en el mundo, una locura a los dieciséis años, pero a lo hecho, pecho.

Pese a la gravedad del asunto, sentí el alivio de una persona que me había comprendido. Que sabía que él era también responsable de lo que había sucedido. Me había tranquilizado. No me iba a dejar en la estacada. Jose me había demostrado su madurez y me había demostrado además que me quería mucho.

Estaba dispuesto a asumir el hecho de ser padre muy joven. Aunque no lo queramos pensar, muchas veces somos las mujeres las que debemos asumir el papel de padre y madre al mismo tiempo. No era la primera vez que mi madre, comiendo en la mesa, nos contaba alguna de estas historias de chicas abandonadas por sus novios y que ahora debían hacer frente desesperadamente a su nueva situación.

Esa noche en la que no había podido dormir solo pensaba en la soledad. Dios santo, no me quería quedar sola. Porque yo estaba dispuesta hacerme cargo del niño, pero lo que no quería era perder a Jose.

La conversación que habíamos tenido en el descampado hizo que pudiera salir de ese pozo oscuro en el que me había metido.

Jose era una gran persona, obsesionado con el surf y con el skate, pero por lo demás, estaba bastante tiempo conmigo. No me gustaba cuando se juntaba con sus amigos, parecía como si la cosa cambiase. Todos pensaban igual, en dos tetas y un culo, más allá de los sentimientos. Pero Jose me quería, me lo estaba demostrando, pero... cuando se juntaba con ellos, veía bromas entre ellos que no me hacían ni puta gracia.

A las tres semanas de saber nuestro gran secreto, por la noche y en casi penumbra, subí las escaleras con tal mala suerte que resbalé y caí de culo. La luz se había ido durante unas horas, y no vi los escalones. Me llevé el golpe

del siglo, pero después de ver que salí ilesa, subí temblorosa por el susto, y me acosté.

Por la mañana, escuché a mi madre entrar en mi cuarto. Me removí inquieta entre las sábanas. Una leve molestia se había instalado en mi estómago, pero no lo di importancia. Hasta que mi madre empezó a chillarme.

—¡Natalia, ¿Qué es toda esa sangre?!

Me erguí de golpe en la cama y miré hacia las sábanas. Estaban completamente teñidas de sangre y entonces fue cuando recordé la tonta caída que sufrí anoche. El miedo me hizo querer llorar, mi bebé estaba en peligro, lo sabía, lo sentía, pero no podía decirle nada a mi madre. Así que le mentí como una bellaca.

—E— es... la regla — tartamudeé sin dejar de mirar la gran mancha.

—No, no lo es...

—Mamá, no le des importancia, por favor.

—Dúchate, nos vamos al hospital — dijo cortando mis protestas.

Por el camino mi madre iba de los nervios. Parecía que presagiaba todo. Jose no sabía nada y yo estaba muy nerviosa como para llamarlo.

—Hija ¿Te has acostado con Jose? — dijo de repente entre intrigada y atemorizada.

Sé que sabía la respuesta, pero supuse que, por miedo, quería escuchármelo decir.

—Mamá. ¡Qué no! — dije mintiendo mientras llegábamos a urgencias.

No sé por qué mentía. En unos minutos seguro se enteraría de la verdad. Y dicho y hecho, el médico tal y como me revisó, miró a mi madre y le dijo;

—Está embarazada, con una gran amenaza de aborto. La tenemos que dejar ingresada.

Mi madre me miró, luego dijo que hiciera lo que hiciera falta siempre y cuando yo estuviera bien.

No me regañó, ni se puso a liar un pollo, me dejó en la habitación y fue directa a hablar con los padres de Jose. El pobre estaba en el instituto. Yo no lo sabía. Me enteré luego cuando él apareció por el hospital y me lo contó.

Sus padres ya lo sabían, así que ahora solo quedaba saber qué pasaría.

—Siento lo que hizo mi madre — dije al ver a Jose.

—La mía te ha mandado un bocadillo de tortilla con alioli — dijo poniéndolo sobre la mesa soltando una carcajada nerviosa.

—¿Te ha caído mucho?

—No, eso será esta noche, pero bueno, ya se les pasará — volvía a soltar otra risa nerviosa. Dime ¿Cómo estás?

—Yo me siento bien, creo que en breve me largarán de aquí.

—¡Seguro! — dijo mientras me besaba con mucho cariño

—¿Qué han dicho los médicos?

—Qué hay que esperar, que hay amenaza grande, pero hay que esperar.

—Seguro que no pasa nada, ya le he cogido mucho cariño y lo sabe — dijo tocando mi barriga, que estaba más plana que la cama.

—Me encanta verte así.

—En el fondo soy un amor.

—Si ya...

—Menos cuando te dejo, eso ibas a decir ¿No? — puso los ojos en blanco.

—¡Qué va! Eso te lo dices tú mismo, los remordimientos son así — saqué mi lengua.

—Que mala lengua tienes... — negó con la cabeza.

Él se quedaba conmigo todas las tardes, hasta coger el último bus que salía por la noche. Por las mañanas lo hacía mi madre y así se turnaban para acompañarme.

Una fatídica mañana me volvieron a revisar. Me dieron la noticia de que no había podido sobrevivir. Me iban a hacer un legrado. Y juro por dios, que ese dolor, tanto el haber perdido a mi niño, como el de la operación, no lo olvidaré en la vida. Había perdido el fuerte lazo que había sucedido entre los dos.



## Capítulo 9

Fueron tiempos difíciles para los dos. Fueron tiempos difíciles porque habíamos perdido a nuestro bebé. Sin embargo, el hecho de estar tan unidos y enamorados hacía que nos sanáramos el uno al otro.

De nuevo, volvíamos a disfrutar de la vida. Aunque ese poso de tristeza seguía en mí por haber sufrido aquel aborto. Mi relación con Jose era cada vez más sólida. Estaba claro que aquel chico sentía algo muy fuerte por mí y yo le correspondía. Durante mucho tiempo, había pensado que quizá él no iba en serio conmigo.

Mis amigas me habían advertido del carácter frívolo en ocasiones de Jose. Y era cierto que con sus amigos se transformaba. Pecaba de inmadurez. Sin embargo, aquella experiencia nos había hecho a los dos mucho más fuertes.

Ahora éramos una pareja consolidada. Comenzaba marzo y yo le dije que ya no volveríamos a tener sexo en mucho tiempo. Pero eso era imposible. Yo me derretía por él. Bastaba una sonrisa, una frase llena de morbo o un simple beso para que enseguida nos lo montáramos los dos juntos.

Aún recuerdo que le dije una tarde en la playa que se olvidara de mi

cuerpo durante mucho tiempo. No quería volver a pasar por la misma experiencia traumática. Me daba igual si ahora tomábamos medidas. Estaba asustada.

—Estate quieto, por favor — suplicaba yo, aunque en el fondo me encantaba que se pusiera a tontear conmigo.

—He traído preservativos...

—Me da igual lo que te hayas traído, como si te la has forrado de acero inoxidable. Déjame en paz durante unos meses.

—No podemos estar así toda la vida. Yo te quiero, tú me quieres. No va a pasar nada malo. No estamos haciendo nada de lo que debemos avergonzarnos — dijo él con esa seguridad que tanto lo caracterizaba.

Yo quería negarme. Pero yo no sé qué tenía que enseguida me convencía y allí mismo, sobre la arena, en un recodo donde el agua se estancaba a la espera de la subida de la marea, volvimos a hacer el amor.

No podíamos refrenar nuestros instintos. Nuestros cuerpos estaban deseosos uno del otro y no podíamos evitarlo. Esa atracción física hacía también que no nos separáramos. Nos queríamos, no solo por nuestra forma de ser, sino porque también éramos cojonudos follando.

Volvió a ser el día de su cumpleaños, 16 de abril, y quedamos en la misma cafetería donde yo le había regalado la pulsera. Ahora le tenía preparada otra sorpresa. Cuando abrió el regalo, se puso muy contento. Era una camiseta de surfero, una camiseta Quicksilver.

Tengo la impresión de que le hizo más ilusión que la pulsera. Vamos a ver. No quiero decir eso exactamente. Creo que la pulsera lo asustó porque él lo interpretó como el principio de un compromiso que yo creo que él todavía no había asimilado. Yo no quise arriesgarme esta vez y preferí ser un poco más espontánea.

Puesto que le gustaba mucho el surf y sortear las olas con su tabla, pensé que una camiseta sería el mejor regalo. Estaba claro que acerté porque él no dudó en decírmelo. Hacía un año ya de aquel cumpleaños. Pocos días después, desaparecería de mi vida dejándome hecha polvo. Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Ahora la vida era percibida por cada uno de nosotros de una forma diferente. Habíamos madurado. Habíamos tenido una crisis bestial al quedarme yo embarazada y al perder a la criatura después. Me daba cuenta de que, a diferencia de mis amigas, yo estaba experimentando una serie de vivencias que no se correspondían seguramente con mi edad.

Si había algo bueno en todo ello, era que yo estaba creciendo y acatando las consecuencias de todo lo que nos estaba pasando. Jose me había demostrado que no se iba a separar de mí. Fueron meses extraordinarios aquellos que sucedieron antes del verano.

Me daba cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro y la playa era nuestro hogar, nuestro verdadero hogar. Lo que recuerdo también de aquellos días fue una moto, la moto que se compró Jose. Era una Derbi Variant.

Alucinábamos con aquel cacharro. Íbamos a todos lados con ella. Salíamos por la noche. Ahora podía salir hasta un poco más tarde que de costumbre. Allí, en la playa, se sucedían los encuentros amorosos. El mar, siempre el mar, frente a nosotros, nos hacía sentir especiales.

—¿Verdad que me quieres? — preguntaba yo sentada en la arena, mientras él miraba el mar.

—No, no te quiero, te odio. No te puedo ni ver — me respondía automáticamente con una sonrisa gigante adornando su cara.

—Serás tonto — le dije yo con sorna —Tú quieres pelea, ¿verdad? — lo amenacé en plan de broma.

Y después de esa conversación absurda, tenía lo que tiene que venir. Me tiraba encima de él para morderle. Entonces él me echaba hacia atrás, hacia la arena y era entonces cuando nos volvíamos a perder. Bueno a mí me gusta más decir que lo que hacíamos era echar un polvazo. El polvazo del siglo, seguramente éramos un total espectáculo para todas esas gaviotas que surcaban el cielo.

No puedo olvidarlo. No puedo olvidar nada de aquello que hicimos siendo todavía unos adolescentes. Ahora que lo pienso, pasado el tiempo, me doy cuenta de que, pese a la alegría de vivir, esa alegría de emocionarnos juntos, yo sentía la ausencia de aquella criatura que no había llegado a nacer.

Ese tipo de cosas no se olvidan. Jose y yo alguna vez lo habíamos hablado, aunque sobre todo él evitaba referirse al tema. ¿Qué habría sido de nuestra vida si aquella criatura hubiera llegado a nacer? ¿Cómo habría influido en nosotros? ¿Habríamos aguantado el tipo? ¿Habríamos sido felices igualmente? Nunca lo sabríamos. Pero eso no sucedió. Y en cierta manera aquello nos había hecho cambiar. La actitud de Jose iba cambiando. Tenía más responsabilidades en el trabajo y yo me daba cuenta poco a poco de que ya no era una niña, de que tenía que empezar a labrarme un futuro profesional.

Sin embargo, no puedo caer en la tristeza y en la nostalgia. Jose y yo éramos dos seres apasionados. La noche y la playa eran los lugares donde más cómodos estábamos. Allí no nos molestaba nadie. Parecía que no existiera el tiempo, parecía que no existiera el mundo. Estábamos ajenos a todo. No existían los problemas allí. Muchas veces, cuando salíamos de alguna discoteca, nos dirigíamos a la playa. A veces, sobre todo los fines de semana, nos gustaba ver amanecer. No importaba el frío. Nos teníamos el uno al otro. Él me abrazaba y sentía el calor de su cuerpo y yo no quería que las horas pasaran. Estaba extasiada, como había estado en aquella primera cita, sentada entre sus piernas frente a los pisos, frente a aquel descampado donde las pandillas de críos hacían sus guerras imaginarias.

Era hermoso ver cómo el cielo se incendiaba lentamente. El agua más calmada comenzaba también su rutina. Comenzaban las olas a surgir del fondo y a llegar hasta la orilla. Era a esa hora cuando Jose y yo hacíamos el amor.

Aquel paisaje lleno de luz, lleno de vida y también de misterio nos abrazaba como Jose me estaba abrazando en aquellos instantes. Guardábamos silencio. Las olas lo decían todo. La marea bajaba y podíamos ver los bancos de arena al fondo. Todo era magia delante de nuestros ojos.

La vida nos sonreía. No sé si aquello era felicidad. Pero yo sentía algo parecido a lo que puede ser esa experiencia. El paisaje no sería el mismo si yo no hubiese estado con Jose. Eso lo tengo claro. Lo que hace a los lugares tan especiales son las personas. Aquel amanecer nos emocionaba, no porque fuera precioso, que lo era, sino porque nos amábamos. Ahora la palabra "amor" no se me hacía grande. No estábamos enamorados sin más. Éramos amantes. No lo decía yo. Lo decía el sol que iluminaba nuestros rostros mientras él, sin que yo lo esperara, me besaba.



## Capítulo 10

Empezaron las broncas, parecía que nadie asimilaba nuestra relación, que el mundo se ponía en nuestra contra, eso me afectaba mucho, a él ni os cuento, pero estábamos juntos por que nos queríamos y eso nos hacía tener fuerzas para seguir.

El verano fue de lo más divertido, empezamos a salir con amigos y eso hacia las tardes y noches muy divertidas, los días entre semana íbamos a la playa en su moto al medio día, después de trabajar y los fines de semana lo pasábamos enteros en la playa, perdidos en esas dunas, de la que solo salíamos para refrescarnos en el mar.

Tuvimos la suerte de que mi hermana dijo de irse a un camping en la playa con el novio y la convencí para que nos llevara, no se me va a olvidar en la vida, Jose ya tenía más libertad y mis padres en el fondo estaban encantados con él, así que aceptaron.

Nos fuimos a ese camping, en una punta de la playa, llegamos hasta allí con la marea baja, con las motos, cargados de todo para pasar unos días.

Montamos una tienda para nosotros y ellos montaron otra.

Alcohol, comida, mar y sol nos esperó esos días, en los que por la noche encendíamos una hoguera y disfrutábamos de aquel paraíso, solo para nosotros cuatros.

Era muy feliz con Jose, lo amaba con toda mi alma, él era un tipo muy servicial y sobre todo muy activo, se las ingeniaba muy bien con todo, me encantaba, su serenidad, el respeto con el que se dirigía a todo el mundo y sobre todo el amor que transmitía a pesar de su corta edad.

El resto del verano lo pasamos en grande.

Llegó el 22 de agosto y recuerdo que ese día fuimos a la playa, hacía un año del concierto de Terapia Nacional, nos metimos en el agua y saco una cosa del bolsillo del pantalón, era una cajita de joyería, la puso en mis manos.

—¿Qué es esto? — pregunté emocionada.

—No sé, alguien me dijo que era un día muy especial y que te dieran esto.

—Si ya... — sonreí y le di un beso antes de abrirla, era una alianza de plata, por dentro la fecha de ese día, me emocioné mucho, esa alianza para mí era muy importante – Me encanta — dije devolviéndole el beso.

—Me alegro – me abrazaba como solo él sabía hacerlo, allí en medio del mar, en un momento que se grabaría para siempre en mis retinas.

Ese año me apunte a Cruz roja, entraba el otoño y quería hacer algo, así que allí aspiraría a cursos y ganaría horas de servicio para algunas bolsas del INEM, por si más tarde me servía para algo. Con el paso del tiempo Jose empezó a comportarse de manera extraña. La gente no paraba de hablar y me llegaban rumores de que se veía con otras a mis espaldas.

Yo naturalmente no les creía. No es por nada, sino que tenía una fe ciega en él. No lo veía capaz de hacerme una cosa tan rastrera y menos habiendo

pasado lo que hemos pasado. Salía más con sus amigos, eso sí, no estaba quieto y cada tanto me ponía una excusa para no quedar. También tengo que decir que si por mí hubiera sido hubiera estado las veinticuatro horas del día con él, por lo que decidí darle espacio.

Una noche, después haber estado trabajando en un karaoke, él estaba allí esperándome a que terminara mi turno. Pero antes de que eso pasara, vino hacia mí y me dijo que tenía que ir a su casa a coger un par de cosas que se había olvidado. Besé su mejilla, mas no pude hacerlo en sus labios, ya que siquiera espero mi contestación y se marchó.

Un dolor intenso se instaló en la boca de mi estómago. Hay quienes dicen que cuando esas cosas suceden, tu corazón lo sabe. Por mucho que te digas a ti misma que no te afecta, lo hace. Por mucho que quisiera creer a Jose, no lo hacía. Por lo que tras decirle a mi jefe que me iba por no encontrarme bien, salí del local y lo seguí.

Justo al girar la esquina los vi. Él se asustó al verme, la chica al ver su cara se giró rápidamente. Juro por lo más sagrado que sentí cada pedacito de mi corazón romperse. Me estaba engañando, en todas mis narices.

—Eres un hijo de puta... —susurré entre lágrimas. El alma desgarrada y las piernas temblando —, ¡¿CÓMO TE ATREVES A HACERME ESTO PEDAZO DE MIERDA!?

La chica salió despavorida en cuanto me vio acercarme con claros signos de violencia. Tenía ganas de matarlos a los dos. Jose anduvo hacia mí, con las manos en alto y el semblante pálido. Veía el arrepentimiento en sus ojos, juro que lo vi. Y como idiota volví a caer.

Entre llantos y disculpas, me besó. Con esos labios que segundos antes habían estado besando a otra. Tonta más que tonta, me repetía en la cabeza. Pero lo amaba tanto que lo perdoné. Me prometió no volver a hacerlo más y que solo fue un error que se iba a dedicar a enmendar.

Yo no podía más, el dolor me estaba derrumbando día a día, no podía

quitar de mi mente a los dos abrazados, lloraba desconsolada, él lo veía, me costó mucho empezar a levantar cabeza, aunque realmente me costó mucho levantarla, pero no olvidar lo sucedido.

Los días pasaron y el fin de semana volvió a llegar. Quedamos en irnos a san Felipe Neri, un lugar donde rezumaba marcha, fiesta y desenfreno. Tenía que desestresarme y qué mejor manera que salir a beber algo con mi amor. Y de tantas veces que se lo pedí, por fin me dio ese capricho y fuimos. Quedamos con unos amigos en uno de los pubs, estaban todos algo contentos una vez que llegamos y todo eran risas y cachondeo. Jose y yo bailamos bebimos y nos lo pasamos pipa, hasta que uno de ellos soltó lo que no tuvo que soltar.

—¿Vamos al Pub donde estuvimos los otros días, Jose? Seguro que hay más donde elegir...

Parpadeé, sin creermelo lo que estaba oyendo. Sentí como las manos de Jose se tensaban en torno a mi cintura y cuando me giré pude comprobar como de pálido se había puesto ante la metedura de pata de su amigo. Y después de darle una mirada envenenada me largué calle arriba queriendo desaparecer.

Después de un largo paseo por la playa, que, en vez de calmarme, lo que hizo fue ponerme más cabreada aún, volví al pub, donde él seguía allí con sus amigos bebiendo en silencio y mirando de un lado a otro, supuse buscándome. Y ni corta ni perezosa, me acerqué hacia él con decisión. Y delante de todos los presentes, le di la bofetada del siglo. Le dije de todo, le insulté y me puse hecha un basilisco.

No daba crédito a lo que estaba sucediendo, sencillamente la rabia me nubló la mente y solo quería matarlo.

Salí de allí y volví en un taxi para mi casa, menos mal que llevaba dinero, porque estaba a 7 kilómetros y a esa hora, no había bus.

Me quedé muerta, llegué a la puerta de mi casa y ahí estaba él esperando ¿Cómo coño había llegado antes que yo? ¡Me quede muerta!

—Ni me hables, ni me toques — dije mientras pasaba por su lado.

—Quiero hablar contigo.

—¡Vete a la mierda!

—Escúchame... — me agarró del brazo y me solté de tal manera que le di en toda la boca.

—No te voy a escuchar más, nunca más, no vas a cambiar en la vida, vete de aquí Jose... — dije mientras me adentraba y cerraba la puerta.



## Capítulo 11

No puedo mentir. Estaba muy dolida con Jose. Todo aquello que estaba haciendo me estaba poniendo de muy mala leche. También he de reconocer que me entristecía. Aquel chico que yo amaba estaba destrozando por completo una historia preciosa. Él intentaba negarlo. Él intentaba siempre poner toda clase de excusas.

Pero la verdad estaba ante mis ojos. No era ni la primera ni la segunda vez que se lo decía. No sé qué hacía todavía con él. En el fondo, lo amaba y quizás esa era la única razón por la que yo seguía a su lado.

Tenía miedo a perderlo. Mi mundo, mi pequeño mundo, estaba inspirado en él. Habíamos pasado muchas cosas juntos y yo no quería deshacerme de aquellas experiencias que formaban parte de mi vida y que nutrían mi corazón.

Pero, al margen de todas estas palabras bonitas, Jose se estaba comportando como un auténtico cabrón. No lo soportaba. Las discusiones iban en aumento y muchas veces, cuando nos quedábamos a solas y nos mirábamos, nos preguntábamos qué demonios hacíamos todavía juntos. No me preguntéis por qué. Porque la razón ya la sabéis. Pese a todo lo que estaba sucediendo, yo estaba atada a él. Mis sentimientos, mi pasión, mis ganas de entregarme a él, de besarlo y de abrazarlo seguían ahí.

Una noche me dejó en el karaoke y yo estaba rabiosa por una nueva discusión que tuvimos. No me podía creer que me estuviera haciendo aquello. Volvíamos a ser dos mañacos que no saben exactamente qué hacer con su vida.

Él me miró fríamente y yo le devolví la misma mirada cuando bajé de la moto. Comenzaba mi trabajo esa noche. Yo no tenía ganas de discutir con él. Pero fue imposible. No sé por qué, pero enseguida nos pusimos a reprocharnos las cosas que habíamos hecho mal.

Cuando el vaso está a punto de rebosar, solo una gota puede hacer que se desborde. Y eso fue exactamente lo que pasó. La paciencia se me agotó y estaba harta de tanta tontería.

Le eché en cara ese juego tonto y absurdo que se llevaba con algunas chicas, esos besos que, a la vista de todo el mundo, se daba con ellas. Al final, iban a tener razón mis amigas cuando me advirtieron que Jose no era trigo limpio, que no podía fiarme de él. Pensaba que había cambiado. Tenía motivos para pensarlo. Pero no era así. Nuestras palabras de rechazo y de enfado llamaron la atención de muchos que entraban al establecimiento. Y no era para menos, estábamos hablando a voces. A mí me estaba matando, apenas comía, no dormía bien y encima me la pasaba todo el día llorando.

—No puedo soportarlo, Jose. Estás haciendo el ridículo — le reproché airada.

—No digas tonterías. Déjate de habladurías. Solo haces caso a los rumores — se defendía él con gesto serio.

—No me mientas. No me llames loca. Si te he visto yo, cerdo, más que cerdo — le insulté con todo el dolor de mi alma.

—Te estás pasando tres pueblos. No me llames así. No soy ningún cerdo — se envalentonó al hablar.

—¿Me estás llamando loca? Lo está oyendo todo el mundo. Si yo te he

visto y tú lo sabes, pedazo de cabrón. ¿Aun así te atreves a llamarme loca?

—Es que parece que lo estás. Solo hace falta ver cómo te estás poniendo. Estoy harto de que me vengas siempre con lo mismo — me reprochó Jose elevando la voz.

—Tengo derecho a pedirte explicaciones. No soy una más, ¿me oyes? No soy una más de tus putas conquistas — no dejaba de repetir una y otra vez.

—Estás celosa. Y no hay motivos para que lo estés, ¿me oyes?

—Pero ¿tú te estás oyendo? Te besas con una y con otra y me tengo que callar. He visto tíos falsos en la vida, pero como tú ya no los paren las madres. ¡¡ Me cago en tu estampa, pedazo de cerdo!! — grité, echando espuma por la boca.

Aquello se estaba saliendo de madre. Yo estaba perdiendo el control y él se ponía de todos los colores. No sé si estaba enfadado o avergonzado. Lo que es cierto es que estábamos dando un auténtico espectáculo en la calle, delante del karaoke y sin cobrar un duro.

Yo siempre he sido una mujer muy impulsiva, pero Jose no se quedaba atrás y, cuando me vio así de airada, optó por defenderse. Pero no tenía razón. Yo lo había visto y él sabía que yo había sido testigo de esos tonteos con aquellas chicas.

No sé a lo que estaba jugando. No sé si quería desprenderse de mí para siempre, pero sin duda esa era la mejor estrategia. Lo que yo no estaba dispuesta a aceptar era que él se saliera con la suya, que viera en mí a una mujer ingenua que se resignaba a consentir toda clase de humillaciones y cuernos. Hasta ahí podíamos llegar. Yo lo tenía claro.

—Te estás pasando, Natalia. Cálmate. No podemos seguir así, ¿me oyes? — las palabras de Jose sonaron amenazantes.

—Claro que me estoy pasando y con razón — sentenció.

De repente, no sé qué se le pasó por la cabeza a Jose. Al verme así de enfadada, paró. Agachó la cabeza y parecía reconocer que lo había hecho todo mal. Yo también me frené por un momento. Los clientes que entraban al karaoke se detenían y poco a poco fueron haciendo un círculo a nuestro alrededor.

Yo estaba un poco avergonzada, pero era eso lo que menos importaba ahora. Yo quería que él reconociese de una vez que me había engañado, que lo estaba haciendo delante de mis ojos sin ningún escrúpulo.

—Perdóname, Natalia.

—¿Qué dices? ¿Me estás tomando el pelo?

Las palabras de mi chico sonaron auténticas. Pero no era el momento. No era el momento de disculparse de cualquier manera. Yo no era una niña, yo había madurado y quería que Jose me demostrara que tenía un compromiso serio y firme conmigo, con nuestra relación. Estaba claro que teníamos que sentarnos a hablar. Aquella situación no podía prolongarse en el tiempo. Yo no iba a llevar los cuernos que estaba llevando por toda Cádiz, porque, aunque fuesen solo unos besos, yo me sentía traicionada. Y ese sentimiento es terrible. Pese a la fuerza que yo transmitía en cada una de mis intervenciones, el dolor y el miedo se estaban cebando conmigo.

—No está bien lo que estás haciendo conmigo, Jose, ¿y sabes qué? ahora no es el momento. Esto no es cosa que se solucione con buenas palabras. Tengo prisa. Ya estoy llegando tarde al trabajo — dije yo apenada, más calmada.

—Solo quiero que entiendas que yo te quiero a ti, solo a ti — sus palabras sonaron convincentes.

Su rostro se ensombreció. Y pude ver que estaba a punto de llorar como

así demostraban sus ojos vidriosos.

Yo no continué con aquella conversación. Todo el mundo nos miraba. Yo no era ninguna actriz de cine para seguir con aquella escena de melodrama. Ni siquiera me despedí de él. Me di la vuelta, le di la espalda y comencé a caminar hasta la puerta del karaoke. Iba a ser una noche larga. Lo peor de todo es que tenía que pinchar los discos, animar a la gente y bailar para que en la pista no cesara la diversión. Tuve que tragar saliva muchas veces. Porque, detrás de muchas canciones de amor, reconocía mis sentimientos. En algunas de aquellas letras, recordaba a Jose.

Tenía que tragarme el orgullo. Y eso era lo más duro. Tenía que fingir que era feliz. Tenía que demostrarle a todo el mundo que yo me lo estaba pasando genial con aquella música. Eso quizá era lo más duro de una noche tras otra en el karaoke. Por la mañana, continuaría haciendo mi servicio en la Cruz Roja.

Lo importante era trabajar, no pensar en nada que me pudiera hacer daño. Pero el daño estaba allí en mi interior, en mi corazón. Sentía por primera vez, después de mucho tiempo, que iba a la deriva, que me mantenía a flote gracias a un madero, pero estaba en mitad del océano, intentando hacer todo lo posible por resistir, por no hundirme y desaparecer para siempre.

La noche no pintaba nada bien. Entré al local hecha un manojo de nervios. Enseguida me puse las pilas, como siempre, y me puse con mis discos. La pista estaba llena. Pasaron las horas y, convencida de que nada extraordinario iba a pasar aquella noche, miré al fondo.

Tras un cristal, atravesando la pequeña galería que rodeaba aquel karaoke, vi a un chico. Era guapísimo. Me fijé en su pelo rubio, en su altura y tenía un cuerpo de escándalo. No sabía qué demonios hacía por allí. Su rostro no me resultaba familiar. Generalmente, al igual que mis amigas, conocía a todos los tíos buenos que había por la zona. Aquel rostro no me sonaba de nada.

Lo mejor vino después, cuando aquel modelo de pasarela entró al

karaoke. Yo me quedé de piedra. Me sonrojé, no sabía qué decir en aquellos momentos.

Lo miré a sus ojos azules y las palabras no podían salir de mi boca. Por otro lado, pensé que aquello no era más que una cursilada a la que no debía darle la más mínima importancia. Pero el chico había demostrado un repentino interés por mí. Me pidió una canción, le respondí que iba a esperar su turno, la verdad que fui muy chulesca con él.

No sabía si aquel gesto y aquella elección estaban dirigidos a mí. Si era así, era para morirse. Pero yo estaba bastante jodida con todo lo que estaba pasando con Jose. No tenía ganas de hacerle caso a nuevos galanes y ligues espontáneos. Solo tenía ganas de llorar y de que aquella noche pasará lo más rápida posible.

Pero la cosa no se quedó ahí. Yo creía que el chico se iba a marchar. Que con aquel gesto era suficiente. Pues no. El muchacho empezó a darme la vara.

Estaba claro que algo quería de mí. Pero yo no estaba de humor; lo que menos necesitaba ahora era que un tío se me pegara a mi lado y comenzara a darme conversación. A veces, en el karaoke, tenemos que soportar a toda clase de gente. Entra en el sueldo, como decía mi jefe. Y allí estaba yo, aguantando el tipo, escuchando lo que me decía que al principio no tenía ningún sentido. Pero he de decir que, como era tan guapo y tan atractivo, tampoco le hice muchos ascos.

—Hola, me llamo Josiño — dijo con un acento que no hacía falta que jurase que era gallego.

—¿Y eres gallego verdad? — sonreí irónicamente.

—Te he visto desde lejos y me he dicho; esta chica está triste.

—¿Eres adivino?

—Casi – guiñó su ojo.

—Me llamo Natalia.

Al final se quedó toda la noche a mi lado, me sacó más de una sonrisa, mira que era difícil, pero él lo consiguió, aquel chico que había aparecido de la nada, estaba consiguiendo sacarme una sonrisa en los momentos más difíciles de mi vida.

Y cerró el Karaoke, él insistió en acompañarme a casa y fuimos andando, me reí todo el camino, entre su acento y el desparpajo que tenía, me lo estaba pasando bomba, hasta reconozco que, en más de un momento, hizo que me olvidara de Jose.

Me comentó que estaba haciendo la mili, por eso estaba aquí, en Cádiz, pero mi sorpresa fue cuando me dijo que al día siguiente haría guardia en cruz roja, vaya casualidad, resulta que también pertenecía y el tiempo que estuviese en Cádiz haría los servicios aquí.

—Yo también monto guardia mañana – dije sonrojada.

—¿En serio?

—¡Si!

—¿Eres socorrista?

—No, aún no, monto en radio, cogiendo los avisos, en dos meses hago el curso de socorrista.

—Bueno, entonces mañana yo pasaré la noche metido en radio – soltó una risa.

Quedamos en volvernos a ver al día siguiente, me lo hubiera comido a besos, sé que es una locura, llamadlo como queráis, pero me hizo salir por unos momentos, de ese pozo sin fondo en el que estaba metida.

Jose me quiso llevar en moto, le dije que no, me inventé mil excusas, pero conseguí que no lo hiciera, además fingí estar muy dolida por lo de la noche anterior, realmente lo estaba, pero... Josiño había dado un aire nuevo a mi vida. ¿Soy enamoradiza? No, pero cuando pasa algo, vuelve a pasar otra cosa seguida, eso me pasó en esos momentos, de perder la cabeza por Jose a hacer volar mi imaginación con Josiño, pero era así, fue todo un flechazo, de esos que no vuelven a pasar más ¿Cómo lo sé? Ha pasado mucho tiempo de eso, aún mi corazón vibra en la misma dirección.

Llegué a Cruz roja y allí estaba él, con su mono rojo y una sonrisa espectacular en su cara.

—Nos toca guardia juntos esta noche — dije con voz temblorosa bromeando...

—No me digas. Vamos a pasarlo genial — añadió él con seguridad.

Aquel cuerpo de infarto me había hechizado. Me apetecía saber más cosas de aquel joven. Por primera vez en mucho tiempo, Jose y su mundo se borraron de mi cabeza.

—Me llamo Josiño. Soy gallego — apuntó él dándome dos besos en la mejilla – bromeaba como si no me conociera.

—Yo soy Natalia, aunque ya te dije mi nombre — solté una carcajada siguiendo su broma.

—¿La borde? — preguntó él con sorna.

En aquel momento, me entraron ganas de decirle “tu puta madre”, pero me contuve. Aquellos ojos y aquellas abdominales hacían que yo dejara de comportarme como una energúmena.

El tiempo pasaba y no sucedía nada por suerte. Las urgencias a veces son desoladoras. Lo que no me apetecía aquella noche era encontrarme con

accidentes de tráfico u otras clases de tragedias. No, no. Lo que quería era conocer mejor a Josiño.

Lo que recuerdo de aquella etapa era precisamente que todo transcurrió muy rápido. Las guardias con Josiño eran extraordinarias. Nos reíamos. Nos gastábamos bromas. Él me soportaba con entereza porque, para aguantarme a mí, a veces hay que tener unos huevos bien puestos. Y él los tenía, vaya si los tenía.

Nos estábamos gustando. Yo lo sentía así y creo que él también. Conforme pasaban los días, yo solo deseaba hacer guardias con aquel chico, con aquel cuerpo con el que fantaseaba una y otra vez. A Jose le estaba dando de lado. Y él se estaba dando cuenta porque no entendía que yo hiciera tantas guardias, por la noche en la base y por la mañana en los puestos de playa.

—Pero, ¿a dónde vas otra vez? — me preguntaba Jose.

—A la playa, tengo guardia. Hay muchos ahogados este año — mentía como una bellaca.

—Pero, si te van a dar la medalla al mérito del trabajo. ¿Cómo es posible que hagas tantas guardias, hija mía? — comentaba él con tono preocupado.

—No damos abasto. Las playas están llenas y me necesitan a todas horas, Jose.

—No nos vemos apenas. ¿No eras tú la que querías solucionar las cosas? — preguntaba con lástima.

—Sí, sí, sí... — decía yo sin hacerle demasiado caso.

Me preparaba la mochila y salía pitando hacia la base, una vez allí nos trasladaban a la playa.

¿Nos besamos? Pues claro, sucedió una noche de guardia, yo estaba en

la parte donde llegaban los avisos y él de socorrista, toda la noche juntos, él sabía que yo estaba con Jose, pero sabía que no lo estaba pasando bien.

Ese beso me mató, me produjo mil mariposas en el estómago, me daba cuenta que estaba sintiendo algo fuerte y especial por él ¿Y Jose? A Jose lo amaba, pero ya no confiaba en él, todo me producía dolor y Josiño era la medicina que necesitaba para calmar aquello, era la persona que menos daño me causaba en esos momentos, sino todo lo contrario, conseguía sacar la mejor de mis sonrisas.

Un día de guardia ambos subimos a la embarcación, con tal mala suerte que resbalé y caí dándome de lleno en todo el culo. Lloré y chillé de dolor, no puedo explicar el dolor tan grande que sentí. Josiño me ayudó a incorporarme y nos fuimos de allí para que me curara. Sentía un gran escozor, tanto que no paraba de chillar. Él se reía sin parar y me decía que era una exagerada.

—¿Exagerada? ¡Un cuerno que te comas! Me duele tantísimo que seguramente no pueda sentarme en un mes.

Y después de eso me besó con fuerza. Haciéndome olvidar el dolor y todo lo que me rodeaba, pero en el fondo a él le gustaba hacerse el interesante, a veces notaba, que me trataba como a una niña chica, pero me gustaba esa sensación, parecía como si me protegiese.

Ya era el colmo de los colmos, pero le presenté a Jose a Josiño, ¡Con dos cojones! Encima le dije que me daba pena que estaba solo en Cádiz, así que cuando iba al Karaoke y Jose alguna noche también trabaja allí, Josiño se nos unía.

¿Diferencia? Que tuve que aguantar a más de una por allí de las que se liaron con Jose, pero él ni las miraba, a mí eso me hizo mucho daño, hasta ahora, yo en cambio, tenía allí a Josiño y le hablaba, nuestras miradas hablaban también lo que nuestros labios no podían decir, pero nos reíamos mucho, en el fondo conseguí que se cayeran bien, al menos que lo fingieran.

Las escapadas con mi gallego, eran cada vez más seguidas, yo solo de

pensar que en poco tiempo se iba, me partía el alma, además que con 17 años no podía salir corriendo tras él, si no, sin dudas, lo hubiera hecho.

Me lo pasaba pipa, me sentía genial a su lado, Jose se estaba quedando en un segundo plano, él se lo había buscado, no supo valorar a la mujer que tenía al lado, a esa que moría por él, aquella que en sus brazos dejó de ser una niña.

Así que no estaba dispuesta a desaprovechar el tiempo que Josiño estuviera en Cádiz....



## Capítulo 12

Una noche en la que mi gallego tenía guardia, salí con Jose, esa noche era como una más, pero ya el vaso estaba a reventar y Josiño era la excusa perfecta.

Hasta el coño estaba esa noche. Hasta el mismísimo coño.

Salimos y ni dos pasos podíamos dar cuando alguna lo paraba: Hola, Jose, cuánto tiempo; o qué guapo, Jose, a ver si me llamas.

Yo sí que te voy a llamar, pero para decirte el día de tu entierro, pensaba.

Me tenía hasta las narices y los celos me estaban comiendo viva. Pero él, además, les hablaba cariñosamente a todas, mientras yo tenía la más falsa sonrisa en mi cara.

Entramos en la discoteca y fuimos directamente a la barra a pedir algo, y Jose no tiene otra que pedir por mí. A la mierda, esa fue la gota que colmó el vaso. Respiré hondo y esperé que el camarero pusiera las bebidas. Cuando Jose me acercó la mía para que la cogiera, desastre...

—Mierda, Natalia... — resopló cuando la copa cayó a sus pies, empapándole medio pantalón.

—Lo siento —mentí, no lo sentía en absoluto— está demasiado oscuro, no te vi bien.

Me miró con las cejas enarcadas, diciéndome sin palabras que no se lo creía.

—Mejor, así no bebes hoy.

Me giré como si no lo hubiera oído y le pedí al camarero lo que yo quería tomar. Sin una palabra más, me fui, dejándolo solo, a la pista. Había salido a divertirme, no a aguantar gilipollecés.

Con mi copa en la mano, comencé a bailar, sin importarme estar allí sola. Sin importarme en absoluto dónde estaba Jose, por mí, como si se tiraba de un puente, esa noche me tenía bastante harta y no paraba de recordar a Josiño. Por mí como no aparecía, por mí como si no...

Y ahí estaba él, frente a mí, bailando con otra. No me lo podía creer, ¿pero de qué iba este tío?

Sin pensármelo, me acerqué, agarré su brazo, lo hice girarse y le eché toda la copa en la cara.

—Disfruta ahora —dije antes de irme.

Salí a la calle, me quité los tacones y comencé a caminar. Ni un minuto tardó en cortarme el paso.

—¿A qué vino eso?

¿Pero sería cínico?

—¿El qué? —respiré profundamente, de nuevo.

—Esa escenita de celos.

—¿Celos yo? Mira, Jose, creo que aún no me conoces bien, pero el día que realmente me sienta celosa, te descuartizo. No me conformaré con mojarte de ginebra.

—No hacía nada malo.

—Estabas bailando con otra, viniste conmigo, ¿te lo recuerdo?

—¿Sabes qué? No sé qué demonios te pasa, no sé qué hago, pero todo te molesta...

—Eres un cínico. Si quieres tontear con todas, no me busques, yo no voy a morirte sin ti. Pero al menos me respetas.

—Natalia, solo son conocidas.

—No quiero ni saber cuánto conoces de ellas — gruñí—. Quédate bailando, yo me voy a casa.

—¿Sola?

—Como si te necesitara para algo...

Eché a andar de nuevo y volvió a agarrarme del brazo, impidiéndomelo. Me entró de todo por el cuerpo, ya no sabía cómo controlarme, pero esa situación me estaba volviendo loca.

Así que, ni corta ni perezosa, me di la vuelta, sí, pero para decirle dos cosas bien dicha.

—¿Sabes qué?

—Dime...

—Me importas una mierda, es más, no me apetece ni tocarte, eso que llevo sin hacer mucho tiempo.

—Te vas a arrepentir de lo que estás diciendo...

—No, escúchame que te lo voy a dejar muy clarito, estoy muy harta de que mucha gente de alrededor tuyo nos lo hayan puesto difícil y tú a callar como un sumiso, me han tachado de infiel, cuando eras tú el que me engañaba, ahora... ahora que me tachen de lo que quieran... puede hasta que tengan razón...

—¿Estás con él?

—A ti te lo voy a decir — dije sacándole el dedo y marchándome con toda la cabeza bien levantada, se acabó aguantar como se besaba con otras, se acabó todo...



## Capítulo 13

Más a gusto que un arbusto, así me quedé, en el fondo me daba pena, el amor no muere tan rápido, pero era mi liberación, el estar con mi rubio, ese que me estaba dando tantos momentos de felicidad.

Monté guardias con él, salí de marcha, éramos Zipi y Zape, aún recuerdo como se escapaba del cuartel muchas noches, saltando el muro y tapado por algún compañero que estaba en esos momentos encubriéndolo.

Jose llamaba a menudo a mi casa, prohibí a todo el mundo que dijera que estaba, pasaba de hablar con él, además al estar todo el día con Josiño, apenas recibía información de Jose.

Los días de guardia en la playa eran muy divertidos, nos escapábamos a unas calas escondidas y allí dábamos rienda suelta a nuestra pasión.

Lo bueno de Josiño era que no prometía nada, eso sí amenazaba con volver algún día para el circuito de Jerez, era un loco de las motos, a mí me partía el alma al saber que teníamos fecha de caducidad. ¿Pero que podría hacer? Nada... solo disfrutar de esos momentos que nos quedaban juntos.

Como me dolía el transcurso de los días, como me arrancaba el alma el saber que cada vez faltaba menos para su partida, si en esos momentos me hubiera pedido que me casase con él, lo hubiera hecho sin pensarlo, sin dudas, hubiera hecho cualquier cosa para poderlo retener a mi lado.

Un día se presentó Jose en mi casa, mi padre le abrió la puerta y entró, me quedé muerta, estaba escuchando camela, me preparaba para ver a Josiño, en ese momento estaba sonando una canción que parecía que iba con el momento, jamás lo olvidaré.

—Escúchala — dije poniendo mi dedo sobre sus labios para que no hablara y señale a la radio.

*¿Qué haces aquí?  
¿No me decías que sin mí  
también podías vivir?  
¿Por qué me buscas  
si lo nuestro ya se terminó,  
o ella prefiere estar  
con otro nuevo amor?  
Sólo por ti  
daba la vida y yo jamás  
tenía nada de ti,  
sólo creía que me amabas,  
pero que tonta fui,  
he descubierto lo que hay  
dentro de ti.*

*Nada tendrá sentido  
si tú no vuelves más conmigo,  
me faltan muchas ilusiones,  
te pido que no me abandones,  
deseo tanto estar contigo,  
perdóname cariño mío.  
Nada tendrá sentido...*

*No puede ser,  
ya no te quiero y más contigo  
no tropezaré,  
¿ya no te acuerdas cuántas veces  
te burlabas de mí?  
Yo te prometo que jamás  
lo olvidaré.*

Su cara estaba descompuesta, cuando terminó la música me miró con mucha rabia.

—¿Puedo hablar ya?

—No, ya es tarde, no quiero saber nada de ti, habértelo pensado antes de liarte con ¿seis? Haz el favor y sal de aquí.

—Te quiero.

—Ya no me vale Jose.

—Por favor, perdóname, estoy dispuesto a hacer lo que me pidas.

—Jamás te pedí nada, jamás, solo quería que me respetaras. ¿Tan difícil era?

—Fui un tonto.

—Eres un tonto, lo has perdido todo.

Me marché de mi casa, lo dejé allí, en el fondo aún quedaba mucho amor dentro de mí, pero... Josiño me daba todo lo opuesto a lo que él había causado en mí.

Josiño me esperaba en la esquina, me fui con él, en el fondo el me comprendía todo y no le gustaba verme triste, siempre tenía alguna palabra de consuelo, pero solo su presencia, ya lo hacía.

Llegamos a Bahía Sur, ya me daba igual que me vieran con él por todos lados.

—Venga, cambia la cara, verás cómo disfrutamos esta noche.

Sonreí ante las palabras de Josiño, sabía que iba a divertirme esa noche con él. Llegamos al Centro comercial Bahía Sur para tomar algo.

—Tendré que beber más de la cuenta, últimamente ando un poco sosa.

—Bebe lo que quieras, mientras no me vomites encima ni tenga que llamar a una ambulancia, está bien —dijo con una mueca.

—Tranquilo, nunca desfasé tanto —reí.

—¿Estás segura que nunca lo hiciste?

Me quedé parada, con el cuerpo en tensión cuando escuché la pregunta de Jose a mi espalda.

Lentamente y cogiendo aire, me giré. Sí, era él, tan guapo como siempre, y con una cara de cabreo que no podía con ella.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? No se las doy a mis padres, te las voy a dar a ti... —respondí irónicamente.

—No me enfades, Natalia. ¿Qué haces aquí con este?

—Este tiene un nombre.

—Vamos, tenemos que hablar.

—Y una mierda me voy yo contigo —exploté—, ¿pero qué demonios te

pasa?

—Tenemos que hablar —me cogió del brazo, intentando acercarme a él. Di un jalón, evitándolo.

—Nosotros no tenemos nada que hablar. He venido a pasármelo bien. No me jodas, Jose, y déjame en paz.

—Te vienes conmigo —insistió.

—En tus sueños. Vamos —agarré la mano de Josiño—, ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

Ni siquiera me dejó moverme cuando ya había jalado de mí, haciendo que me separara de Josiño.

—Ey, tío, tranquilo —dijo este.

—Vete a tu puñetera casa, Natalia se viene conmigo.

—Jose, ¡déjame en paz!

—¡Una mierda te voy a dejar en paz! —le dio una patada a la pared, no sabía si estaba más cabreado o desesperado por hablar conmigo. Se pasó las manos por el pelo en un gesto de desesperación —. Natalia, por favor, tenemos que hablar.

—Natalia... —dijo Josiño. Lo miré— Ve con él.

—¿Pero os habéis vuelto todos locos?!

—Loco me tienes desde el primer día —dijo Jose—. Maldita sea, Natalia, ven conmigo, tenemos que hablar.

—Lo que tengas que decirme, lo puedes decir delante de él —señalé a Josiño.

Jose, desesperado, le dio un par de puñetazos a la pared.

—Natalia, ve con él.

—¿Pero tú has visto cómo está, Josiño?

—Sí, desesperado por hablar contigo.

—Pero...

—No, tenéis cosas que solucionar. No te preocupes por mí, lo entiendo. Además, yo me voy en una semana. Llámame y nos tomamos algo otro día.

—¡Ni de coña! —chilló Jose. Otra patada a la pared. A ese paso, se destrozaba el pie.

—No puedo creerme que lo defiendas.

—No lo hago, Natalia, pero tú tampoco estás bien. Aclara las cosas.

—Está bien —claudiqué. Me despedí de Josiño con un abrazo y miré a Jose—. Ahora, pedazo de idiota, dime: ¿Qué quieres de mí!

—Tenemos que hablar.

—Ya me he enterado ¿Cuántas veces me lo vas a repetir?

—Monta en la moto — la acercó a mi

Me llevó hasta la plazoleta de enfrente de mi casa, vaya cambio de planes, de irme de fiesta con Josiño, a terminar de nuevo en mi piso.

—Natalia quiero que me perdones, no se vivir sin ti.

—¿Y te has dado cuenta ahora? — pregunté con rabia.

—Lo siento.

—No, no puedes sentirlo y que todo se me olvide, no es así Jose, no voy a volver contigo, si me quieres demuéstralo, pero no ahora, con hechos, con el tiempo, ahora necesito desconectar de todo.

—¿Cuándo se va él?

—¡A ti que te importa!

—Por favor, dímelo — le cayó una lagrima.

—Dentro de una semana.

—Está bien, entonces empezaré a demostrártelo cuando se vaya.

—No te creo Jose, llenaste mi vida, luego me la vaciaste de golpe, hay cosas que jamás borraré de mi mente y que me harán mucho daño toda mi vida.

—Lo sé — se echó a llorar.

Me dio pena, lo abracé, en el fondo me partía el alma verlo así de derrumbado, en el fondo aún sentía mucho por él, pero si hacía una balanza, Josiño se llevaba mi corazón, había llegado en el momento que más lo necesitaba, cuando peor estaba.

Esa noche Jose se fue, prometió no agobiarme, pero dejó claro que lucharía por mí, así se dejara la vida, en el fondo no lo creía, pero sus palabras parecían salidas del dolor y la verdad.



## Capítulo 14

La última semana la pasé agobiadísima, sabía que faltaban días para que Josiño se marchara, así que intenté pasar el máximo tiempo posible con él.

Jose aparecía de vez en cuando, pero sabía que yo estaba mal, el último día en que Josiño se iba, le pedí la moto a Jose, había venido a verme, se me ocurrió hacer la última locura, le dije que tenía que ir a por unos papeles con mi amiga y me fui a buscar y despedir a Josiño, no quería hacerlo, le dije que no podía, pero a última hora quise pasar ese dolor y verlo por última vez.

¿Por qué tenía que pasar aquello? ¿Por qué tenía que pasarnos a nosotros precisamente?

Yo no quería que sucediera. Yo no quería que él se marchara. Eso era una auténtica putada. Sabía que algún día tenía que pasar como él no paraba de repetirme en aquel instante frente al cuartel.

—Es lo mejor, Natalia — decía él con voz de actor de cine.

—¿Cómo que es lo mejor? Cuando mejor lo estábamos pasando, te vas — decía yo lastimosa sin dejar de magrearlo y de darle besos.

—Mejor que acabe esta historia con este sabor dulce — se puso en plan poético.

—Deja de decir gilipolleces. No quiero que se acabe, Josiño. Eres ...

—No soy el hombre que necesitas — me interrumpió mirándome a los ojos.

—Eres mi hombre, sí, sí... —decía yo desesperada, con ganas de comérmelo allí mismo sobre el muro donde estábamos sentados o en la moto si hacía falta.

—Sabes que digo la verdad. Debes perdonar a Jose definitivamente. Es un buen chico. Todos cometemos errores. Él rectificará y sabrá apreciarte de verdad — comentó él con un brillo en los ojos que quitaba el hipo.

—Lo he pasado muy bien contigo, Josiño, mi Josiño.

—Yo he disfrutado mucho contigo también, Natalia. No te olvidaré jamás, ¿sabes?

—Eso lo dices ahora. Cuando llegues a tu pueblo, te enamorarás enseguida de alguna chica y ya no te acordarás de mí — dije yo haciéndome la víctima mientras no paraba de tocarlo por todos lados y de besarlo.

—No niego que pase. Pero tú estarás siempre en mi corazón.

—Déjate de cursiladas y bésame, bésame como tú sabes — le supliqué más que excitada.

Josiño se iba. Sí, se iba y seguramente para siempre. Aquel cuerpo de escándalo, aquel cuerpo del pecado, aquel vigilante de la playa que yo había visto tantas veces en la tele y que ahora estaba delante de mí se iba.

Había acabado la mili y no le quedaba más remedio que marcharse. Yo no lo soltaba. Solo se me ocurría darle besos y abrazos, y palparlo de norte a sur. Madre mía, qué bueno estaba. Aunque yo no había vuelto con Jose, todavía no tenía claro nada de aquella relación. Lo que sí que tenía claro es que Josiño, el chico que físicamente y sexualmente me había vuelto loca, me dejaba. Yo estaba horrorizada. Estaba ante el precipicio. ¿Qué iba a hacer yo ahora sin aquel maromo, sin aquel gallego?

Aquello parecía el final de una telenovela. Conforme le daba besos y le cogía del culo y de otras partes que no voy a decir, me hinchaba llorar. Él se hacía el duro, pero sus besos y sus abrazos también eran desesperados.

Nunca imaginé que estas despedidas existían de verdad. Pensaba que era cosa de las películas románticas que yo a veces veía en casa, a la hora de la siesta. Pero no, aquello parecía sacado de Lo que el viento se llevó. La realidad supera a la ficción. Allí estaba yo con aquel gallego, llorando como una magdalena, frente al cuartel. No me salían las palabras, pero sí las ganas de besarlo y meterle mano. Solo quería comérmelo, devorarlo. No sé si con Josiño sentí el amor pleno, pero si ese que te arranca el alma y te marca de por vida.

Ahora me enfrentaba a un nuevo reto en mi vida. La ausencia de aquel gallego hacía que yo me centrara de nuevo en Jose. Quizá me iba a llevar otro desengaño. Pero la vida es así de jodida. No me quedaba otra alternativa. Yo no sé si Jose sería capaz de demostrarme que era el hombre que yo ansiaba.

Durante mucho tiempo, yo vi en Jose al hombre ideal. Luego se cruzó el vigilante de la playa y yo me convertí en Pamela Anderson. Y entonces mi visión de las cosas cambió completamente. Vais a pensar que estoy loca. Lo estoy, y me da igual. El muchacho estaba temblando de nerviosismo. Pude leer la tristeza en sus ojos.

En este momento, podría escribir una despedida romántica y dulce pero no voy a hacerlo. Si me preguntáis por qué, os diré que me apetece hablar de lo que también significa la vida para mí. Y la vida para mí también es humor,

cachondeo, disfrutarla a tope. Y eso era lo que estaba haciendo en aquel momento. He de reconocer que estaba muy triste, pese a que parecía una vampiresa chupándole la sangre mientras suspirábamos.

Se iba una persona con la que yo podría haber tenido una relación mucho más larga que la que había tenido, sí nunca se hubiese marchado, evidentemente hubiera luchado por que nunca se hubiese separado de mi lado, de eso no me cabe duda. Pero estaba claro que el destino no quería que estuviésemos juntos. Ahora que ha pasado el tiempo, no paro de reírme al recordar aquel momento. Porque, en el fondo, mientras yo me despedía, sentía que su cuerpo me seguía excitando. Lo llené a chupetones. Iba a llegar a Galicia con cinco kilos menos.

Yo no sé porque la mili lo podía haber durado siete años como mínimo. Algún hombre que lea esto me matará, pero me da exactamente lo mismo. Josiño había sido el que me había ilusionado de nuevo, el que me había hecho creer que los hombres maravillosos existen. Ahora yo me quedaba sola, bueno, me quedaba con Jose. Yo no sabía todavía si iba a ser el hombre romántico y sensible que fue conmigo o se iba a comportar como un auténtico cabrón.

Llegó un momento en el que yo no quería prolongar más aquel sufrimiento. Noté que Josiño lo estaba pasando fatal. Él nunca imaginó que iba a tener a una chica como yo mientras hacía la mili. Lo que habíamos vivido seguramente lo guardaríamos en secreto el resto de nuestra vida. Lo mismo el no sentía eso que describo por mí, pero es mi historia y yo lo sentí así.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Aunque me estaba dando el lote, sabía que tenía que dejarlo. Y eso hice. Después de un beso de tornillo y unos cuantos piquitos en los labios, me aparté. Pude ver que se emocionaba al final, cuando vio que yo me montaba en la moto de Jose. Pensé en no despedirme, pensé en no decirle adiós.

Ya os he dicho que estaba como una cabra. Pero no era el momento. Arranqué la moto. Y entonces lloré con más fuerza. El estruendo de aquella moto ocultaba el sonido de mi llanto. Me quedaba mucho por vivir. Me

quedaba mucho por sufrir. Al final, lo hice. Le lancé un beso. Y seguramente aquel beso sería el último como sería también la última vez que vería a Josiño. Pobre chico. Allí se quedaba, solo, mientras yo me marchaba. Algo de mí se quedaba también en aquel lugar, frente al cuartel, en el corazón de aquel chico que me había hecho soñar y me había hecho disfrutar de una forma bestial. Por unos momentos pensé que él me propondría una locura para no separarnos, pero no fue así, quizás no era todo lo que necesitaba, pero para mí fue una de las historias más bellas que jamás imaginé vivir.

Parece que es verdad que todas las cosas tienen un principio y un fin. No sé qué pensar de todo esto, pasado el tiempo.

Ahora muchas cosas comenzaban otra vez. El tiempo diría que pasaría con mi vida, pero ahora mismo sentía, que mi vida se había ido con aquel gallego...

Arriesgando



The background features a collection of overlapping hearts in shades of pink and magenta, some appearing as if they are floating or falling. In the lower right, there is a faint, light-colored silhouette of a couple embracing. The overall aesthetic is romantic and soft.

UNA HISTORIA REAL  
TRILOGÍA ♥ PARA SIEMPRE

*Arriesgando*  
LIBRO-2

NORAH CARTER  
PATRICK NORTON  
MONIKA HÖFF

COLABORACIÓN DE  
FANNY RAMÍREZ

DOLCE  
BOOKS



# Capítulo 1

¡A la mierda todo! Solo quería llorar y llorar, solo quería que la tierra me tragase y me escupiera en Galicia. La depresión me consumía hasta que la tristeza se convirtió en rabia y enfado. Tenía que sacar fuerzas de alguna manera, y la única que se me ocurrió fue encerrarme en mi caparazón y no dejar entrar a nadie. Tenía que seguir adelante. Tenía una vida, una vida con Jose y no con Josiño, por mucho que se me estrujara el corazón y no dejara de pensar en él.

El día siguiente, me la pasé encerrada en mi habitación, pensando, llorando y odiando a todo el mundo. ¿Por qué mierda me pusieron a Josiño en el camino si luego me lo iban a arrebatarse?

En la noche, tenía que ir a trabajar al karaoke con Jose. No le hablaba, siquiera lo miraba. ¿Lo amaba todavía? Si dijera que no, estaría mintiendo, ¿pero y si lo que me ocurría era que me había enamorado de los dos...? ¿Eso era posible? Pero es que así lo sentía. Quería a Jose con todas mis fuerzas, pero estaba hecha una verdadera mierda por no poder tener a Josiño a mi lado. Pero hay una cosa de la que siempre estaré segura: en esa época, hubiera dejado todo, por irme con él. Tal y como estaban las cosas con Jose, me entraban ganas de mandarlo a la mierda. Josiño fue un soplo de aire fresco, de alegría. Me supo dar el amor y la estabilidad que Jose no estaba consiguiendo darme. ¿Cómo hacerlo, si lo único que sabía hacer era irse con cualquier tía a

mis espaldas para luego ponerme loca?

Entré al Karaoke con un humor de perros, así que imaginaos lo que me entró por el cuerpo cuando vi a una de las tantas estúpidas con las que habían intercambiado saliva con Jose en este tiempo que estuvimos juntos. Tenía una cara de puta que no era normal, o quizás debido a como estaba, todas me parecían unas putas y los hombres unos cabrones. Ni le di una segunda mirada y la pasé cerciorándome de empujar su hombro más fuerte de la cuenta. Estaba que me comía a cualquiera del cabreo que tenía. Me lo pasaba todo por el forro de las bragas, hablando claro. Tenía a mi gallego grabado en la mente, en los besos que le estaría dando una vez que saliera de aquí. No que en lugar de eso, ya no lo volvería a ver nunca más.

De reojo miré hacia Jose, una vez que pasó por el lado de la chica, él avergonzado, agachó la cabeza y siguió detrás de mí como un perrito faldero. Supuestamente, como me había dicho, le daba verdadera vergüenza que yo me cruzara con ellas. A mí ya me daba igual todo. Tenía ganas de matarlo, por estúpido y capullo. A nada estaba de plantearme de verdad alejarlo de mi vida para siempre.

Después de un rato que me la pasé cambiando de discos y escuchando a todo ejemplar entonar como una mismísima ballena pariendo, otra de ellas, apareció. Y yo que había tranquilizado el enfado, éste volvió con todas sus ganas y fuerzas. Eran tantos los deseos de reventarle a Jose un vaso en la cabeza que hasta él se dio cuenta. No la saludó, como a la otra, siquiera le dio una mirada completa. Se veía el arrepentimiento acaparar todo su rostro. Como si la canallada que me había hecho no fuera más que un error. Un error que el muy mamón, había disfrutado como nadie. Pero claro... una pequeña sonrisa hizo que mi orgullo casi machacado y pisoteado, se alzara. En vez de sentirme mal al haberme visto con Josiño, besándonos hasta quedarnos sin aliento, y sintiendo por él lo que mi corazón sentía, hizo que me sintiera mejor.

—Natalia... ¿Me dejas un momento cambiar un disco? — dijo Jose sacándome con sutileza de aquel rincón donde me pasé las últimas horas.

No sabía lo que pretendía. Tampoco es como si me importara demasiado. Y para las ganas de desaparecer de allí que tenía, me vino de perlas que él quisiera ocupar mi puesto.

—Voy al baño... —accedí, dejándolo en mi lugar.

Una vez en el cubículo, dejándome caer pesadamente en la taza, agarré mis sienes fuertemente, deseando desaparecer. Un dolor de cabeza se avecinaba, no tenía ganas de vivir si Josiño no estaba para alegrar mi miseria. Miseria que yo misma me obligaba a pasar, ya que nada me ataba a Jose. Nada excepto el amor, aunque cada vez era menos. Mis ojos me escocían, las entrañas se me contrajeron y solo tenía ganas de gritar a todo pulmón.

Nadie puede imaginar la de cosas, ni los sentimientos que sentía en ese momento. Después de unos minutos auto compadeciéndome, decidí salir. Miré hacia el escenario, donde uno de los valientes que se atrevieron a cantar, terminaba la canción y bajaba para ser aclamado por su público. Vi cómo José me miraba y sonreía, no pude remediar que mi corazón diera un bote ante ese detalle. Hacía tiempo que no me daba cuenta de esa sonrisa que tanto me había causado. Metió un disco en la máquina y dejando el puesto, se subió al escenario como si fuera una estrella de rock. Por lo menos, fans histéricas no le faltaban. Las muy perras le sonreían y vitoreaban, excitadas por escucharlo cantar. Yo solo deseaba que la pifiara de nuevo y me diera una nueva razón para arrearle un guantazo bien dado.

Pero no, no fue así. No la pifió como tampoco hizo que me avergonzara ni que las ganas de asesinarlo aumentaran. De repente con esa voz que dios le dio, tan bonita y ronca, empezó a cantarme. Sí, a mí. Mirándome a los ojos, dejándome con el corazón encogido.

Moduló un ‘Te quiero’ entre párrafo y párrafo, haciendo que por un momento olvidara el cabreo. Pero fui fuerte, me mantuve en mis trece y ni una sonrisa le di. Aunque tenía ganas de comérmelo a besos.

Lo único que tenía claro que ninguna canción iba a poder hacerme olvidar todo lo que la había jodido conmigo.

La canción decía así:

*Perdóname*

*Si pido más de lo que puedo dar  
Si grito cuando yo debo callar  
Si huyo cuando tú me necesitas más*

*Perdóname*

*Cuando te digo que no te quiero ya  
Son palabras que nunca sentí  
Que hoy se vuelven contra mí*

*Perdóname*

*Perdóname*

*Perdóname*

*Si hay algo que quiero eres tú*

*Perdóname*

*Si los celos te han dañado alguna vez  
Si alguna noche la pasé lejos de ti  
En otros brazos, otro cuerpo y otra piel*

*Perdóname*

*Si no soy quien tú te mereces  
Si no valgo el dolor que has pagado por mí  
A veces*

*Perdóname*

*Perdóname*

*Y no busques un motivo, ni un por qué  
Simplemente yo me equivoqué*

*Perdóname*

La gente aplaudía de forma eufórica, incluidas sus seguidoras, que lo único que les faltaba era arrancarse el sujetador y lanzárselo. Pero una vez que vieron que la letra iba especial y solamente dirigida a mí, dejaron de chillar como perras en celo y agacharon la cabeza denotando derrota. Yo solo tenía

ganas de sacar el dedo medio a todas ellas y burlarme de lo patéticas que ahora parecían.

Una vez que mi novio acabó con su numerito fui hacia el rincón, puse un disco y me subí al escenario. ¡Con dos ovarios! Nadie, repito, nadie quedaba ileso después de haberme hecho lo que él me hizo. Por mucho que quisiera empezar a arreglarlo. Me tocaba devolvérsela con fuerza. Y qué mejor con una canción de la más grande, Rocío Jurado, y todo mi arte dejaría a Jose a la par del betún.

Lo señalé con todo el descaro y empecé a cantar, haciendo que sus ojos se abrieran de golpe por la impresión.

*Ese hombre que tú ves ahí  
que parece tan galante  
tan atento y arrogante  
lo conozco como a mi*

*Ese hombre que tú ves ahí  
que aparenta ser divino  
tan afable y efusivo  
solo sabe hacer sufrir*

*Es un gran necio,  
un estúpido engreído,  
egoísta y caprichoso,  
un payaso vanidoso,  
inconsciente y presumido,  
falso, enano, rencoroso,  
que no tiene corazón*

*Lleno de celos  
sin razones ni motivos  
como el viento impetuoso,  
pocas veces cariñoso,  
inseguro de si mismo,*

*soportable como amigo,  
insufrible como amor.*

Si tuviera que describir la cara de Jose en ese momento, no tendría suficientes adjetivos. Pero predominaba la vergüenza y la tristeza impregnada en sus ojos. Todos aquellos que conocían nuestro historial, se estaba riendo, pasándose de lo lindo. Y él más se avergonzaba. Pero estaba aprendiendo que a todo cerdo le llega su san Fermín, y a mi Jose le tocó tomar un poco de su propia medicina.

Supongo que siempre pensó que lo que hacía a mis espaldas, con esas tantas y tantas chicas que bebían los vientos por él, no me iban a hacer el daño que me hizo. Yo en ese momento tampoco pensé en el daño que le estaba causando. Me daba igual, solo quería que sintiese lo que yo. Que se avergonzase y pensase en todo lo que he pasado. Sentirse el hazmerreír de la gente. Donde las dan, las toman ¿No? pues eso, que quería que sintiera en sus propias carnes lo que es sentir vergüenza.

Luego de aquello, no hablamos. No me miró, siquiera hizo el intento de echarme en cara lo que hice. Me dejó en casa a altas horas de la mañana. Catalogando que, al siguiente día, cuando todo se calmase, tendríamos que hablar.

Esa noche el recuerdo de Josiño volvió. Haciéndome llorar desconsolada, y queriendo poder tenerlo cerca para que me abrazara.

Para que besara mi frente y me dijera que todo iba a estar bien. Lo necesitaba, lo echaba terriblemente de menos. Y no lo podía tener.



## Capítulo 2

¡Estaba descentrada! No podía quitarme de la mente a mi gallego, no podía con mi vida y Jose... Jose estaba ahora como una autentica garrapata enganchado a mi culo. Pero no, mi corazón se había endurecido, ahora era de piedra y no le creía una palabra por muy adornadas que estas salieran de su boca.

El fin de semana llegó con todo lo que aconteció. Jose me había dicho muchas veces que dejara el karaoke, y eso fue lo que hice ese día. Pero no porque él me lo pidiera sino porque estaba harta de todo. Quería centrarme, empezar a pensar en cómo llevaría mi vida, incluso dejé de ir a la cruz roja ya que todo me recordaba a Josiño. Cada rincón, cada pasillo, su risa resonaba por todo el lugar y no me apetecía pasarme todo el día llorando. Ya tenía bastante con hacerlo en casa, como para seguir fuera de ella. Mi humor no estaba mejor. Saltaba a la mínima y nada me caía bien. La gente temía hablarme, porque reaccionaba con una respuesta mordaz y no dejaba títere con cabeza. Y más furiosa me ponía cuando era Jose el que me hablaba. Todo el amor que sentía por él fue desapareciendo hasta casi extinguirse. No le tenía confianza, no sabía si en cualquier momento que flaqueara, volvería a hacer de las suyas. Quería estar con él, seguir intentándolo, pero juro por dios que me faltaba un pelo para mandarlo al carajo.

Pero no me iba a quedar quieta, iba a montar mi última guardia en cruz roja, tenía un objetivo claro, no iba a parar hasta conseguirlo.

Resulta que una de las que se besuqueo con Jose, era amiga y tenía un novio que estaba en Cruz roja, ella terminó enamorada de él hasta las trancas...

Esa noche le dije a Jose que sería mi última, así que allí fui y monté guardia con el novio de mi querida amiga la traicionera, a huevo lo tenía, ya que él me había tirado mil indirectas, la verdad que el tipo era espectacular, así que la venganza sería de lo más fácil...

Ni dos minutos pasaron y ya estaba tonteando conmigo, así que todo iba marchando genial.

Lo tuve toda la noche babeando conmigo, no me lie con él, pero por la mañana le di un buen beso en los labios y me fui tan campante, antes de llegar a mi casa le conté a mi amiga lo pesado que había estado toda la noche su novio, que le di solo un beso... la dejé ahí toda jodida sin saber que contestar y luego me fui con Jose a comer y también se lo conté tan pancha.

—¿Hasta cuándo va a seguir esta guerra Natalia? —preguntó enfadado.

—Tranquilo, ya los demás no me importa, ya me vengué de los objetivos que más me dolían.

—No estoy dispuesto a seguir así —dijo triste.

—¿Ah no? Pues nada, ahí tienes la puerta —señalé hacia fuera del restaurante.

—Sé que la cagué, que no supe valorar lo que tanto amaba, pero creo que ya es suficiente, ya te has vengado bien ¿No crees?

—Eso lo decido yo, nadie te obliga a estar a mi lado.

—No quiero que esto se nos vaya de las manos, quiero un futuro contigo  
—le cayeron dos lagrimones que me partieron el alma.

—Ya no voy a hacer más nada —dije cruzándome de brazos.

—Es por nosotros, tenemos la oportunidad de arreglar lo que yo estropeé, pero no podemos andar de esta manera.

—Las cosas no se olvidan en dos días.

—Ni en otros brazos Natalia.

—Solo quería dejar claro, que yo si quería también podía joder.

—No seas igual que los demás Natalia.

Mi mente y mi corazón estaban en continua pelea. Uno me decía que hiciera una cosa y el otro me dictaba otra. Solo me tocó dejar todo como estaba y ver qué pasaba.

Poco a poco volví a retomar los estudios, tenía que hacer algo para que en un futuro no comerme los mocos o peor, depender de nadie. No había días que no me acostara llorando y me durmiera de agotamiento. Pero ahí iba, pasito a pasito y a buena letra.

Ese viernes, Jose apareció en mi casa. Grande fue mi sorpresa que se presentara en mi habitación, mientras yo escuchaba música, con una rosa en las manos tan radiante y preciosa como su sonrisa.

—¿Y esto? —le pregunté aún ante la obviedad. Sabía lo que era, lógicamente, lo que no sabía era la intención del porqué del presente.

Él colocó la flor con un cuidado desmesurado en la mesilla de noche y se sentó al borde de la cama. Yo agarré la nota que venía adjunta y mientras leía, esperé que contestara.

—Me apeteció comprarla para ti.

—Humm... —murmuré mientras leía la frase escrita con su letra.

«Jamás pensé que te amara tanto hasta que vi que te perdía»

Una risa irónica escapó de mis labios.

—No te creo —dije soltando la nota.

—El tiempo me dará la razón y me permitirá demostrártelo.

—Bueno, si tú lo dices... —seguí en mis trece, encogiéndome de hombros.

—Sé que no me crees, pero solo te pido que me des la oportunidad de demostrártelo.

—Inténtalo —le dije mirándolo a los ojos. Me dolía incluso hacerlo—, pero no te prometo nada, no estoy bien, no tengo fuerzas, me hiciste mucho daño, te liaste con todo lo que pillaste por el camino.

—Jamás me acosté con nadie... —rebatí enfadado.

—¡Eso es lo de menos! Me engañaste y eso es lo que cuenta—la última parte me salió susurrada. Aún me dolía demasiado.

—¿Sabes? Lo de Josiño me hizo darme cuenta lo importante que eras para mí, me da miedo saber si te acostaste con él o no. Me da auténtico pánico saberlo.

—¿Pues sabes qué? Te mereces no saberlo. Y yo me encargaré de que vivas con la duda.

—Vale, me lo merezco —masculló desanimado. Después de unos segundos mirando sus manos entrelazadas encima de su regazo, suspiró y volvió a hablar—: Mañana me gustaría que nos fuéramos los dos a pasar el fin de semana juntos de camping, se lo he dicho a tu madre y le

parece bien.

—¡Oh, muy considerado! Viendo que eso lo debo decidir yo, antes que nadie ¿No crees? —ladré irritada. Tenía la sensación de que todo lo que dijera, me iba a caer como una patada en plena boca del estómago.

—Por favor te lo pido, no te tocaré si no quieres.

—Eso tenlo por seguro... —le señalo con determinación.

Después de nuestra conversación y de organizarnos para mañana, Jose se fue para su casa. Con aire apesadumbrado, los hombros caídos y la mirada perdida. En el fondo, me daba tanta pena que a punto estuve de salir corriendo detrás suyo y abrazarlo. Pedirle perdón por ser tan perra, pero luego, recordaba todo lo que me había hecho y se me pasaba.

Esa noche dormí poco. Los nervios y la incertidumbre de lo que iba a pasar al día siguiente me carcomían por dentro. Y a primera hora de la mañana, estaba despierta, después de haber pegado ojo apenas tres horas.

Jose llegó puntual, después de almorzar, nos fuimos rumbo a Conil, a la cala del aceite. Ya se había sacado el carnet y con sus ahorros, habría conseguido un coche. Cosa que me enorgullecía y si no fuera porque no nos hablábamos, lo hubiéramos celebrado como se merece.

En octubre en Cádiz era caluroso, y si no fuera porque en las noches refrescaba parecía que estábamos en pleno agosto.

En cuanto llegamos montamos la tienda y colocamos la comida y bebidas a buen recaudo para más tarde. Mientras organizábamos todos, no podía remediar mirarlo, aunque fuera de reojo. Me dolía el alma, en serio. Pero no podía dejar de hacerlo.

Puso la radio y comenzó a sonar Eros Ramazzotti, sabía que me encantaba, y aunque a él también, siempre prefirió a Sabina o Bob Marley.

Sirvió dos cubatas, una vez que nos acomodamos fuera de la tienda y acepté el vaso aún en completo silencio.

—Natalia perdóname —dijo de la nada cortando el silencio que se había formado a nuestro alrededor, y solo era roto por el choque de las olas en las rocas.

—Y dale con el tema —rodé los ojos cansada—, te he perdonado, pero no puedo olvidarlo y menos aún, me puedes pedir que confíe en ti de un día para el otro.

Él asintió, pegó un sorbo a su vaso y volvió a hablar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿No lo harías si dijera que no? lo harás de todas maneras, así que hazlo...

—¿Sientes aún algo por mí? —me preguntó agarrando mi mano libre, la cual descansaba encima de mi muslo.

Observé sus dedos, entrelazándose entre los míos.

—Sí —contesté para luego mirarlo a la cara—: rabia, impotencia, dolor y muchas cosas más.

—Lo sé, puedo verlo en tus ojos y eso me aterra.

—Entonces si ya lo sabes... ¿Por qué preguntas?

—Me gustaría saber si al menos aún te gusto un poco...

—Algo debe haber, si no, no estaría aquí contigo. Aunque no te lo creas o aunque suene estúpido sigo queriendo estar contigo. Por muy poco que te lo merezcas.

—¿Te puedo dar un beso?

—Jose no empieces, déjame beber tranquila —dije temblando como un flan, escuchando como la voz rasgada y preciosa de Eros me hacía erizar. Besarlo es lo que más deseaba en ese momento pero sin duda lo que menos necesitaba.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué...? —Le di un sorbo a mi cubata. No era más que una forma de mantenerme ocupada.

—Jamás volveré a separarme de ti. Todas las noches cuando llegue a casa después de despedirnos en tu puerta, te llamaré para que sepas que estoy ahí, jamás volveré a salir con mis amigos sin ti, solo quiero estar contigo.

—Claro... haré como que me lo creo.

—Bueno, ya lo verás...

Niego con la cabeza y sonrío suspicaz.

—No sabes el daño que me hiciste...

—Lo sé, no sabes cuánto me arrepiento.

—Nadie cambia, dudo que tú lo hagas, además no se ni como estas aquí, con toda la gente que sueña con separarnos... incluso tú mismo parece que estás dispuesto a echarlo todo a perder.

—Natalia... tengo claro que quiero estar contigo. Me importa una mierda lo que quieran los demás. Decidí estar contigo y aunque la cagué, no sabes lo que me arrepiento. Te quiero. Te quiero demasiado como para soportar perderte.

Justo ahí me eché a llorar. Con los sentimientos a flor de piel y sin poder aguantarlo más. Echaba de menos a mi Josiño, pero también necesitaba a Jose.

Me abrazó contra su cuerpo y terminamos llorando los dos, e intentando calmarnos mutuamente.

Una vez que soltamos todo lo que teníamos, bebimos, incluso reímos por cualquier tontería. Y aunque en algún momento me regañó por estar fumando, le recordaba que, a fin de cuentas, él me hacía más daño que un simple cigarrillo.

Terminamos borrachos, nos fuimos a la playa una vez que anocheció. La noche arreciaba, pero estábamos desinhibidos. Se me olvidó el malestar constante al que ya me estaba acostumbrando y empecé a pasarla bien. Nos tiramos en la arena, mirando las estrellas sintiendo sus dedos enredarse en mi cabello y su boca en mi sien.

Allí bajo el cielo, Jose se acercó más a mí, hasta quedar pegados completamente. Inclinando la cabeza, su boca buscó la mía. Y no sé si fue la cantidad de alcohol que ingerí, que le seguí el ritmo. Mordiendo sus labios, atrayéndolo más hacia mi cuerpo, si es que eso era posible. Me sentía febril, incluso haciendo frío. Me dejé llevar, como el vaivén de las olas. Con la brisa arreciando mi piel que poco a poco iba quedándose desnuda.

José se puso encima, tapándome con su calor. Entibiando mi cuerpo casi en el acto. Enterré mis manos en su pelo, y con un suspiro, entró en mi interior. Lento, despacio, entre “Te quiero” necesitados. Escuchando la suave letra de una canción de fondo.

—Te amo... —susurraba Jose entre jadeos.

Las lágrimas corrían por mis sienes, no me salía decirle lo mismo. Pero lo quería. Se lo demostraba con cada caricia que le profesaba a su piel. Agarrando su espalda con fuerza, atrayéndolo hacia mí, arqueándome en busca de más profundidad.

Explotamos a los pocos minutos. Haciendo que el tiempo se parase en ese instante, ambos con el cuerpo perlado de sudor y del leve rocío que nos caía.

Dormimos abrazados, acurrucados en la tienda, completamente desnudos, después de amarnos nuevamente.

Pero como todo, siempre hay un pero. A la mañana siguiente y sin los efectos del alcohol, volvieron las inseguridades y el rechazo por mi parte. Quise olvidarme de sus caricias, de sus besos, solo por mi necia terquedad. Creía que ahora que había conseguido lo que quería, que era quitarse las ganas de echar un polvo, volvería a engañarme.

Jose preparo el desayuno e incluso esa nimiedad, hizo que mi mala leche aumentase.

—No hace falta que me untes las tostadas, se hacerlo sola ¿Sabes?

—No lo dudo, pero quiero hacerlo yo...

—Haz lo que te dé la gana — rebatí desviando la mirada cuando su rostro se descompuso.

—Anoche soñé que estábamos casados, éramos tan felices....

—¡Qué bonito! —Exclamé falsamente mientras le daba un mordisco a mi tostada—. ¿Y no tenías una amante?

—No... —respondió dejando su desayuno y levantándose ya con el apetito extinto.

El día siguiente no fue diferente ... me convertí en una maldita bipolar. Lo mismo le gritaba que me lo comía a besos. No sabía lo que estaba bien o lo que estaba mal. Si debía creerle o mandarlo a freír espárragos. Pero sí estaba segura de que estaba ahí con él porque Josiño se había ido, si no, estaría en

otros brazos y serían otros besos lo que recibiría.



## Capítulo 3

Parece que las cosas tienen un principio y un fin.

No es la primera vez que lo escribo. Josiño seguía en mi cabeza, pero todo había terminado. Era triste pensar eso en aquel momento y ahora también. Sin embargo, mi futuro y mi presente eran Jose.

Ya Nochevieja.

Parece mentira, pero tengo la sensación de que, por entonces, el tiempo pasaba muy rápido.

Jose cenaba en casa de mis padres. Todos los que nos sentamos a la mesa esa noche no dejábamos de bromear. Verdaderamente lo estábamos pasando fenomenal juntos. Parece que tiene que llegar una noche como Nochevieja para que nos demos cuenta del valor de la familia, de los amigos, y principalmente de esa persona a la que amamos.

Yo no sabía si Jose era el hombre con el que iba a casarme. Todo eso quedaba muy lejos, muy lejos. En pocos años, habían pasado demasiadas cosas. Y, aunque parezca mentira, eso pesa, eso es un lastre que siempre te acompaña.

Yo quería divertirme, pero me daba cuenta de que ya no era una niña. Todas mis acciones tenían consecuencias. Brindamos, comimos, reímos, esperamos a que en la tele dieran las campanadas. Nada especial, salvo que Jose parecía tenerme reservada una sorpresa.

No sé por qué, pero nunca he asociado a Jose con este tipo de cosas. No era un hombre especialmente demostrativo, por lo general, le costaba demostrar sus sentimientos de la manera en la que lo iba a hacer esa noche.

Yo estaba radiante. Me había puesto un vestido rojo, ajustado. Me había maquillado pacientemente delante del espejo y pintado los labios de un color morado, con matices de color rosa.

Parecía una muñeca. Estaba preciosa. Me encantaba que mi padre me lo dijera. Jose se fijó en mí enseguida cuando me vio aparecer para sentarme a la mesa. No hicieron falta las palabras para que él me dijera espontáneamente con su mirada, con el brillo de sus ojos y alguna que otra sonrisa, que yo parecía la reina de la noche. Él se había vestido de manera informal, pero iba también muy elegante. Es lo que me gustaba de Jose, esa mezcla de espontaneidad y seriedad cuando la situación o el momento lo requerían.

A lo largo de aquella velada, no intercambiamos muchas palabras. Jose, que era bastante parlanchín, estuvo comentando algunas anécdotas del trabajo.

¿Por qué no decirlo? Tuve la impresión, por unos instantes, de que él volvía a ser ese hombre del que yo me había enamorado esa primera vez y de una forma bestial. Aunque yo tenía todavía ciertos recelos hacia él, no podía quitarle ojo. Se estaba mostrando atento con mi familia y muy cariñoso conmigo desde esa distancia que era el tablero de la mesa.

Daban ganas de comérselo.

Sí, daban ganas de comérselo. Yo no quería mostrarme de una forma tan apasionada como había hecho otras tantas veces donde no me habría importado hacerle alguna caricia debajo de la mesa o haberle susurrado

alguna frase morbosa al oído. Algo había en mí que me impedía actuar con la misma libertad que había hecho años atrás, cuando comencé a salir con él. No sé qué me pasaba realmente. Jose me atraía, estaba haciendo todo lo posible para gustar aquella noche no solo a mis padres, sino también a mí, pero algo en mi interior me estaba frenando.

Hacía una temperatura agradable afuera.

Me encantaba la Nochevieja porque toda la gente parece más feliz que de costumbre. Todo el mundo se saluda y se sonríe. Todo son abrazos y besos. Jose estuvo toda la noche mirándome con intención de decirme algo. Yo sé que ocultaba información. Y eso hacía que yo me sintiera con más ganas de comérmelo, aumentaba mis deseos de estar junto a él.

Pero todo aquello, toda aquella fantasía que la noche me mostraba ante mis ojos, de repente, se esfumaba cuando pensaba en todo lo que él me había hecho. Yo seguía dolida. No terminaba de fiarme de él. No sabía qué pensar. Por un lado, yo quería que aquella noche fuese especial y que fuese un nuevo punto de partida para nuestra relación. Por otro lado, pensaba que nada iba a salir bien. Que, aunque Jose me gustara, no había nada que hacer. Tarde o temprano, aquello volvería a fracasar.

Y el dolor sería más agudo, más intenso, y yo sufriría mucho más.

Y Josiño estaba ya en Galicia. Él había reconocido en mi forma de hablar y en mi forma de ser que yo todavía sentía algo por Jose.

¡Qué gran chico!

Hubo un momento en Jose, cuando nos dimos dos besos en la mejilla, para desearnos feliz año nuevo en que sentí que me miraba con la intención de desnudarme.

Sí, pude ver que él escondía algo. Aquella sonrisa era inconfundible. Yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Brindamos de nuevo y salimos de allí disparados, porque Jose me cogió de la mano con fuerza y me arrastró

hasta la calle. Nos montamos en el coche y puedo decir que estaba emocionada. ¿Qué demonios estaba pasando?

El coche se incorporó a la carretera en muy poco tiempo. Yo le preguntaba, pero él no me contestaba. Mi nerviosismo iba en aumento. Mi corazón palpitaba cada vez con más fuerza.

—Me matan estas cosas, sabes que soy impaciente y no me gustan las sorpresas, prefiero ir a los sitios, sabiéndolo con anterioridad ¿No me vas a responder verdad? Pues nada, ni caso que me haces —hacía un monólogo porque él no se pronunciaba.

¿Adónde me llevaría? Qué sorpresa me había preparado. Porque estaba claro que tanto misterio solo era para ocultar una sorpresa. Yo estaba un poco desorientada. La moto se movió por un laberinto de calles hasta llegar a la puerta del hotel de la plaza mayor.

Me besó en los labios y me susurró al oído que quería que esa noche fuese una noche especial. Que yo me merecía todo. Que él era un hombre insignificante comparado conmigo. Yo solo sabía sonreír. Pero no estaba desatada. Sus palabras, que agradecía, no me sonaban convincentes, aunque el tono de su voz parecía sincero. Sí, yo agradecía aquellos halagos. Pero lo que necesitaba eran pruebas.

—No sé por qué estás tan borde conmigo —dijo él dándose cuenta de que yo estaba recelosa.

—Yo no estoy borde, Jose. Dame tiempo.

—No tengo tiempo. Solo quiero que creas en mí —añadió él con tono lastimoso. Va a ser una noche inolvidable.

—No lo dudo. Yo creo en ti. Solo te estoy pidiendo que me dejes un poco de aire para respirar. No es mucho pedir —musité yo con aire simpático.

—Mira, quiero darte una sorpresa.

—Ya lo veo. Estás ganando puntos. Esto me encanta. Que hagas cosas como estas me encanta, Jose —sonreí y le di un tortazo en el culo, estaba nerviosa, no sabía ni lo que hacía.

Estaba alucinada cuando vi la fachada del hotel. Era un hotel sencillo y humilde. Pero eso era lo de menos. Lo importante era el gesto. Lo importante era que Jose quería que yo sintiera que él estaba cerca de mí, que él iba a hacer todo lo posible para que yo fuera feliz, para que yo volviera a confiar en él. Cogidos del brazo, entramos al vestíbulo. Nos atendieron enseguida.

La recepcionista era muy simpática. Se veía que hacía muy poco que trabajaba allí. Titubeaba y se mostró muy nerviosa. Jose cogió la llave y subimos a la tercera planta por el ascensor. Me besó en el cuello y yo sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda.

Estaba temblando y estaba nerviosa. Yo pensaba que Jose me iba a llevar a alguna fiesta, pero no, me equivoqué. Había preparado una habitación solo para nosotros. Eso no era nada fácil en aquella fecha. Aunque el hotel fuera humilde, le debería haber costado mucho dinero. Yo intentaba mirarlo con complicidad pero no me salía. Lo miraba simplemente con deseo, pero lejos de ese cariño y afecto que yo tantas veces le demostraba a través de mis ojos. Yo creo que él se estaba dando cuenta.

Salimos del ascensor. La habitación estaba justo enfrente. La abrió. Encendió la luz y un sendero de pétalos de rosa conducía hasta una cama. Yo no pude contener la emoción. Aquel detalle que yo había visto en muchas películas ahora estaba frente a mí. Volví a temblar. Jose advirtió que aquel detalle me había gustado mucho y se puso a reír.

Yo quería pensar que volvíamos a ser esos dos náufragos que están delante del mar. Pero eso es lo que me pedía mi corazón. Mi cabeza estaba lejos de esa clase de sentimientos, ella me decía que me tomara las cosas con calma.

En una mesita, vi una champanera. Muy hábil, Jose me sirvió una copa. Volvimos a brindar. Sin que yo se lo ordenara, se acercó a un equipo de música que había en la habitación, y puso una melodía suave, muy suave. Retiró la copa de mi mano y me empujó a la cama presionando mis hombros con delicadeza. Me puse a reír a carcajadas. Él se puso a mi lado y estuvimos un rato en silencio, mirándonos, como hacíamos tantas veces en la playa. Al igual que allí, ahora no teníamos a nadie a nuestro alrededor. Estábamos solos, completamente solos.

—¿Me quieres? —preguntó él directamente.

—Claro que te quiero, si no fuese así, no estaría aquí, contigo —dije yo con un aire de duda. ¡Vaya encerrona me has hecho!

—No eres como antes, Natalia —dijo él con tono enigmático. — No, no es una encerrona, es el deseo de que estemos solos esta noche.

—No sé a qué te refieres. Intenta explicarte.

—Antes no dudabas. Antes eras más espontánea. No necesitabas pensarte las cosas y ahora piensas las cosas antes de decirlas — comentó él un poco dolido.

—He crecido, Jose, y han pasado muchas cosas, demasiadas, entre nosotros. Solo te pido que no me agobies. Ya te lo he dicho antes — añadí yo con un tono cariñoso. —Pero, de todas formas, si lo pienso mejor, no podré joder mucho. —dije muerta de risa.

—No te estoy agobiando, Natalia. Solo que siento que estás lejos.

—No estoy lejos. Estoy aquí, delante de tus ojos, muy emocionada con este regalo —dije yo con dulzura.

—Me gusta que me lo digas. Sabía que te iba a gustar. Hace tiempo que lo habría hecho, pero no encontraba el momento y, como tú has dicho, han pasado demasiadas cosas. Pero, bueno, estamos otra vez los dos

juntos después de todo —musitó él con intención de que sus palabras me hicieran reflexionar.

—Tienes razón. Después de todo, aquí estamos los dos, solos, juntos.

La música sonaba como si fuese ese hipnótico rumor de las olas que tanto me gustaba. En aquel instante, no sé qué nos sucedió realmente. Como si yo estuviese poseída por un espíritu demoníaco, lo agarré por los hombros y lo arrastré hasta mi pecho.

Quería que su cuerpo me tomase y que lo hiciera de forma arrebatadora. Adiós maquillaje y pintura de labios, que me había costado un ojo de la cara en el Druni.

Sus labios se fundieron con los míos y fuimos presas de un deseo carnal que hacía mucho tiempo que yo no experimentaba. Sus manos no dejaban de acariciar mis pechos y mi culo, cada vez con más fuerza.

Y yo gemía, y cada vez con mayor intensidad. Él se daba cuenta de que cuanto más pasión ponía en cada una de sus acciones, mi placer iba en aumento. Estaba ida, loca. Pero quería que Jose supiera lo que tenía delante. Quería que Jose percibiera que yo era capaz de entregarme de una forma que él no había conocido con otras mujeres y lo iba a conseguir. Ya no era una niña. De repente, me solté de su agarre y me alejé. Él no entendía por qué yo hacía aquello. Sus ojos enrojecidos me miraban con intención de devorarme.

Cogí nuevamente la copa de champán que estaba sobre la mesita e hice el ademán de bebérmela, pero no fue así. Con picardía y muy despacio, dejé que el líquido se derramara entre mis pechos y él se volvió loco.

No sabía cómo actuar. No esperaba esa reacción por mi parte y se quedó a cuadros. Pude comprobar que estaba excitado cuando mi mano agarró el bulto de su bragueta. Yo dominaba aquella situación, era la que lo iba a hacer gozar. Jose estaba bajo los efectos de mi hechizo. Lo que yo estaba haciendo iba más allá de la seducción.

No sé por qué, pero un impulso oscuro me empujaba a cometer ese tipo de locuras. No había ningún muro ahora entre nosotros. Jose me agarró por la cintura y me llevó de nuevo hasta la cama. Ahora yo estaba sobre él. Mientras lo besaba y mordía tibiamente sus labios para respirar, le fui quitando el pantalón. deseaba que lo hiciera rápido, pero yo quería que él se contuviera, que aquel polvo fuese inolvidable, que todo fuese despacio, que no fuese nada de un “aquí te pillo y aquí te mato”.

Tenía que demostrarle que el placer era yo, que yo era quien podía hacer que él volara. Cuando se quitó la camisa, me eché sobre él y respiré sobre su pecho. Estaba desnudo. Sus calzoncillos siguieron a sus pantalones, y pude ver la belleza de su cuerpo. Mi pecho olía a champán. Él quería beber de mi escote, me alcé, mientras mis piernas estaban a cada lado de su cintura. Me encontraba montándolo literalmente. Me encantaba esa posición, bajé la cremallera de mi vestido, algo que ya tenía muy ensayado. Y entonces admiró mi lencería oscura.

Nos besamos despacio, muy despacio. Nuestras manos acariciaban los lugares de nuestro cuerpo que mejor conocíamos para provocarnos placer.

Llegó un momento que no pudo resistirlo, finalmente entró en mí, y sentí su fuerza, su intención de querer provocar en mí esa sensación de descontrol, pero era inútil. Jose me estaba dando placer, pero era yo la que lo dominaba, la que iba a ganar aquella batalla y así fue.

Comencé a moverme despacio durante unos minutos y luego el ritmo de mis caderas se aceleró y él ya no pudo resistirse. No podía hacer nada contra eso. Mis manos trepaban por su pecho y, cuando lo consideraba, me arqueaba para besarle en la boca.

Él quería tocar mis pechos y yo controlaba que lo hiciera cuando me apetecía. Eso lo excitaba aún más. La noche parecía eterna, no iba a acabar nunca. La música suave nos traspasaba como él estaba haciendo con su miembro en mi interior, obligando a que mi corazón latiera a la velocidad del sonido.

Nadie iba a poder borrar de nuestras cabezas aquel momento tan íntimo y tan salvaje, pasara lo que pasara en el futuro.

Cuando nos quedamos mudos después de aquel sexo tan intenso, me pregunté si habría una pareja como nosotros en el mundo que hubiera hecho exactamente lo mismo que nosotros en esa noche mágica de Nochevieja. No lo sé. Dos seres que se amaban. Una mujer dolida y un hombre que quería una oportunidad para conquistarla de nuevo.



## Capítulo 4

Creo que las personas pueden cambiar. Jose lo estaba intentando por mí, por él, por el bien de nuestra pareja. Como tantas veces he escrito, habíamos pasado muchas cosas juntos. Yo ya sabía lo que era sufrir por amor y ahora me tocaba estar de nuevo junto a Jose para volver a disfrutar de ese sentimiento. No lo tenía todo claro, pero debía intentarlo. Debíamos intentarlo.

Me pasaba todo el día escuchando música, pero ya no me dolía como antes, no terminaba llorando como una magdalena, eso ya estaba pasando, en esos momentos Sergio Dalma era el protagonista absoluto de mi música favorita, una canción en especial se convirtió en mi favorita.

*Callarme siempre lo que pienso, esa es mi manía,  
creerme siempre lo que miento, eso es cosa mía.  
Esta noche amiga mía, yo estoy pensando en ti,  
en ti que, a lo mejor, piensas en mí.*

*En un atardecer violento de melancolía.*

*No es fácil, para mí pensar, una palabra justa,  
mi sentimiento, imagina, un sufrimiento aposta.  
Yo soy humanamente, solo un hombre nada más,  
y ahora te pregunto, dónde estás... a ti que me  
has pedido tanta, tanta fantasía....*

*En un atardecer violento de melancolía.*

*Así yo quiero recordarte, así eres tú, dentro de mí,  
así me gusta imaginarte, unida a mí, dentro de mí,  
más yo que fui, tan vital, como el viento en el  
desierto para mí, mi pensamiento va detrás de ti,  
mi pensamiento, se me va...*

*Ya sé que dónde estás no necesitas más de mí,  
y yo te busco a ti, te busco a ti... mi pensamiento  
va detrás de ti, porque tú has sido mía, en un atardecer violento de melancolía....*

Aún recuerdo aquel fin de semana como si fuera ayer. No se me escapan los detalles. Hay recuerdos que son imborrables, aunque parezcan tonterías o cosas sin demasiada importancia.

José me dijo que nos iríamos de camping.

A mí no me pillaba por sorpresa ya nada de esos planes que hacía sin consultarme. Me estaba acostumbrando, me gustara o no el resultado. Por ahora, había salido todo genial cuando él había querido darme alguna sorpresa o planear alguna actividad.

Sabía que tramaba algo desde hacía unos días. Al igual que, en otras ocasiones, su sonrisa, su espléndida sonrisa, lo delataba.

Yo estaba emocionada. Me apetecía mucho esa acampada. Además, es un momento donde puedes relajarte y disfrutar de la naturaleza al aire libre. Y eso a mí me encantaba. Estaríamos los dos solos y seguramente volveríamos a amarnos. Debo confesar que yo estaba feliz al lado de Jose, pero de vez en cuando volvían a mi cabeza aquellos recuerdos. Sí, esos recuerdos amargos donde yo revivía todo lo que había sufrido.

Quería fiarme de él al cien por cien, pero todavía algo en mi interior me pedía que hiciera las cosas desde la paciencia y la serenidad. No debía ilusionarme como cuando tenía quince años. También comprendí que lo mío

también le hacía sufrir, pero siempre pensaré, que él solito se lo buscó.

No me dijo demasiado sobre ese fin de semana en el camping. Temía que tenía preparado algo que yo no sabía. A Jose siempre le había gustado la naturaleza, de hecho, yo lo consideraba como parte de ella. El hecho de que fuera surfista y que la playa fuera su segunda casa confirmaban lo que yo ahora estoy escribiendo. Los mejores momentos que yo había pasado con Jose estaban ahí, frente al mar, en las dunas, sobre la arena.

La noche anterior estuvimos los dos juntos en la puerta de mi casa y no hablamos demasiado. Miradas, algunos besos después de abrazarnos sin demasiada pasión. Ninguno de los dos quería hablar mucho. Estábamos ausentes, sumidos en nuestros pensamientos y no queríamos revelar que era eso que nos tenía tan callados. Al final, Jose rompió el silencio.

—Natalia, ¿te hace ilusión ir de camping?

—Claro que me hace ilusión. Ya lo he preparado todo —musité yo con ternura.

—Es que te veo tan callada, ¿sabes? Y ese silencio me pone nervioso —respondió él dolido.

—No tengo muchas ganas de hablar hoy, Jose. Estoy cansada.

—Ya le estás dando vueltas a la cabeza. Mi padre dice que, cuando una mujer le da vueltas a la cabeza, hay que echarse a temblar —dijo él con gracia.

—No seas tonto. No pienso en nada en concreto. Lo que sucede es que a veces me pongo un poco melancólica. ¿A ti no te pasa?

—No sé. A veces, cuando estoy en la playa y miro las olas, me pongo a pensar. Pero siempre miro hacia el futuro —comentó él con seguridad.

—¡Qué envidia! Yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué? —preguntó él con extrañeza.

—Porque mi pasado pesa demasiado, ¿sabes? —añadí yo con un tono de amargura en mis palabras.

—¿Eso es una indirecta? ¿Vas a sacar el tema de mis infidelidades?

—Yo no he hablado de nada de eso. Eres tú el que lo has sacado —dije con resentimiento.

—No quiero enfadarme, Natalia. No quiero enfadarme —repitió y se calló a continuación.

Ciertamente yo había sido un poco borde con alguna de esas frases. Pero a veces no podía evitarlo. Muchas veces yo pensaba en todo lo que habíamos pasado y en todo aquello que a mí más daño me había hecho. Había sido feliz con Jose tiempo atrás, pero ahora me resultaba imposible detener algunos pensamientos sombríos y negativos.

—Natalia, tu pasado también es el mío. Parece que hubieras sido tú la única que lo ha pasado mal.

—Jose, no quiero discutir. Mañana salimos hacia el camping y me he propuesto pasarlo bien, muy bien, y olvidarme de todo. No quieras ser también el protagonista de todo lo que pienso —dije yo un poco a la defensiva por sus palabras.

—Está bien. No discutiremos. Pero lo llevo mal. No me agrada cómo me tratas a veces —añadió él con amargura.

—¿Qué llevas mal? —pregunté yo con intención de sonsacarle.

—Tus silencios y esas indirectas. Eso es lo que llevo mal —sentenció.

Me costaba pensar que Jose estuviese sufriendo de la misma manera que

yo. Aunque él me había reconocido muchas veces que se había equivocado, la herida seguía abierta. Pero también es cierto que yo lo iba amando cada vez más. Pero no sería fácil que volviera a confiar en él plenamente. Me costaría mucho tiempo.

Sin embargo, los dos estábamos juntos. Y eso era lo más importante. No puedo negar a estas alturas que él me gustaba, me gustaba de verdad. Pero era inevitable que a mi cabeza vinieran toda clase de imágenes que enfriaban un poco esa pasión que yo debía sentir hacia una persona que se había convertido, con el paso del tiempo, en la más importante de mi vida.

A la mañana siguiente, pasó a recogerme por casa. Yo llevaba una mochila y me había puesto unos pantalones cortos y un suéter ajustado que hizo babear a mi chico.

Sí, parecía Lara Croft en busca de aventuras.

—Hija, estás buenísima con ese conjunto —dijo él enseguida.

—Eso eres tú, que cada día estás más salido. Siempre estás pensando en lo mismo —le dije yo riendo.

—No me jodas, pero si vas pidiendo guerra con esa ropa.

—No seas exagerado. ¿No te vas a poner ahora celoso? A ver si vas a ser de esos novios que llevan a sus novias vestidas como monjas. ¿No serás un tipo machista, verdad? Que yo te doy una patada en los huevos y ya no me ves —sentencié sin borrar la sonrisa de mi rostro.

—Pero, qué bestia eres cuando quieres, Natalia.

Cogimos el coche y tiramos dirección a Conil.

—¿Esto es el camping, Jose? —pregunté extrañada cuando paró el coche.

—Vamos a pasarlo bomba —dijo él convencido.

—Pero si esto parece el escenario de La matanza de Texas. ¿Vamos a dormir aquí? ¿Para qué me he traído yo la cantimplora y la linterna si vamos a pasar las noches en un hostel? —dije yo con cara de pocos amigos.

—Quería que fuera una sorpresa —añadió él con miedo.

—Mira lo que te digo. La próxima vez, tío, piensa en París o en Nueva York. No me traigas a sitios como este. Yo soy una princesa y esto no se parece en nada al castillo de La Bella Durmiente, ¿sabes? —repuse yo con seriedad.

Me estaba burlando de él en el fondo, pero yo trataba de disimular. Me estaba costando mucho.

Por dentro, me estaba partiendo de risa. Solo quería ridiculizarlo. Yo sé que Jose lo había hecho con la mejor intención, pero aquel hostel me daba muy mal rollo. Sin embargo, ahora no podía echarme atrás y tenía que verle el lado positivo a aquella sorpresa que me había dado mi chico. Iba a seguir con mi juego. Me encantaba confundirlo y gastarle bromas continuamente.

No podía contener más la risa. Él no sabía cómo demonios debía de actuar, pero a mí me daba igual. Me lo estaba pasando bomba. Cuando entramos al hostel, un señor gordo y con la papada de un sapo nos atendió. Yo estaba allí delante de aquel tipo que nos miró con cara de perro dormilón. Mi cuerpecito de Barbie no se merecía aquel antro.

Jose habló un rato con el tipo mientras yo echaba un vistazo. Creo que, en aquel sitio, aún no se habían enterado de que Franco había muerto y que había llegado la democracia. Era todo antiguo y rancio.

Jose cogió la llave y llegamos a nuestra habitación.

—Me está encantando el camping, ¿sabes? —dije yo con sorna.

—No me gusta ese cachondeo que llevas tú sola. Ya te he dicho que quería darte una sorpresa, Natalia. No pensaba que esto estaba tan mal —musitó él muy agobiado.

—Tranquilo, he estado en sitios peores. Tú no sabes lo que es dormir en un puesto de la Cruz Roja, pero, hijo mío, la próxima vez me consultas y, por un poco más de dinero, nos vamos a un sitio con más pedigrí. Veremos si esto no se derrumba y tienen que venir los bomberos a rescatarnos—yo me reía con cada frase que salía por mi boca.

—No sabía que la señorita era tan exquisita —el tono de Jose también era alegre.

No había otra forma de ver aquello si no era con cachondeo y con humor. Nos estábamos riendo de la situación. Nos llevamos una sorpresa. La habitación no estaba tan mal como el resto del edificio. Era una habitación pequeña, pero limpia y muy iluminada. Me gustó. Le guiñé un ojo a Jose y, con ese gesto, se dio cuenta de que, después de todo, había acertado con la elección. De todas maneras, yo pensaba que allí solo iríamos a dormir y que el resto del día estaríamos fuera, comiendo, bebiendo, disfrutando de lo que es la vida a los dieciocho años. Sin embargo, me equivoqué por completo.

Aquel viernes por la noche, no salimos de la habitación. Después de ordenar nuestras cosas, a Jose no se le ocurrió otra cosa que retarme a una partida de cartas. Por suerte, había pensado en poner música. Sacó un radiocasete que se llevaba a la playa y puso música de Eros Ramazzotti. Allí, sobre la cama, nos pusimos a jugar. En su bolsa, llevaba una botella de vodka. Me sirvió un culín. Pero, poco a poco, comenzamos a entrar en calor y seguimos bebiendo.

Puse Camela, el negó con la cabeza sonriendo, yo me puse de pie, cogí un bolígrafo a modo micrófono y acompañé a la canción que comenzó a sonar.

*Ya no puedo sentirla a mi lado,*

*ni su cuerpo ya no podré tocar,  
ella ya no está, ella ya no está.  
Siempre que me acuerdo yo de ella  
mis ojos se empiezan a inundar de lágrimas de amor,  
de lágrimas de amor.*

*Sueño contigo ¿qué me has dado?  
sin tu cariño no me habría enamorado,  
sueño contigo, ¿qué me has dado?  
y es que te quiero y tú me estas olvidando.*

El juego estaba reñido. Nos picábamos constantemente. Una partida la ganaba yo y la siguiente la ganaba él. No había forma de desempatar. Al final, nos dieron las tantas. Yo tenía un poco de hambre, pero, como era previsor, saqué de mi mochila un bote de galletitas saladas. Son un vicio. Comenzamos a picarnos. El vodka no se acababa.

Pero hubo un momento que, como todo en la vida, el vodka se terminó. Las galletitas saladas me habían hinchado el estómago. Miré a Jose y me dio por reírme. El alcohol estaba haciendo sus efectos. No podía aguantar las carcajadas. Al verme así, él también se puso a reír.

—¿Qué te pasa, Natalia? —dijo él con lengua de trapo.

—No sé, te veo raro —contesté yo tropezando con las palabras.

—¿Estaremos borrachos? —se preguntó él.

—Me temo que sí. Pero me encanta —dije yo sin dejar de reír.

—Mañana vamos a querer morirnos.

—Yo no me moriré, bicho malo nunca muere.

—¡Eres un bicho! Eso sí...

—Ya...

Me encantaba seguirle la corriente, en el fondo sabía enfadarlo, tenía claro cuál era su punto débil.

La noche se había echado encima. No se oía a nadie por los pasillos ni en otras habitaciones. Resultaba muy extraño. Ahora, con aquel pedo que llevábamos encima, no íbamos a ir a ningún sitio. Además, las cartas aún no lo habían dicho todo. Había que desempatar. Pero ninguno de los dos estaba para barajar. Nos abrazamos un instante y miramos al techo.

—Mira, Natalia, yo viviré allí —dijo él señalando una mancha de humedad que parecía el mapa de África.

—¿Dónde? —pregunté yo mareada.

—En Marruecos. Fíjate bien. ¿Lo ves?

Yo hice como que veía Marruecos y asentí con la cabeza.

—¿Por qué quieres vivir allí? —pregunté yo un tanto sorprendida.

—No sé. Hay mucha arena en el desierto. Y a mí me gusta la arena. Me gusta la playa, ya lo sabes.

—Jose, tú estás majara.

Me puse a reír. De repente, lo miré. Sin pensármelo dos veces, le di una bofetada que él no se esperó.

—Pero, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca?

—No, Jose, tenías un mosquito, más grande que mi uña.

—Eso son alucinaciones tuyas. Pues no que me has dado una torta... Serás idiota —dijo él dolido.

—Yo idiota y tu imbécil, uno a uno.

Nos quedamos en silencio un momento. Y escuchamos un zumbido, uno, dos, tres. Iban en aumento. Los mosquitos llegaban en un ejército.

—Cojones, pues tenías razón, Natalia. La habitación se ha llenado de mosquitos —me alertó.

—Es verdad. Ya te lo he dicho. Es lo que tiene alojarse en un hostel como este —yo no dejaba de reír.

—Esto es lo que nos faltaba —dijo él, quitándose la camiseta para atizarle a los insectos.

Yo no le había dado importancia a que la ventana estuviera abierta. La temperatura del exterior era agradable. La brisa que entraba no resultaba molesta. Pero lo que no esperábamos es que fuésemos a padecer una plaga de aquellos bichos.

Jose hizo lo que pudo. Cuando vi que mi chico estaba sin camiseta, me puse tontorrón, y le dije que se acercara a mí. Apagué la luz para ver si se iban los mosquitos que quedaban en la habitación. Pero no se fueron. Por lo menos, no entrarían más. Hicimos el amor salvajemente. Era tentador y excitante hacerlo a oscuras. El colchón chirriaba como un gato al que le pisan el rabo, pero nos daba igual. No íbamos a molestar a nadie. Caímos rendidos. Nos dormimos cuando nuestros cuerpos fogosos se separaron.

Era sábado por la mañana. Jose fue el primero que se levantó. Cuando yo lo hice, me encontré con una taza de chocolate con churros. El loco había salido un momento a buscarlos.

—Pero, ¿cómo no me avisas? ¿Cómo se te ocurre desaparecer y dejarme sola en este sitio? Para que me hubiesen violado —le grité.

—Joder, vaya unos buenos días que me das. Pero si solo ha sido un momento. En la gasolinera de enfrente los servían. Me fijé ayer cuando

giramos para coger la entrada al hostel —comentó él razonando.

—Me da igual. No me dejes sola. Me tienes harta con tus sorpresas.

De nuevo, estaba jugando a confundirlo. Me encantaba la cara que ponía. José no sabía si reír o ponerse a llorar. Yo agradecía que me hubiese traído aquel chocolate con churros, pero es cierto que, al principio, no me hizo ninguna gracia que me dejara tirada sola en aquel hostel. Vete tú a saber las historias que escondían aquellas habitaciones.

Me di un atracón con los churros y el chocolate. Me dolía la cabeza, pero tenía mucha hambre. En el estómago solo tenía vodka y galletitas saladas. Después de aquel desayuno, entré al aseo y me di una ducha. Las cañerías rugían. Aquello daba miedo, pero el agua salía fresca y limpia. Como era de esperar, Jose apareció desnudo ante mi vista.

En el fondo, lo deseaba. Quería que, al escuchar el agua, al saber que estaba completamente desnuda, él me acompañase. Aunque el plato de la ducha era pequeño, nos apañamos bien. Nos enjabonamos y al final acabamos en la cama. Misteriosamente ya no había mosquitos, así que no había nada que temer. Lo hicimos despacio. Nadie nos molestaba. Volvíamos a ser dos náufragos en una isla. Y pasó la mañana. Y estábamos tan bien juntos que se nos olvidó comer.

Y nos sorprendió la tarde del sábado en aquella habitación. Parece mentira. Pero no necesitábamos nada. Nos teníamos el uno al otro. De nuevo, nos pusimos a jugar a las cartas. No nos quedaba vodka del que había traído Jose en su mochila. Para mi sorpresa, había comprado una botella en la gasolinera cuando fue a por el chocolate con churros. Las galletitas saladas combinaban bien con el sabor dulce y potente del alcohol.

Sentía a Jose más próximo que nunca. Aunque el dolor aún estaba ahí, creo que volvía a recuperar a aquel chico del que me enamoré por primera vez. No quería hacerme ilusiones. Quería disfrutar el momento.

Volví a sentir la libertad y la espontaneidad. Jose parecía ser de nuevo

ese chico natural y transparente. Eran esas virtudes las que yo quería ver en él. No quería las mentiras. No quería las presiones. Ahora lo tenía delante. Jugábamos a las cartas y nos reíamos. No había otro futuro delante de nosotros. Solo, aquel instante, aquellos momentos que yo todavía recuerdo con mucho cariño y mucho afecto.

—Sabes que me gustas, Natalia.

—No empieces, Jose. Tú, también a mí.

—¿Me has perdonado? —preguntó él.

El vodka aún no había hecho efecto en nosotros.

—No tengo nada que perdonar. Pero no debes fallarme, Jose.

—No lo haré, Natalia. No lo haré —repitió.

No quería que se pusiera serio, así que le di un pequeño empujón, invitándole a tener una guerra de las nuestras. Una guerra de cosquillas. Y así fue. Apartó las cartas y se lanzó sobre mí, rascando sobre mi cuerpo en aquellas zonas donde yo no podía contener la risa.

De repente, escuchamos unos golpes en la puerta. Nos quedamos helados. La voz grave del dueño del hostel nos preguntó si iba todo bien. Jose asomó su cabeza con el pelo revuelto y le dijo que estaba todo bien.

—Pregúntale cuándo bajamos al buffet y si van a servir codornices en escabeche.

—No seas tonta. El tipo no tenía una cara simpática —dijo José volviendo de puntillas a la cama, intentando no hacer ruido.

Pero yo no paraba de reír.

De nuevo, sin que nos diéramos cuenta, se hizo la noche. Miré por la

ventana. Una carretera larga estaba ante mis ojos. Las luces de los coches relampagueaban en la oscuridad. Aquella sensación de estar perdidos en cualquier parte me gustó. Jose dormía.

Mañana nos marcharíamos. Ahora, mientras seguía sonando la música de Eros Ramazzotti, me daba cuenta de que quizá estaba ante el hombre de mi vida.

Me estaba conquistando. Jose me estaba conquistando. Quería que yo volviese a amarlo como en nuestros mejores tiempos. Yo volvía nuevamente a ese mundo pequeño que había sido nuestro amor.

A la mañana siguiente, cuando dejamos aquel hotel de los horrores, nos dirigimos a la gasolinera a comer churros con chocolate. Estaba emocionada al ver que, aunque no habíamos salido de aquella habitación, había sido un fin de semana estupendo. De hecho, no he olvidado cada instante que pasamos allí los dos juntos. De nuevo, volvió el juego de las miradas.

—Me he dado cuenta de una cosa.

—Dime. ¿De qué te has dado cuenta? —preguntó él con intriga.

—De que podemos ser felices sin nada. Y eso es bueno, Jose. —  
Aguanté de reírme.

—Sí, yo también me he dado cuenta de eso. Lo hemos pasado muy bien. Cartas, vodka y mosquitos —dijo él siguiendo la corriente.

—No te olvides de las galletitas y de Eros Ramazzotti.

—Eso es verdad, Natalia. Son también muy importantes para nosotros —añadió él con su sonrisa hechizadora, seguía negando con la cabeza.

Nuevamente un silencio entre nosotros. Pero ahora ese silencio era un silencio incómodo. De alguna forma queríamos decir algo que nosotros escondíamos. Queríamos confesar nuestros sentimientos. Pero no era el

momento. En Jose, pude ver el miedo en sus ojos. No quería romper aquel momento mágico en la gasolinera.

Era cierto que podíamos ser felices con nada. Y eso era algo muy importante a nuestro favor. Significaba que los dos juntos no nos aburríamos, que podíamos pasar el tiempo uno al lado del otro, sin que nos diéramos cuenta de que amanecía o anochecía. Cada uno de aquellos minutos que pasamos encerrados en el hostel sigue en mi cabeza.

Los llevaré siempre guardados en mi corazón. No fue un fin de semana especial. No fue un fin de semana en París o en Nueva York. ¡Qué más da! No necesitábamos nada. Solo necesitábamos nuestro pequeño mundo y nuestro pequeño mundo era la sencillez, la sencillez de un juego de cartas, de una habitación discreta en un hostel perdido en alguna parte del mundo. Unas galletitas saladas.

Yo era consciente de que aquel hombre merecía la pena. El dolor seguía allí, pero también Jose, con su sorpresa tan imaginativa, había conseguido que yo lo olvidara durante un tiempo. Me estaba ganando poco a poco y, sin saber muy bien por qué, me dejaba llevar.

Como el día anterior, me pegué un atracón a chocolate y churros. No me podía mover de la silla. La verdad es que el entorno no era muy romántico y eso también me hacía mucha gracia. Lo mejor de todo es que tanto Jose como yo nos amoldábamos a cualquier lugar. Nos amoldábamos a cualquier lugar porque no necesitábamos a nadie.

Unas gotas de chocolate se quedaron en mis labios. Jose me las quitó con su pulgar y luego se lo llevó a su boca. Sorbió las gotas que habían manchado mis labios. Aquel gesto inocente estaba lleno de sensualidad. Lo había hecho con toda la intención. Eran esos pequeños detalles los que a mí me seducían de verdad, lejos quizá de las noches de pasión y sexo que los dos podríamos tener.

Cuando salimos de la gasolinera, nos montamos en el coche. El sol estaba en lo alto. La carretera ya no tenía nada que ver con aquella lengua

oscura donde las luces de muchos coches relampagueaban como si fuesen naves espaciales que avanzan por el espacio. Ya no había magia.

Ahora teníamos que seguir con nuestra vida de siempre. Aquel fin de semana en el hostel había sido para mí tan mágico como si hubiera estado en cualquier suite de una capital europea. Me vais a llamar tonta, pero es así. No le podía pedir más a la vida. Estaba con el chico que me gustaba. Lo estaba agarrando por su cintura. Seguramente, mi vida amorosa junto a él no acababa ahí, sino que, como en la carretera, vendrían curvas. Pero yo no quería pensar en eso. Como he escrito antes, quería pensar en el presente.

Una música sonaba ahora en mi cabeza. Era una canción de Eros Ramazzotti que muchas veces tarareaba Jose. Una canción que formaba parte de nuestro pequeño mundo.

*¿Cómo comenzamos?  
Yo no lo sé  
La historia que no tiene fin  
Y como llegaste a ser la mujer  
Que toda la vida pedí.  
Contigo hace falta pasión  
Y un toque de poesía  
Y sabiduría pues yo  
Trabajo con fantasías  
Recuerdas el día que te canté  
Fue un súbito escalofrío  
Por si no lo sabes te lo diré  
Yo nunca dejé de sentirlo  
Contigo hace falta pasión  
No debe faltar jamás  
También maestría pues yo  
Trabajo con el corazón  
Cantar al amor ya no bastará  
Es poco para mí  
Si quiero decirte que nunca habrá  
Cosa más bella que tú*

*Cosa más linda que tú  
Única como eres  
Inmensa cuando quieres  
Gracias por existir.*



## Capítulo 5

Llegó junio. Ese día finalizaba el curso. Yo había aprobado todo con unas notas buenísimas. Jose me esperaba a la salida. Estaba feliz por enseñárselas.

Tengo que confesar que nunca fui una gran estudiante. Siempre había tenido dificultades y me había costado aprobar. Seguramente tenía la cabeza puesta en otro sitio y las asignaturas del colegio y del instituto no eran por así decirlo lo más importante para mí en esta vida.

Creo que también tenía que ver con mi falta de madurez. Ahora me sentía orgullosa, había aprobado todas las asignaturas incluso había superado a algunas compañeras que siempre presumían de sus calificaciones delante de mí.

Eso sí, yo tenía a Jose y ellas tenían cada muermazo de novio que para qué te cuento.

Cuando lo vi en la puerta del instituto, me di cuenta de que estaba muy sonriente. Lo miraba, sabía que su mirada escondía algo.

Me acerqué, le di un beso y, mientras sonreía, me dio un llavero con dos llaves.

—¿Qué es esto? —pregunté intrigada.

Hizo un gesto con la cabeza y los ojos, señalando una motocicleta nueva negra, un vespino negro que sí era para mí ¡Me moría!

—¿En serio? —pregunté emocionada.

Asintió con su cabeza sonriendo.

—No puedo creer que hayas hecho esto, Jose. Sabes que la quería desde hace mucho tiempo —gritaba emocionada.

—Sabes que te mereces eso y más —dijo con voz tierna.

—No me vengas con tonterías. No tenías que haberlo hecho. No tenías que haberte gastado ese dinero —dije yo por compromiso, en el fondo me fascinaba que lo hubiera comprado para mí, eso era otro gran detalle de que le importaba, no por lo material, sino porque sabía que era lo que yo deseaba.

—Ya sabes, Natalia, que lo tuyo es mío —añadió él haciéndose el interesante.

—Y una mierda. La moto es para mí que, para eso me la has comprado. Lo que se da no se quita —dije yo a la defensiva.

—Le quitas todo el romanticismo al momento —dijo él sin dejar de reír.

—Sí, sí, sí... yo soy todo lo romántica que tú quieras, pero la moto es para mí, ¿te enteras? Si no, no la hubieras comprado —dije yo con total naturalidad, intentando bromear con él.

Cuando me acerqué a verla, me entraron ganas de llorar. Me quedé sin palabras. No sabía qué decirle. No iba a seguir bromeando. Tenía razón. Era

una experta en cargarme algunos momentos mágicos y este lo era.

Había sido de las cosas más bonitas que Jose había hecho por mí. Él sabía que, desde hacía mucho tiempo, yo tenía ganas de tener una moto como esa. Era mi ilusión y él me la había comprado.

Me demostraba una vez más que era una persona muy generosa y que no quería el dinero para él, sino para compartirlo, para hacerme feliz, en definitiva.

Nos pusimos los cascos y nos fuimos a cenar a un restaurante frente al mar donde hacían un pescado frito espectacular.

—Te quiero, Jose —dije mientras bebía el calimocho que me habían servido.

—Lo sé, pero me da mucha rabia cuando discutimos.

—Ya, pero es normal Jose, me sacan de quicio muchas cosas y muchas personas.

—Estoy harto de decirte que me da igual que acepten o entiendan las cosas, que soy feliz a tu lado y que vamos a construir una vida juntos.

—Sí, claro, dentro de diez años.

—Natalia, no, pronto, yo trabajo y podemos hacerlo.

—Si ya... — dije sin querer hablar del tema ya que éramos dos mocosos de 18 años.

—¡Qué borde eres, hija!

—Tú, que me sacas unos temas...

—¿Qué temas te saco yo? —preguntó él con intención de ponerme

nerviosa.

Yo sé que mi chico llevaba mucho tiempo queriendo independizarse. Seguramente, no encontraba el momento. A veces me mostraba un poco borde con ese tema. Él lo encajaba con resignación. Pero yo sabía que tarde o temprano pasaría. Por ahora, los dos estábamos viviendo en casa de nuestros padres.

Estábamos cómodos así. Creo que, cuando llegara la hora de la verdad, le diría que no. Porque yo presumía mucho de querer irme de mi casa, pero no sé si estaba preparada. No sabría qué contestar. No lo tenía tan claro. Además, en mi casa, mis padres pondrían el grito en el cielo. El tema siempre salía en nuestras conversaciones y Jose se ponía muy nervioso, y yo, sin saber muy bien por qué, al final acababa encabronándome.

—Anda, ponte a beber calimocho que no quiero discutir —dije yo con tono de juez.

—No me jodas, pero si estamos ya discutiendo —comentó él con voz grave.

—Yo no estoy discutiendo. Es mi forma de expresarme. Lo sabes de sobra.

—Sí, sí, sí... ya te conozco —dijo él con un poco de retintín.

—Y ¿qué pasa? ¿No te gusta?

—Si no me gustara, Natalia, iba a estar yo aquí aguantándote.

—O sea que tú no estás conmigo porque te gusto, sino porque no te queda más remedio. Nuestra relación se basa en que tú tienes que aguantarme. Eres un niño —dije yo enfadada.

—No empieces. No soy ningún niño. Solo he dicho que, cuando te pones así, tengo que aguantarte hasta que se te pasa el enfado. Y eso

tiene mucho mérito —añadió el seriamente.

—Mira, estoy a punto de mandarte a la mierda, Jose —lo amenacé.

En el fondo, me gustaba cabrearlo. Formaba parte de mi juego y del suyo. Yo sabía cuándo tenía que aflojar. A veces se me va la pinza y aquello acababa muy mal. Podíamos pasarnos horas sin hablarnos, pero uno al lado del otro siempre, y por una simple tontería. No era el momento. Estaba feliz. Me había regalado una moto fantástica. Y eso lo perdonaba todo. Pero a veces sí que es cierto que Jose me tocaba los cojones.

—Natalia, vamos a calmarnos, ¿vale? —intervino él con serenidad.

—Estaba bromeando, tonto —dije yo y comencé a reírme.

—Mira que eres cabrona.

—Sí, lo soy y me encanta —concluí yo con otro sorbo de calimocho.

—Oye, me encanta este sitio y el calimocho entra bien, muy bien —dijo él mirando al horizonte.

—Tú, sí que entras bien —dije yo con picardía.

—Joder, qué mal te sienta el alcohol. Ya comienzas a decir tonterías, Natalia.

—Hijo, encima que te suelto un piropo, ¿te pones así?

Se hizo un silencio entre nosotros. Yo me lo comía con los ojos. Y él hacía lo mismo en ese instante. Sobraban las palabras. La noche era perfecta. Yo había sacado las mejores notas de mi vida. Jose me había regalado una moto y ahora estábamos cenando en un sitio fabuloso. De repente, Jose comenzó con otra conversación. Cambió completamente de tema.

—Me llamó mi primo Javi, que se va con Marina de camping, dice que

si nos vamos con ellos.

—Vale ¿Cuándo sería?

—La semana que viene.

—Perfecto ¿Has pedido vacaciones en el curro? —saqué la lengua, el padre era el jefe, así que no tendría que rellenar ninguna instancia.

—No me hace falta pedir las, solo comentarlo.

—¡Qué chulo eres!

—¿Te regalo una moto y me tratas así? —sonrió negando con la cabeza.

—No se me compra con una moto, además ahora tendrás que mantener tú la gasolina.

—Como si fuera lo único que tengo que mantener —soltó una carcajada.

—Oye ¡Yo trabajo! No gano como tú, pero tengo también un sueldo, así que no me toques la moral —reproché.

—Si ya...

—Ahora el borde eres tú.

—¡Para nada! —me dio un beso —ya sabes que todo lo mío es tuyo.

—Si ya...

—Oye, ¿dónde vas a ir con la moto? —preguntó con cierta ingenuidad.

—Estaba pensando entre París y Chicago. No lo tengo claro. ¿Dónde voy a ir, cojones? Al trabajo y al instituto.

—Ya me lo imaginaba —dijo él riéndose, porque había hecho la pregunta con la intención de meterse conmigo.

—No, si te parece. Ya sabes cómo es mi vida. Tranquilo, que no me voy a escapar.

—No sé, no sé. De ti, puedo esperar cualquier cosa, ¿sabes?

—¿No me digas? Pues la próxima vez que me pidas que te haga en la cama el...

—Para, Natalia, para. ¡Que nos van a oír! —me interrumpió él partiéndose el pecho.

—Si es que me provocas, Jose. La culpa la tienes tú. Me provocas y sale mi lado salvaje.

—Sí que eres un poco salvaje. Y bruta también, cuando quieres —apuntó él con ironía.

—Sí, espera que habló Richard Gere.

No parábamos de meternos el uno con el otro. Yo me lo estaba pasando muy bien. Es lo bueno que tenía nuestra relación. Nos tirábamos puyas continuamente y eso le daba a nuestra rutina una vidilla que otras parejas no tenían.

Algunas de mis compañeras de trabajo y de clase estaban hartas de sus novios. Sus vidas eran aburridas y no hacían nada especial con sus chicos. Nosotros, sin embargo, con lo poco que teníamos, intentábamos siempre buscar una aventura, una sorpresa, una escapada. Eso nos mantenía siempre vivos y con ganas de vernos todos los días. Lo peor que hay en una pareja es el aburrimiento y yo no iba a caer en eso.

Mientras seguíamos con nuestras bromas. Mientras pedíamos otra jarra

de calimocho, pasó algo que no me esperaba. Pero, a veces, estas cosas ocurren.

En ese momento, llegó una de esas que me tocaban la moral, pero al vivir en un lugar con no muchos habitantes, era fácil encontrárselas a menudo. La tía tuvo la poca vergüenza de que, al pasar para sentarse en la otra mesa, la escuché saludarnos a mi espalda.

—Si abres el pico te mato —dije en voz flojita a Jose lo que le provocó una carcajada flojita.

—No iba a decir nada. Joder, cómo te pones.

—Ya sabes lo que te he dicho, Jose.

Se acercó a mi oído.

—Solo me importas tú.

—La que liaste —negué enfadada con la cabeza recordando todo.

—No vayamos a estropear la noche, Natalia.

—En fin...

—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué te pones así? La muchacha solamente nos ha saludado. No hay nada malo en ello, Natalia.

—O sea que te alegras, ¿verdad? Eso es lo que pasa; que te alegras. Después de todo lo que he sufrido... — dije yo dolida, esperando a que me oyera la otra.

—¿Quieres bajar el volumen, por favor?

—Me da igual. Quiero que me oiga. Y lo peor es tu reacción. Pareces un niño pequeño, ¿me oyes?

—No me jodas, Natalia. Yo no he hecho nada —dijo él acojonado.

—Ibas a saludarla, ¿verdad? Dilo, reconócelo.

—Estamos tan bien aquí. Y tú me estás montando el pollo porque una chica ha querido saludarnos —aclaró él.

—No, saludarnos, no. Saludarte, especifica, ¿sabes? —dije yo dolida y con los nervios a flor de piel.

—Madre mía, estás montando una que anda. Pero si no ha pasado nada, ¿cómo quieres que te lo explique?

—No, déjalo, déjalo ya —dije yo con rabia.

—Natalia, no me provoques, porque si te hablo de un tal Josiño... —apostilló él con una sonrisa enigmática.

—Ese chico no tiene nada que ver. No es lo mismo, Jose. Ni de lejos. Ni de lejos se puede comparar con lo que me estabas haciendo —dije yo con rabia.

Esas cosas me hacían sentir mal, cada vez lo llevaba mejor, pero no podía evitar que me siguiesen doliendo. Me relajé bebiendo calimocho y, como dejamos el tema, la velada transcurrió muy bien.

La semana siguiente nos fuimos una semana entera de camping. Lo pasamos genial. Durante aquellos días, me olvidé del mundo, de las prisas, del trabajo y del estrés. El hecho de estar con él las 24 horas me hacía sentir segura, importante y de nuevo especial, muy especial. Jose se encargaba de que así fuera.

De la misma manera, pasamos los siguientes meses: el otoño, el invierno y, por fin, llegó una nueva primavera. Yo era cada vez más feliz y estaba más contenta de haber tomado la decisión de haber perdonado a Jose,

un hombre que no se volvió a separar ni un minuto de mi lado y me volvió a demostrar que podía confiar en él.

Un día sucedió algo inesperado que nunca confesé a mi chico. Estaba en mi cuarto con Jose. Estábamos metiéndonos mano, para que voy a andarme con tonterías. De repente, en el momento más inoportuno, recibí una llamada en el fijo.

Lo cogí y, para mi sorpresa, se trataba de Josiño.

El corazón me dio un vuelco. Casi me da un ataque. Y Jose estaba en mi cuarto. Escuchaba que me llamaba desde mi habitación: “Natalia, por favor, no tardes. Que me enfrío”.

Josiño estaba en San Fernando y, después de año y medio sin verlo, reconocí enseguida que era él cuando me dijo “Hola”.

—Hola Natalia, estoy en San Fernando en el restaurante de siempre.

—¿Qué haces aquí? —pregunté flipando.

—Vine a lo de las motos, tengo las entradas al circuito de Jerez, me quedaré tres días.

—Perfecto, ahora paso a saludarte.

Colgué estaba flipando ¿Josiño? ¿En mi tierra? ¡Dios me quería morir!

Me dio mucha pena. No me lo pensé. Josiño me estaba esperando en un bar de San Fernando que era donde siempre parábamos. Me inventé una excusa rápida.

Le dije a Jose que me apetecía salir que nos fuéramos al pub donde estaba amigos nuestros, así que después de un revolcón y mi cabeza a explotar nos fuimos, una vez allí me la ingenié para escaparme donde estaba Josiño, que era relativamente muy cerca.

Cogí mi moto y salí pitando. El corazón, mi corazón estaba en un puño. ¿Por qué había aparecido Josiño? ¿Ahora? ¿Y me llama? Si fue él el primero que me animó a volver con Jose. Qué cuerpo tenía, por favor. Llegué el bar y él estaba allí.

Estaba sentado en una mesa del rincón. Solo, delante de una Coca Cola Light. Me miró con alegría. Sus ojos se llenaron de luz. Yo me quedé helada. Le estaba mintiendo a Jose. Me estaba viendo a escondidas con una persona que durante un tiempo había sido mi amor.

Me la estaba jugando. Ahora que iba todo sobre ruedas con mi chico, yo me arriesgaba de aquella manera.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco, Josiño?

—No, no me he vuelto loco. He venido al circuito de Jerez con unos amigos. Y quería verte a ti también.

No me senté. No quería que nadie nos viera juntos. Yo estaba temblando de miedo, pero aun así me atreví a hacer aquello, a demostrarle que yo todavía lo recordaba con cariño. Pero solo era eso, cariño, afecto.

Acababa de mentirle al hombre de mi vida por ver a Josiño que, de vez en cuando, Jose me lo sacaba a colación cuando nos encabronábamos.

—Tenía ganas de verte.

—Gracias —dije preocupada porque nadie nos viera. —Me tengo que ir, Jose me está esperando.

—Te entiendo.

Le di un beso, si un beso y me fui sin decir más nada, mis sentimientos volvían a mí, pero ya no iba a volver a liarla, no iba a seguir en una guerra, que ya debería de haber terminado, en el fondo sabía que... Jose no se lo

merecía.

Yo sentía todavía mariposas en el estómago, pero no tenían nada que ver con el amor que Jose y yo estábamos viviendo.

Me dolió, sí, dejarlo allí. Me subí a la moto y me fui a buscar a Jose, a mi Jose, al Pub. Aparqué en la misma puerta y bajé de la moto. Me notó rara.

—¿Estás bien, Natalia? —preguntó él con preocupación.

—Nada, tonterías de chica. Estefanía se ha enamorado y lo está pasando fatal —dije yo con un tono cortante.

Estuve un rato en silencio. Pedí una Coca Cola, que me recordó a Josiño. Sin embargo, pese a aquel encuentro que no duró ni cinco minutos, me alegré de verlo. Estaba igual. No había cambiado apenas. Siempre tendría un recuerdo fantástico de aquel muchacho.

—Seguro, ¿qué estás bien? —preguntó de nuevo.

—Que sí, pesado. Eres muy pesado, Jose, cuando quieres, ¿eh? —dije yo sonriendo.

—Esa es mi Natalia, la borde —añadió él con picardía.

—Te vas a ir a la... —pero no acabé la frase.

Me sentía segura. Me di cuenta de que Jose era ese hombre fantástico del que me había enamorado. Su pelo revuelto y su sonrisa diabólica me hacían perder la razón.

—Me has dejado a medias esta tarde —musitó él con intención de que yo me riera.

—Bueno, esta noche te compensaré —respondí yo con mucho morbo. Cuando llegué aquella madrugada a casa, me tiré en la cama y lloré, no

sabía por qué, pero tenía claro que había hecho lo correcto.



## Capítulo 6

Aquello sí que no me lo esperaba. Aquella noche, cuando volvíamos de dar una vuelta, Jose se paró delante de mí. Aún no habíamos llegado al portal de mi casa. Volvió a sonreírme. Ya estábamos. Cuando él sonreía de esa forma, es que estaba tramando algo. Joder. Yo empecé a ponerme muy nerviosa. Ya lo estaba viendo venir y cuando lo soltó casi me da un síncope. Porque podía esperarme muchas cosas de mi chico, pero lo que no me esperaba nunca era que fuese hacerme aquella propuesta.

—Natalia, vente conmigo —dijo él de repente.

—¿Adónde? No me asustes —respondí yo inmediatamente y con asombro.

—Vente a vivir conmigo. Hagamos esa locura. Además, siempre dices que tienes ganas de independizarte, me voy contigo —dijo muerto de risa.

—Sí que es una locura. Yo no puedo hacer eso, tus padres te mataran ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza mientras trabajabas? — comenté yo riendo y temblando de nervios.

—No he hablado más en serio en mi vida, créeme. Es mi decisión, tengo 21 años, soy mayor de edad y quiero vivir contigo.

—No, no te creo. Lo estás diciendo para provocarme.

—Te he dicho que te vengas a vivir conmigo. Alquilamos una casa. Bueno, de hecho, ya he visto una. Te va a encantar. Ya he hablado con el propietario y nos la deja tirada de precio —dijo él muy seguro de sí mismo.

—No puedo creer nada de lo que estoy oyendo. ¿Tú sabes la que se va a armar si me voy? Va a hablar todo el mundo —dijo yo horrorizada.

Era cierto que nunca lo había visto tan serio y seguro de lo que decía hasta en ese momento. Estaba hablando convencido de su decisión. Yo no sabía qué decir. Por un lado, me atraía la idea. Por otro lado, sin embargo, me parecía demasiado precipitado todo. Se hizo un silencio, un silencio incómodo. Él me miró fijamente, esperando una respuesta.

No sabía qué responder en aquel instante. No tenía la rapidez de reflejos de él. De repente, me sentí muy agobiada. No sabía si reír o llorar. Si lloraba no era por tristeza, sino por la emoción de saber que José iba muy en serio conmigo. Y si reía era porque no me lo terminaba por creer.

—Me da igual lo que diga la gente. Me importa una mierda —dijo con aires de suficiencia, haciendo aspavientos con las manos, para dar más énfasis a sus palabras.

—Sabes que no es tan fácil, Jose —repuse.

—Es muy fácil. Nos vamos a vivir juntos y ya está. Eres mayor de edad. No nos hace falta nada para vivir. Nos tenemos el uno al otro —dijo para después agarrarme de las mejillas y besarme los labios a conciencia.

—¿Tengo que darte una respuesta ahora? —cuestiono aún con los ojos

cerrados y temblando como una hoja.

—La necesito ya. Es urgente, Natalia. Quiero que te vengas a vivir conmigo, ¿me oyes? Lo quiero todo contigo, cariño.

Me temblaba todo. También por temor a que si mi respuesta fuera no, él me dejara. No era una amenaza. Pero daba la sensación de que, según lo que respondiera, así actuaría él en consecuencia. O me iba con él. O se iba para siempre, sin mí.

No sé si era esa su intención. Pero yo lo entendí así. Miré al cielo por unos instantes. Pero ni estrellas fugaces ni nada que se les pareciera ocurrió, para que yo me decidiera.

No pensé jamás que Jose me fuese a proponer algo así. Lo besé una vez, lo tuve claro. Aquello era la señal de que yo aceptaba. Me iría con él, pero debía decirlo en casa y enfrentarme a las consecuencias. Pero Jose era todo lo que tenía, lo que me importaba en aquel momento. Porque la familia siempre iba a estar ahí, pero quizá Jose no. Y eso me tenía al borde de la locura. Pensar en no tenerlo junto a mí, hacía que el mundo, nuestro mundo que tanto nos costó forjar, se echara abajo como un castillo de naipes.

—Me importas tú, quiero estar contigo —dijo él con tono grave. Agarrando mi barbilla, haciéndome mirarlo.

—Yo me voy contigo adonde haga falta, Jose —le contesté con el corazón en la mano. Estaba ilusionada de repente.

Le volví a dar un beso y nos despedimos. Cuando abrí la puerta de casa, mis padres estaban cenando en la cocina. Llegué y, sin pensármelo dos veces, se los solté. No recuerdo la frase exacta, pero era algo parecido a que: “Mañana José y yo nos vamos a vivir juntos”.

Jose tenía razón. Y ya tenía 21 años y podía decidir por mí misma. Fui a mi habitación e hice las maletas. Esperaba a que en cualquier momento entraran mi madre o mi padre para echarme un rapapolvo, pero no sucedió

nada de eso.

Al contrario, se hizo un silencio en toda la casa. Parece que estábamos de duelo. Yo pude recoger todo y meter lo imprescindible en dos maletas que, a la mañana siguiente, me llevaría al piso que había alquilado Jose para nosotros dos.

Debo decir que yo estaba tan emocionada como confusa. No sabía por qué Jose había decidido de aquella forma tan rápida que nos fuésemos a vivir los dos solos. Pero tampoco me sorprendía, en el fondo Jose era así de impulsivo. Y eso era lo que más me gustaba de él. Hacía que la vida mereciera la pena, hacía que la vida fuese siempre una aventura.

A la mañana siguiente, cuando salí de casa con las maletas, solo estaba mi madre. No me dijo nada. Se hizo el mismo silencio de duelo. Yo quise decir algo, pero no me salían las palabras. No me iba tan lejos.

Simplemente había decidido irme a vivir con el chico que me gustaba. Jose era un espíritu rebelde y salvaje. No solo me lo demostraba en la cama sino también en ese tipo de decisiones. Cuando salí de casa con las maletas, Jose me estaba esperando en su coche. Su cara se iluminó. Yo creo que en algún momento pensó que yo iba a dar marcha atrás.

Pero salí llena de orgullo, con la cabeza bien alta. Le había enseñado tanto a Jose como a mis padres que era capaz de tomar también mis propias decisiones. Era libre de hacer lo que me diera la gana. Y mi mundo, mi pequeño mundo, estaba al lado de aquel chico. Me monté en el coche. No dije nada. Simplemente lo besé en los labios como si fuera a ser el último día juntos

—¿Cómo ha ido? —preguntó él sonriendo.

—Mejor de lo que pensaba. Ha sido todo tan rápido. No me lo esperaba. También ha sido una sorpresa para mí, joder. Es que estás muy loco —reí y volví a besarlo. Parecía una niña el día de reyes.

—¿Ahora te enteras? Claro que estoy loco. Eso es la vida. La vida es hacer locuras, Natalia. Métetelo en la cabeza, ¿me oyes?

—Me das miedo cuando te pones así.

Arrancó el coche y salimos de allí pitando. Yo miré por el retrovisor y ahí se quedaba mi casa, la que había sido mi hogar de toda la vida. Yo volvería a ver a mi familia. No era una despedida para siempre. Pero tenía la sensación de que ellos se lo habían tomado así.

Jose me estaba dando la tranquilidad y estabilidad que yo necesitaba. A su lado, me sentía segura. No tenía nada que temer. Eso era también otra de las cosas que más me gustaba de Jose. Transmitía siempre calma, serenidad y protección. Eso es. Me sentía protegida a su lado. Él trabajaba por las mañanas mientras yo estudiaba por las tardes. En principio, como él me había dicho, no necesitábamos mucho para vivir.

Tengo que decir que la casa era preciosa. Era más amplia de lo que yo esperaba de cualquier piso de alquiler. Jose vio enseguida la felicidad en mis ojos. Nada más entrar lo abracé. Estaba agradecida por todo lo que estaba haciendo. Era mi casa, su casa, nuestra casa. Por fin teníamos un hogar y lo más importante, por fin, era que sentía que Jose tenía un compromiso muy serio conmigo. Los muebles eran humildes y modestos. Poco a poco, conforme fueron pasando las semanas, ya iríamos decorando la casa a nuestro gusto.

Ahora sí que me sentía una princesa de cuento, ahora sí que tenía mi particular castillo de Euro Disney.

Los primeros días pasaron muy deprisa. Los dos hacíamos nuestra vida y estaba claro que la ilusión y el amor estaban presentes en cada rincón de aquella vivienda. Teníamos claro que nuestra vida iba a ser sencilla, sin grandes pretensiones, sin grandes aspiraciones. Éramos dos chicos jóvenes que habíamos tomado la decisión de convivir. No éramos los primeros, ni seríamos los últimos. Justo cuando pasó unas semanas, Jose me sorprendió con otra propuesta.

Yo estaba en la cocina, preparando la comida. Jose había llegado del trabajo. De nuevo, aquella sonrisa enigmática me hizo pensar que algo tenía en mente. Yo me puse muy nerviosa y enseguida le pregunté.

—¿Qué escondes? Algo tramas —dije yo con ilusión.

—Quiero que elijas, Natalia.

—Que elija, pero... ¿qué tengo que elegir? —pregunté con nerviosismo.

—Elige: boda o niño —dijo con tono serio.

—Pero, ¿Y eso? ¿Estás loco? Cada día estás peor.

—No estoy loco. Quiero que elijas. Y ya estás tardando —añadió él con el mismo tono de gravedad que antes.

—No voy a responderte ahora, cojones. Me vas a volver loca. Si tú no estás loco, a mí sí que me vas a volver loca —dije yo sonriendo.

—Estoy esperando una respuesta. No hay tiempo.

—Pero, esto... ¿qué es? ¿Un concurso? ¿Una cámara oculta?

Si cualquiera de los que estéis leyendo este libro, se pusiera en mi lugar, ¿qué responderais?

Yo me quedé un rato pensativa. Mi chico seguía en el umbral de la puerta, ansioso. Pude notar el temblor en sus labios. Cuando eso sucedía, es que estaba nervioso, pero sabía disimular muy bien. De repente, mi corazón me impulsó a decir que quería boda. Sí, quería casarme con Jose. Era mi sueño. Era mi sueño desde aquel momento en que se cruzó conmigo cuando apenas tenía 15 años.

—Ya lo he pensado. Digo “boda”, Jose.

—Pues nada, genial. A por la boda —dijo él aliviado.

—¿Esperabas que dijera “niño”? —pregunté yo con miedo—, una adopción tardaría mucho, sabes que no pienso parir, hay muchos niños necesitados de familia.

—No, daba igual lo que eligieras. Solo quería un futuro para los dos.

—Eres un cabrón. ¿Para qué preguntas entonces? —añadí yo sonriendo.

Cuando terminamos de hablar, yo me lancé a por él. Lo besé con ansia viva. Tenía ganas de comérmelo allí mismo. Él se echó para atrás un tanto sorprendido. No dejábamos de reír. Si tuviera que definir la felicidad, la felicidad eran aquellos momentos en los que Jose y yo estábamos relajados, calmados, sin necesidad de estar pensando en el pasado.

Después de unos días, tras tomar aquella decisión, decidimos que el mes en el que nos casaríamos sería marzo, marzo del año siguiente. Tendríamos entonces 22 años. Durante todo ese tiempo, solo puedo decir que Jose era feliz conmigo. Yo me sentía continuamente halagada por sus piropos y sus frases cariñosas. Me trataba como a una reina. Aquel piso se había convertido no sólo en nuestro nido de amor, sino también en un hogar lleno de alegría y de entusiasmo. Era como un sueño hecho realidad.

Teníamos un año por delante, todo un año, para preparar aquella boda. A Jose no se le quería escapar nada. Quería que fuese la mejor boda del mundo. Quería que yo me sintiera una persona envidiada. Que yo sintiera que era la novia más radiante de todas las que han existido, una verdadera princesa de cuento.

Y lo sería, solo teniéndolo a él como mi príncipe.



## Capítulo 7

Fue una de esas noches mágicas. No puedo negarlo. A veces tengo la sensación de que mi vida al lado de Jose fue como una montaña rusa. Los momentos malos se mezclaban con momentos muy felices. Al final son estos últimos los que te permite seguir viviendo, mirar al futuro con la ilusión. No quiero ponerme melancólica. Creo que a todos nos pasa lo mismo. Intentamos olvidar los momentos malos, aunque siempre se quedan ahí, en el interior de tu corazón, advirtiéndote de que no puedes confiarte demasiado.

A veces queríamos jugar a ser príncipes, y la noche de fin de año antes de casarnos, nos fuimos a un hotel de lujo, en Cádiz. Jose estaba espléndido con su traje. Hacía mucho tiempo que no lo veía así. No acostumbraba él a ponerse ese tipo de ropa.

Él me miró con ojos de ensueño cuando yo aparecí con mi vestido. Parecía una chica Freixenet. Sus ojos me desnudaban, lo sé. Reconozco ese tipo de mirada enseguida, al igual que la intención siempre de sus sonrisas. Jose tenía un amplio abanico de miradas y sonrisas. A él no le hacían falta las palabras.

La fiesta en aquel hotel incluía la habitación además de la cena y el cotillón. Estábamos muy emocionados porque, dentro de tres meses,

estaríamos casados. Seríamos marido y mujer. Ese tipo de cosas a mí me emocionaban especialmente.

Se me notaba en mi forma de hablar y en mi forma de reír. Parece mentira, pero una boda a veces da sentido a tu vida. Aunque, si he de ser sincera quien verdaderamente daba sentido a mi vida, era Jose. La noche iba fenomenal. Todo el mundo iba muy guapo. Yo miraba a mi alrededor y me sentía una extraña. Jamás había asistido a una fiesta de ese tipo. Con mis amigos y con mis amigas, normalmente, en una noche como esa, habríamos acabado en el parking de alguna discoteca. Y allí, al final, solo había peleas y borrachos.

Nos prepararon una mesa a los dos. Una vela dominaba el centro. José estaba nervioso. No paraba de mover la pierna.

—Estás preciosa —dijo él.

—Tú también, deberías ponerte el traje más a menudo —añadí yo, sonrojada.

—Sí, para hacer surf y para subirme a una escalera a empalmar cables, me voy a poner un esmoquin —dijo él con sorna.

—Ya te pones tonto. Solo intento halagarte —comentó yo poniéndome seria.

—Es verdad. Lo que sucede es que no salimos de fiesta casi nunca. No me refiero a ir a pubs o discotecas, sino a salir de fiesta a sitios más elegantes—dijo él con un brillo especial en los ojos.

—No sabes cómo te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, Natalia, lo sé — susurró cogiéndome la mano

En ese instante, cuando mejor estábamos, pasó una chica que llevaba más silicona que las juntas de mi baño, una Paris Hilton en la que todo el

mundo reparaba. Jose no iba a ser menos, claro.

—¿Qué miras? —le pregunté con tono de perro de presa.

—Yo, nada. Solo miraba la lámpara de este comedor. No he arreglado ninguna de estas —disimulaba conteniendo la risa.

—¿Por qué la has mirado? ¿Es que no te basto yo? —pregunté con cara de muy mala leche.

—Yo no he mirado a nadie. Ah, ¿te refieres a la chica rubia? Sí, sí, sí ... no me gustan esa clase de mujeres —añadió él intentando salir del apuro como mejor podía.

—No me jodas, Jose. Le has hecho un repaso que no veas. Ella también te ha mirado, me he dado cuenta. Vas a arruinarme la noche, ¿sabes?

—Pero, Natalia, no empecemos, pero ¿qué he hecho yo? Al final voy a tener que ponerme unas orejeras como los caballos para mirar solo de frente —dijo él cabreado.

—Pues no es mala idea. Mañana me encargaré de comprarlas. Tonto del haba, que eres un tonto del haba.

La verdad que me estaba pasando tres pueblos. El chico no había hecho nada raro. Pero yo enseguida me puse muy celosa. Quería que aquella noche fuese mágica y aquella Paris Hilton de turno lo estaba fastidiando. Respiré hondo y conté hasta diez. Lo había visto en las películas, pero aquello me puso peor.

Cenamos en silencio. Todo estaba exquisito, pero Jose y yo manteníamos las distancias. Yo quería ver el lado positivo a aquella noche, pero mis celos y mi resentimiento no me dejaban respirar. La chica rubia siliconada pasó de nuevo por nuestro lado. Jose bajó la cabeza como un chico al que le acaban de dar un calvotazo. Y a mí me dio por reírme.

—¿De qué te ríes ahora? —preguntó él.

—De nada, pues ¿de qué va a ser? De ti. Que eres muy tonto. Me haces caso en todo —dije yo más relajada.

—Me vas a volver loco. Natalia, ¿sabes qué es un psiquiatra?

—Sí, tu puta ...

—Para, para, para, que te conozco —soltó él, frenando mis instintos de mujer Amazonas.

—Si es que me disparas. Ahorra energías para la habitación. Que quiero que me hagas el teto —soltó de repente.

—¿Qué es el teto? ¿De qué hablas? —pregunté yo con toda la inocencia del mundo.

—Es el juego de tú te agachas y yo te la ... — dijo él.

—Pero, ¿tú eres tonto? No digas esas cosas aquí. Nos van a echar, Jose.

Me dio por reírme mucho. Volvíamos a tener un feeling especial. Después de los postres, sonó la música. Era una canción de Sergio Dalma, "Bailar pegados", y yo me levanté enseguida y Jose me acompañó hasta la pista. Estuvimos pegados uno al otro, como decía la canción, mientras sonaba la voz del cantante. Era una de mis canciones favoritas. Luego vino ya el desmelene.

Comenzaron las canciones de Azúcar Moreno, Los Chunguitos y Ricky Martin, y yo parecía una peonza. La gente se apartaba asustada. Allí estaba yo, la loca de los peines, con mi vestido, precioso, bien ajustado, dando un espectáculo de vértigo. Me faltaba pista. Parecía Tina Turner en un concierto. Agitaba mi pelo como un látigo. Jose se partía de risa. La Paris Hilton de turno nos miraba con una cara de haber chupado un limón. A mí me daba igual todo. Era una pantera.

Y luego lo fui en la habitación del hotel. Jose estaba asustado. Me dio por besarlo y ponerlo a cien enseguida que cerramos la puerta. Puse el cartel de no molestar y me desnudé delante de él. Ni me metí en el aseo. Su traje quedó para el arrastre. Como una felina, se lo arranqué. Y me tiré encima de él.

Estuvo genial lo que sucedió encima y debajo de las sábanas. Eran las seis de la mañana y aún estábamos despiertos.

—¿Quieres otro? —le pregunté con morbo.

—Estás loca, Natalia. Estás muy loca.

—Y lo bien que lo hemos pasado —dije yo orgullosa.

Cuando Jose estaba a punto de cerrar los ojos, lo moví y le dije.

—No te vayas a dormir ahora.

—¿Qué pasa, joder?

—Jose, que es Año Nuevo. Ahora toca chocolate con churros.

Me duché. Me puse el vestido como pude. Y saqué a Jose de la cama. Él iba que se arrastraba. Pero a mí me daba igual, porque yo estaba llena de vida y nos quedaba toda la vida por delante.



## Capítulo 8

A la mierda. Iba a mandarlo todo a la mierda, ni boda ni nada. Estaba que me subía por las paredes. Era el día de mi boda y yo estaba hecha un flan.

Me alivió algo saber que el padre de Jose, quien seguía ingresado, había pedido el alta voluntaria para estar ese día con su hijo. Sabía que eso lo haría muy feliz.

Pero nada me importaba en ese momento. Ni cuánto lo amaba, ni que mi vestido era espectacular...

Yo iba a salir por la ventana, anular la boda y que fuera lo que Dios quisiera.

Imagino que los nervios normales de toda novia...

Hasta que me puse el vestido, claro. Me quedé mirándome al espejo, estaba, sencillamente, espectacular. Me había enamorado de ese pedazo de tela al instante, no podía ser más perfecto. Y ahora sí quería casarme, tenía un vestido que enseñar.

La ceremonia fue preciosa y, aunque notaba la mirada de los invitados

en mí, no podía prestarles atención. En ese momento, yo solo estaba por y para Jose. Íbamos a convertirnos en marido y mujer. ¿Podíamos estar más locos? Como dos cabras. 22 años y ahí estábamos, dándonos el “sí, quiero”.

Y yo no me enteré de nada: ni de la ceremonia, ni de las fotos de después, ni de cuando casi pierdo un ojo con el arroz que nos tiraron. Estaba como en una nube, estaba viviendo un sueño junto al amor de mi vida.

Todos reían, cantaban, bailaban en el convite. La gente lo estaba pasando más que bien y eso era todo lo que yo necesitaba para no borrar la sonrisa de mi cara. Jose estaba guapísimo y yo no podía quitar los ojos de él, ese que, a partir de ese momento, era mi marido.

Increíble...

Con todo lo que habíamos pasado para que llegara ese momento. ¿Cómo no iba a sentirme feliz? Ese surfista escurridizo era “mío” legalmente.

Y a él le brillaban los ojos cuando me miraba, su sonrisa me mostraba cuánto disfrutaba junto a la familia y amigos.

Después de la celebración, nos fuimos de copas. Desfasamos bailando, cantando (o más bien, dando el cante). El alcohol nos hizo perder la poca vergüenza que teníamos y nos desinhibió por completo.

Esa noche dormiríamos en nuestra casa. Cuando llegamos, caí desplomada en la cama. Jose se tumbó a mi lado, lo miré y él movió las cejas, insinuante.

—No me mires así —dije con la voz ronca de tanto que había gritado y cantado ese día.

—Es nuestra noche de bodas.

—¿Y? —hasta ahí había llegado yo.

—Nos hemos casado —me miró como si yo fuera idiota. Tal vez lo era, porque no lo estaba entendiendo.

—Jose, lo sé. Ya te digo que lo nuestro nos costó llegar a eso. Estoy agotada —resoplé.

—No puedes estar agotada en nuestra noche de bodas.

—Anda que no, con el día que tuvimos —volví a resoplar.

—Está bien, entonces date la vuelta que yo me encargo de todo.

—Que me dé... —me callé cuando por fin lo entendí. Me levanté de la cama como un resorte, ni de coña... —Ah, no —me tropecé con la cola de mi vestido y casi me caigo y me rompo los dientes, iba a estar bonita mellada ese día, pensé—. No me mires así, hoy no vamos a tener sexo.

—¿Por qué?

—Porque no podemos —dije como si con eso fuese suficiente.

—Claro que podemos, es más, debemos.

—Venga, Jose, que yo de virgen tengo poco. No será que no lo hicimos antes y no tendremos tiempo para volver a hacerlo —me crucé de brazos.

Jose me miró como si me hubieran salido cuatro cabezas. Y yo hasta empecé a creérmelo, estaba rechazando el sexo el día de mi boda, pero tenía una muy buena razón.

—¿Recién casados y ya vas a poner excusas? ¿Qué es?

—Nada.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Bebiste mucho?

—No —mentí.

—No te excito... —se levantó de la cama y se acercó lentamente a mí.

—Quieto y parado —puse la mano antes de que se acercara del todo—. No digas gilipolleces.

—¿Cuál es la excusa?

—No hay excusa, solo que hoy no lo haremos. No es obligatorio. Ni que nos fueran a dar un diploma por follar el día de nuestra boda.

—Hombre, diploma no, pero obligatorio es —se cruzó de brazos y habló muy serio.

—¿Te vas a enfadar conmigo por eso?

—No, la verdad es que se me quitaron hasta las ganas, pero quiero saber por qué.

Me mordí el labio y, a riesgo de parecer idiota, respondí.

—¿Qué dijiste? —preguntó al no escucharme.

—Que no me voy a quitar el vestido.

—No me jodas, Natalia —pese a mi sorpresa, empezó a reírse a carcajadas.

—¿Te estás riendo de mí? —vale, iba a hacerlo hasta yo, la excusa (que no era tal, yo no iba a quitarme ese precioso vestido ni de coña), la

verdad es que sonaba ridícula.

—Lo hacemos con el vestido puesto —seguía riendo.

Me miré de arriba abajo, intentando imaginar cómo iba a meterse ahí, como no me tumbara y él levantara toda la tela, tapándome la cabeza a su paso y...

—No seas idiota —resoplé.

—Estás preciosa con el vestido —dijo con voz melosa, intentando llevarme a su terreno.

—Gracias —dije con suficiencia.

—Pero estás más hermosa sin él —la voz, ya subió a seductora.

—Eso no lo tengo claro —me encantó el comentario, pero yo no iba a quitarme mi vestido y punto.

—Sin ropa... —se acercó a mí— Con mi boca en tu cuerpo...

—Jose... —me quejé. Pero Jose ya jalaba de mí hacia la cama, ignorando mis protestas.

—Y seguro que la ropa que llevas abajo es igual o más bonita que ese vestido —topamos con la cama.

—Eso sí —asentí pensando en el precioso conjunto de ropa interior que llevaba abajo. Tal vez...

—¿Me dejas verla? —me besó— Solo un poco —otro beso que ya comenzó a ponerme a tono—. Después, si quieres, te puedes volver a poner el vestido.

Lo miré sin creerlo en absoluto, pero ya me había tentado la idea. Me di

la vuelta lentamente para que me ayudara a deshacerme de él. Me quedé ante él, en ropa interior.

—Joder, Natalia, ¿sigues con la tontería de dejarme a dos velas hoy? —  
resopló tras mirarme de arriba abajo.

Me entró la risa, el pobre tenía una tienda de campaña debajo de los pantalones.

Lo empujé y lo hice caer sobre la cama. Me senté a horcajadas encima de él y lo besé. A la mierda el vestido y todo lo demás. Ahora solo necesitaba a Jose.

Fuimos un poco torpes, el alcohol nos había afectado más de la cuenta. Fue corto, pero especial. No se sentía diferente hacerlo tras haber firmado un papel que nos unía de por vida, pero había algo distinto en eso. Tal vez era cosa mía, o del alcohol.

Estaba medio adormilada en la cama, apoyada en el pecho de Jose, cuando habló.

—La boda ha sido perfecta.

—Sí —sonreí sobre su pecho, recordando algunos de los momentos y de las risas.

—Y ahora eres mi mujer.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—Sí —sonreí, se sentía bien oírsele decir.

—¿Cómo te sientes?

—Normal, como si fuera natural entre nosotros.

—A mí me pasa lo mismo. Y estoy feliz.

Una sonrisa radiante apareció en su rostro y yo sonreí, compartiendo esa felicidad con él.

—No dirás eso por mucho tiempo —dije mientras volvía a apoyarme en su pecho.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Te casaste conmigo, amor. Te aseguro que tu existencia, a partir de ahora, no será fácil.

Después de unos segundos en silencio, noté cómo su pecho comenzó a moverse hasta que una sonora carcajada salió de su garganta.

—Yo también te quiero, Natalia —dijo entre risas.

Me abracé a él más fuerte y me dormí.

Al día siguiente, comenzaríamos una nueva vida.



## Capítulo 9

Queríamos hacer ese viaje que habíamos aplazado. Queríamos tener nuestra luna de miel. Yo le dije a Jose que no quería salir de España. No quería irme a ningún país extranjero no fuera a ser que me raptaran. Él se reía sin parar cada vez que yo le daba las razones de por qué no quería salir de mi país. Luego, todo cambió. No sé muy bien por qué y me dio por viajar por todos los países del mundo. Estaba como una regadera y lo sigo estando.

Como el padre de Jose había estado ingresado, no pudimos hacer el viaje de novios en su momento.

Tuvimos que esperar unos meses antes de tomar la decisión. Finalmente, decidimos pasar nuestra luna de miel en Tenerife.

Y así hicimos en enero del año siguiente. Tenerife nos esperaba. Yo quería calor y playa. Y lo que tenía claro es que no me iba a ir al Cantábrico en pleno invierno. Yo le puse toda la ilusión del mundo y Jose también.

Como he escrito varias veces, no necesitábamos nada más. Nos conformábamos con muy poco. Seríamos felices con ese viaje, porque lo importante no era tanto el destino, sino el hecho de celebrar que estábamos juntos, que todo iba de forma genial. Yo siempre había pensado en viajar a uno

de esos países exóticos que tanto me atraían.

Pero yo tenía que ser consciente de que aquello no podía ser. Por el bien de todos, lo mejor era viajar a un sitio que nos permitiera, en el peor de los casos, regresar con rapidez. Yo notaba que Jose también estaba ilusionado. Tengo que confesar que muchas veces, cuando pasaba por delante de una agencia de viajes, me daba una envidia tremenda ver en el escaparate las ofertas de viajes a Tailandia, a Brasil, a México. Pero yo luego sentía un escalofrío que me recorría el cuerpo y algo me decía que no. Madre mía, qué vueltas da la vida. Tiempo después, el mundo se me iba a quedar pequeño. Pero, por entonces, yo había decidido irme a Tenerife y con mucho orgullo. Y tenía claro que lo iba a pasar de puta madre.

¿Por qué? Porque tenía a mi lado al hombre de mi vida. Tenía al lado al hombre que me hacía reír y hacía pasármelo muy bien. Tenía a ese hombre con el que había estado encerrada todo un fin de semana en un modesto hotel sin tener que salir afuera para nada.

Había luchado mucho por ese amor. Lo había pasado muy mal. Me había costado mucho darme cuenta de que Jose era el hombre de mi vida. Y él había luchado por mí también a su manera. Había llenado mi vida de ilusión y de continuas sorpresas desde la humildad y sencillez, y eso bastaba.

Cuando yo era más joven, pensaba que mi boda sería excepcional. Que yo seguiría los pasos de muchos amigos y amigas. Tendría primero mi novio, llegaría virgen al altar, luego nos casaría un cura. A continuación, pasaríamos la luna de miel en París. A la vuelta de nuestro viaje, nos iríamos a vivir a nuestro piso que habríamos elegido los dos un año antes, sacaríamos una hipoteca del banco, tendríamos nuestros hijos y formaríamos una familia de ensueño.

Nada de eso se había cumplido en ese orden. Habíamos hecho las cosas a nuestra manera sin que nadie nos impusiera nada. Y muchas de esas cosas estaban lejos de lo que era para mí la idea de vivir con una persona a la que amas y respetas.

Pero no es hora de ponerse triste. La noche antes de tomar el avión, Jose y yo estuvimos hablando de nuestras cosas, bueno, he de ser clara, estuvimos metiéndonos el uno con el otro. Le enseñé un bañador y un pareo que me había comprado para la playa.

—¿Te gusta, cariño? —pregunté.

—¿Cariño? Si usas esa palabra es que eso te ha costado un ojo de la cara —dijo él con fastidio.

—Me da igual. Me lo he pagado con mi dinero —dije yo a la defensiva.

—¿Con tu dinero? Lo que ganamos ¿no es de los dos? Ahora resulta que tú tienes tu dinero, ¿tu dinero? —añadió él fingiendo que se enfadaba.

—Oye, si te vas a poner así de borde, Jose, lo devuelvo a la tienda y ya está, ¿sabes? A mí no me vengas con tonterías.

—No te digo que lo devuelvas. ¿Te estoy preguntando qué te ha costado? Le encantaba buscarme la lengua.

Ya me estaba tocando los cojones, así que se lo solté.

—Vamos a hacer una cosa, Jose. Voy a doblarlo y a meterlo en su caja. Ni lo toco. Cuando volvamos del viaje, lo devuelvo a la tienda y se acabó. Ahora, también te digo una cosa —mi tono sonó amenazante.

—Dime qué vas a decirme —intervino él rápidamente sonriendo.

—Tendremos que buscar playas nudistas. Porque, si no me llevo este bañador ni este pareo, no me quedará otra que bañarme en pelota picada. Haré topless y me meteré en el agua como mi madre me trajo al mundo.

—Me estás provocando, es eso ¿verdad? Lo que quieres es que salte —dijo él con seriedad.

—Vamos a ver, Jose. Si no me llevo este bañador precioso con mi pareo, estaré sin nada —volví a amenazarlo.

—No me jodas, Natalia. No tienes más bañadores, ¿verdad? Has tenido que comprarte ese que debe haberte costado un huevo. — dijo como si realmente le importase, quería verme encendida, en el fondo le hacía gracia ver cómo me defendía.

—Sí, tengo muchos bañadores. Pero están pasados de moda —dije yo riendo.

—¿Qué están pasados de moda? No me jodas. Ahora resulta que sabes de moda y de estilismo, ¿no?

—Sí, yo sé de muchas cosas que tú no sabes, ¿me oyes? —le contesté con retintín.

—Haz lo que quieras. Llévatelo, pero a mí no me digas nada más de la ropa que te compras —repuso él con tono de enfado.

—No te pongas así. La que hemos montado por el bañador. Y lo guapa que voy a ir yo por la playa, que voy a parecer Pamela Anderson, tu Pamela Anderson. Vas a ser la envidia de todo el complejo hotelero — dije yo partiéndome de risa.

Él no pudo evitarlo y también comenzó a reírse a la vez que yo. De repente, se levantó del sillón me cogió por la cintura y me arrastró hasta la cama. Recuerdo que aquella noche hicimos el amor de una forma suave y muy cariñosa. Nuestra discusión sobre el bañador había servido para algo.

A veces eran este tipo de discusiones las que nos ponían calientes, muy calientes, y acabábamos al final teniendo sexo del bueno.

—¿Qué polvo, no? —soltó él al acabar.

—Sí, ha estado muy bien, Jose —dije yo con aire de tontina sobre la cama, recuperando la respiración.

—Puto bañador... — dijo él riéndose.

—Has visto como, al final, el bañador y el pareo te han gustado. No es tirar el dinero, ¿lo ves?

—Sí, la verdad es que, si sirven para tener este tipo de polvos, cómprate todos los que quieras.

Yo nunca había salido de España. Aquella noche apenas dormí, pese a estar agotada y, sobre todo después de hacer el amor con Jose. Solo le daba vueltas a la cabeza. Me daba miedo incluso coger el avión. Todo iba a ser nuevo para mí. Lo mejor de todo es que era nuestra luna de miel y que yo la iba a pasar al lado de mi chico.

Recuerdo que al día siguiente todo fue muy rápido. Cuando estábamos a punto de despegar, le cogí la mano a José. Su generosidad, su afecto y mi cariño hacia él estaban en aquel gesto. También estaba un poco nerviosa. El avión despegó rápidamente. Como estaba muy excitada, en el viaje le puse a Josa la cabeza como un bombo. No paré de criticar a los pasajeros. No paré de criticar a algunas de mis amigas. Tenía que pitarles el oído a todas ellas. El pobre me miraba con ternura.

Yo parecía un loro, no paraba de hablar y de hablar. Algunos pasajeros ya me miraban con malos ojos. Pero yo no me daba cuenta. Jose solo asentía, tenía que tener un jaquecón tremendo. Cuando llegáramos al hotel, seguro que se iba a tomar una caja entera de aspirinas. Yo estaba emocionada, intranquila, dando botes en el asiento del avión. Parecía una adolescente mal educada. Era la primera vez que salía de España.

Nos alojamos en un hotel precioso cerca de la playa de Abama. La luz de aquella isla me maravilló. Nosotros estábamos muy acostumbrados a estar cerca del mar, pero he de reconocer que Tenerife nos atrajo desde el primer momento. Sus aguas transparentes y el reflejo del sol sobre su superficie nos

sumergieron en un sueño.

Ahora sí que éramos esos dos náufragos en una isla. Al menos tenía esa sensación de estar lejos de casa y de estar perdida en un lugar que no pertenecía a este mundo. Desde la habitación de nuestro hotel, se podía ver el mar y enseguida que dejamos las maletas eso fue lo que hicimos. Salimos al balcón y contemplamos aquel horizonte azul turquesa.

—¿Te has dado cuenta, Natalia? Es precioso —dijo él emocionado.  
A Jose le encantaba el surf y el mar era su segunda casa.

—Y no querías que yo estrenara el bañador y el pareo. Vamos que si los estreno... — dije yo buscando la broma.

—Escucha, escucha... — dijo él de repente.

—¿Qué escucho? —pregunté yo extrañada.

—El silencio, el silencio... solo se oyen algunas olas. Me encanta este sitio —la voz de Jose sonaba a una persona que está muy emocionada.

Durante aquellos primeros días, la playa Abama fue nuestro paraíso. No queríamos salir del hotel. Nos encantaba pegarnos el atracón en el buffet a la hora de desayunar y luego desaparecer en la playa.

Yo estaba guapísima con aquel bañador y con mi pareo. Me paseaba de punta a punta por la playa. A veces lo hacía sola y otras veces lo hacía al lado de Jose, que normalmente se metía en las aguas a bucear. Nos encantaba aquel sitio.

Habíamos elegido muy bien. No pensábamos al principio en hacer excursiones. No queríamos ser los típicos turistas que se estresan intentando ver de todo en muy poco tiempo. Queríamos disfrutar el momento. Queríamos estar solos. Podía explicar muchos detalles de aquellos primeros días, pero, para resumir, diré que nos hinchamos a comer, que nos hinchamos a tomar el sol ya bañarnos, y también a follar por las noches. Me vais a llamar bruta,

pero no voy a andarme con chiquitas.

Eso fue lo que hicimos durante todos esos primeros días. También recuerdo que bailamos mucho en la discoteca del hotel y que salíamos a pasear por las noches. La temperatura era siempre agradable. Y un manto de estrellas nos acompañó aquellos días donde Jose y yo nos dábamos cuenta de que el tiempo había pasado muy deprisa. Éramos solo unos mocosos cuando nos conocimos. Recuerdo una noche en la playa que él me lo comentó. Jose no era de las personas a las que le guste reflexionar o filosofar. Como más de una vez me había dicho, le gustaba siempre mirar al futuro. El pasado no servía para nada, según él.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Natalia?

—¿De qué mi bañador y mi pareo me sientan bien, verdad? Muchos se han fijado. No te vayas a poner celoso, ¿me oyes?

—No, no quiero bromear ahora. El tiempo ha pasado muy rápido. Has sufrido mucho y yo también lo he hecho, aunque no se me nota, aunque parezca un tipo duro.

—Lo sé.

Me sorprendió aquella intervención de Jose. No me la esperaba. No sé si era el mar, las olas, la noche, aquella serenidad que la playa de Abama infundía sobre nosotros. No sé lo que le estaba pasando. Pero tenía ganas de hablar. Nos detuvimos. Yo le cogí la cintura y lo besé despacio. Él me respondió también con un beso largo y siguió hablando.

—¿Te acuerdas de que perdimos un bebé incluso? —preguntó él tragando saliva.

—No me recuerdes eso, Jose. Cada día que pasa me acuerdo. Esas cosas no se olvidan. Nunca se olvidan —respondí yo con tono serio.

—Lo sé. Tú lo viviste en primera persona. Tu dolor es mucho mayor

que el mío —dijo él con calma, mirándome a los ojos.

—Éramos muy críos, Jose. No debimos hacer muchas cosas.

—Natalia, yo no me arrepiento de muchas cosas que hice. Sé que algunas te hicieron mucho daño.

—¿No te arrepientes? ¿Por qué? —me puse serio cuando él dijo aquello.

—No quiero que me entiendas mal. Claro que me arrepiento de haberte hecho sufrir, pero pienso también que, si aquello no hubiese sucedido, hoy no estaría aquí contigo, ¿sabes?

—No te entiendo, Jose

—Lo que quiero decir es que el destino tiene una ruta para cada uno de nosotros y aquellos malos ratos y disgustos formaban parte de ese plan para que hoy estemos juntos aquí, solos, enamorados.

Yo sonreí. No le pegaba a Jose decir todo aquello. Normalmente el tono de sus palabras siempre era bromista y burlón. Me estaba sorprendiendo para bien. Seguramente no le faltaba razón y el destino había querido someternos a toda esa clase de pruebas para que descubriéramos por nosotros mismos que nuestro amor era sincero.

—No sé qué decir. Quizás sea eso. Quizás sea el destino, Jose.

—¿No te gusta lo que te he dicho? —preguntó él un poco apenado.

—Lo que has dicho es precioso. Pero mañana noche no tomes tantos mojitos, que se te va la olla, aunque me ha encantado, ¿sabes?

—Eres inconfundible, Natalia. Está bien. Para una vez que quiero ser romántico —dijo él riendo.

Seguimos paseando y aquella noche hicimos el amor de una forma salvaje, después de brindar con champán. Nuestro pequeño mundo se hacía más grande. Aquel viaje a Tenerife me estaba descubriendo a un Jose diferente, como más sensible. No quería que el tiempo pasara. No quería irme de allí. Tras estar los tres primeros días encerrados en el hotel y disfrutando a tope de aquella playa, visitamos la isla.

No podía irme de allí sin visitar El Teide, entre otras cosas, porque me había salido más de una vez en los exámenes de Geografía donde había sacado muy buenas notas. Aquel paisaje volcánico me sorprendió. Acabó con las piernas hechas polvo porque ascendimos un trecho de aquel volcán, que daba miedo. Jose alquiló un coche y visitamos los alrededores. El paisaje era espectacular. Los charcos y algunas otras playas parecían sacadas de alguna película de Disney. No podía creer que existieran sitios así, tan bonitos. Los carretes de fotos se me acababan rápidamente. No paraba de mandar a Jose cada dos por tres a comprar uno nuevo.

De noche, en el hotel, bajábamos al restaurante a cenar. Yo me arreglaba mucho para que él me viera siempre guapa. A veces, se quejaba. Recuerdo la noche antes de volver a casa una pelea que tuvimos.

—No tienes por qué pintarte tanto, Natalia. Me gustas sin maquillaje —decía él casi siempre cuando estábamos en la mesa.

—Bueno, a ti no te gusta, pero a mí sí.

—Pero, hija, si es que esta noche te has barnizado como una puerta —empezaba a sacarme de quicio ya con sus frases.

—¿Qué quieres? ¿Quieres tenerla? —pregunté yo, sabiendo que él solo quería picarme para que saltara.

—Mira lo que te digo. Yo no te he dicho nada.

—Jose, me acabas de decir que parezco una puerta recién barnizada. Yo que me pongo guapa para ti, para que brille como una estrella. Mira qué

pelos llevas tú, que pareces que has metido los dedos en un enchufe — dije yo con ironía.

—¿Qué le pasa a mi pelo? Es precioso, lleno de brillo. Tenías que haberte casado con uno de esos compañeros de clase que se han quedado ya todos calvos y que tienen una barriga que parece que van a parir —repuso él a la defensiva.

—No me jodas. A ver si te crees que eres el puto Brad Pitt. Tú eres del montón como ellos. Yo no, yo soy una princesa.

Yo sabía que nada de aquello iba en serio, así que al final, la cosa terminó donde tenía que terminar, echando un polvo, con la ventana abierta para que entrara la brisa y todo fuese más especial.

A la vuelta a casa, mientras estábamos volando, fue Jose el que me estuvo dando la paliza de todas las cosas que había pensado hacer en nuestra casa, de todo lo que iba a reformar y que iba a arreglar. A veces lo miraba, otras veces no lo hacía, porque mi cabeza seguía en aquella playa donde yo fui feliz con Jose, con mi bañador nuevo y con mi espléndido pareo.



## Capítulo 10

Habían pasado unos años, 5 exactamente, yo dirigía una empresa propia y tenía varios empleados, apenas tenía 27 años, Jose seguía en el mismo trabajo familiar que también iba genial. Éramos muy felices y la verdad que llevábamos una cómoda y buena vida, yo iba feliz con mi BMW, en plan pija total y Jose seguía su línea surfera, no soltaba la furgoneta ni a tiros.

En menos de un mes nos iríamos a Tailandia. Era uno de mis sueños. Quería viajar a alguno de esos países de Oriente y muchos amigos y amigas me habían hablado de aquel país auténticas maravillas. Además, a Jose ya mí me gustaba mucho la playa. Allí también disfrutaríamos del mar y del calor, y de la playa. Habíamos visto muchos catálogos donde aparecían esas típicas cabañas de madera frente a las aguas. Queríamos alojarnos en una de ellas. Aquellos años, después de nuestra boda, lo recuerdo con mucho cariño.

Fueron años intensos, de muchas vivencias íntimas. Recuerdo que seguíamos siendo tan jóvenes como cuando teníamos quince años. Verdaderamente vivíamos como dos náufragos en una isla. Vivíamos ajenos al mundo. Estábamos solos en nuestro piso y no necesitábamos a nadie. Estábamos hechos el uno para el otro.

De eso ya no me cabía duda. Jose se había vuelto detallista y de vez en

cuando me sorprendía con alguna escapada. Yo a veces me temía lo peor, pero al final todo salía bien. Porque, como he escrito antes, no necesitábamos a nadie. Es cierto que, con el paso de los años, nos habíamos dado cuenta de que tampoco necesitábamos mucho para vivir.

Era cierto que a mí me apetecía hacer un viaje al extranjero, a un país exótico.

Yo estaba muy ilusionada. Jose me lo notaba en la cara. Yo creo que a él no le hacía tanta ilusión como a mí, pero al verme tan radiante, eso le bastaba a él para disfrutarlo tanto como yo. Lo pasaríamos genial en aquel lugar. Yo solo sabía hablar de Tailandia en el desayuno, en la comida y en la cena.

Yo no podía pedirle más a la vida. Y creo que la felicidad consistía en eso, en vivir humildemente, de forma sencilla. Por la noche, cuando caíamos agotados en la cama, yo sentía el cuerpo de Jose muy cerca y eso era suficiente para que yo me despertara al día siguiente contenta, llena de energía y de vida. Me encantaba escuchar su respiración. Su rostro transmitía calma y serenidad, algo que yo necesitaba constantemente, porque yo era más bien nerviosa e intranquila.

Cenábamos en nuestra mesa de la cocina y no hacía falta que nos dijéramos nada para saber que estábamos bien. Bastaban nuestras miradas. Alguna sonrisa tonta y ese brillo especial en los ojos que Jose transmitía para decirme que esa noche quería hacer el amor conmigo.

Cuando terminábamos de hacerlo, él me miraba y me susurraba en la oscuridad de nuestra habitación.

—¿Me quieres ya?

—Otra vez. Eres muy pesado, Jose. Eres el hombre de mi vida. ¿Aún no te has dado cuenta?

—Es que me gusta verte enfadada —decía él con humor.

—A ti lo que te pasa es que eres un cabrón, ¿sabes?

—¿Ya empezamos, Natalia?

—Sí, sí, sí... además te gusta que te lo diga —decía yo riendo.

Muchas de estas conversaciones tontas llenaban nuestra vida de buen rollo y yo quería que siempre fuese así. Que no hubiera más secretos entre nosotros, que no hubiera nada más de lo que arrepentirse, que yo pudiera amarlo sin sospechar de lo que hacía cuando no estaba conmigo.

Alguien que lea esto puede decir que yo estoy describiendo un sueño. Y es cierto mi vida se había convertido en un sueño hecho realidad. Quizás yo no esperaba tanto de mi vida, sobre todo, después de todo lo que pasé con Jose cuando tan solo éramos unos adolescentes. Pero él había cambiado y yo también había madurado y veía las cosas de otro modo.

Pero eso no significaba que yo viera las cosas como si estuviera dentro de una película romántica. Sabía que eso podía esfumarse en cualquier momento. Si algo había aprendido, es que tenía que vivir el presente.

A veces, me regalaba cosas que sabía que me hacían ilusión, sin necesidad de que fuera un día señalado.

Todo estaba lleno de luz. Así lo puedo decir. Sí, que todo estaba lleno de luz. La alegría era lo que gobernaba nuestras vidas y nuestros corazones. A veces, es muy difícil encontrar las palabras justas para expresar lo que yo en aquellos momentos sentía hacia el que era mi marido.

Pero, como he escrito antes, no todo iba a ser un camino de rosas. El destino nos tenía guardada una sorpresa que no iba a ser precisamente muy agradable.

Una mañana quise llamar a Jose. Me apetecía saludarlo. A veces, lo llamaba desde el trabajo, para escuchar lo que me decía. Siempre me gastaba alguna broma y eso me daba fuerzas suficientes para salir de allí con una

sonrisa.

¡Qué extraño! Daba llamada, pero no lo cogía. Pensé por un momento que lo había pillado mal y que, por algún motivo, en ese momento, no podía contestarme. Pasó media hora y volví a llamar. No lo cogía. Aquello era cada vez más raro, porque nunca tardaba nada en cogerlo.

No quería preocuparme. Pero me estaba poniendo nerviosa, cada vez más nerviosa. No sabía dónde estaba mi chico. Esperé a salir del trabajo y volví a llamarlo. No cogía el teléfono. Aquello ya me intranquilizó y, cansada de llamarlo una y otra vez, decidí telefonar a su padre. No me lo cogió a la primera. Aquello era muy, muy extraño. Volví a llamar. Cualquiera que pasará por allí podía ver en mi cara una mezcla de preocupación y de desesperación. Finalmente, escuché una voz.

La voz del padre de Jose temblaba

—Llevo llamando a tu hijo toda la mañana y no sé qué pasa. No me coge el teléfono —dije yo muy lanzada.

—Lo entiendo. Pero es que... — se hizo un silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté yo asustándome.

—Jose se ha caído y lo están curando en urgencia —dijo queriendo quitar una importancia que era imposible obviar.

Yo tragué saliva y le supliqué varias veces que me dijera dónde estaba mi marido.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? Contesta, por favor.

—Estamos en el hospital. Jose ha tenido un accidente en el trabajo.

Cuando escuché aquello, se me heló el corazón. No pude articular palabra. El padre de Jose me dijo la dirección del hospital y colgó. Yo estaba

sola, completamente sola. Ninguna compañera del trabajo estaba a mi lado. La gente pasaba por delante de mis ojos y yo parecía ausente del mundo. No sabía qué hacer. Estuve paralizada durante unos minutos. Guardé mi teléfono en el bolso y decidí no pensar.

Pero, Natalia, cojones, tenías que actuar.

Por un momento, quise ser positiva. A lo mejor había sido un accidente sin importancia. Pero no podía engañarme. La voz del padre de Jose lo delataba. Era una voz llena de tristeza que a mí me dio que pensar. Ni corta ni perezosa, monté en mi coche y me fui en dirección al hospital. Tenía que ver a mi marido. No sé qué había pasado exactamente. Pero la cosa no pintaba bien. Si el padre de José estaba en el hospital, aquello tenía que ser grave, muy grave.

Pisé el acelerador a fondo. Si me hubiera pillado la policía, seguro que me habría multado y me habría quitado el carné del coche. Iba como una loca. Estaba deseando llegar al puto hospital. Mientras conducía, comencé a llorar como una niña.

No tardé en llegar. A la velocidad que iba no podía tardar. Pero a mí se me hizo una eternidad, una auténtica eternidad. Aparqué el coche en el primer lugar que vi un hueco. Bajé enseguida. Se me olvidó cerrar el coche. Estaba como loca. Cuando llegué a la puerta de Urgencias, me encontré al padre de Jose. Su cara era de dolor y agotamiento total. Yo me encogí de hombros. Me hundí de repente. Pero quería saber dónde estaba Jose y que le había pasado en el trabajo. Me acerqué a su padre y no hizo falta que le preguntara.

—Natalia, mi hijo... —gritó desesperadamente

—¡Quiero saber qué ha pasado, por favor! —elevé mi voz para que aquel hombre reaccionara.

—Esta mañana se ha caído de mucha altura, sobre su cabeza —  
respondió sollozando y tembloroso.

—Pero, ¿qué me estás contando? No puede ser verdad, mi Jose. No puede ser verdad.

Yo no me quedé quieta. Entré corriendo al hospital. Era la puerta de Urgencias y, en ese momento justo, vi el cuerpo de Jose sobre una camilla completamente entubado. Salía de alguna sala de diagnóstico. Médicos y enfermeras lo acompañaban. Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda cuando observé aquella imagen. Yo no me lo pensé. Me tiré al suelo de rodillas y comencé a llorar desconsoladamente.

Pude ver la cara de preocupación en los médicos que me miraron con tristeza y con compasión. No me salían las palabras en aquel instante. Pero necesitaba preguntarles cómo estaba mi marido, cómo estaba el hombre de mi vida.

Los médicos se miraron entre ellos. Parecía que no quisieran decirme nada debido al estado de nerviosismo en el que yo me encontraba. Yo volví a caerme. La enfermera volvió a levantarme e intentaba animarme por todos los medios.

—Tiene que ser fuerte —me susurró aquella mujer al oído.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde se lo llevan? Por favor, es mi marido. ¿Cómo está? —supliqué una y otra vez mientras la camilla avanzaba por un pasillo sombrío. Las luces se iban encendiendo según pasaba el cuerpo de Jose.

—Señora, no pierda los papeles. Ahora él la necesita entera. Mire, siéntese aquí. Ahora mismo viene el médico y hablará con usted.

Hice caso a aquella amable enfermera. Me senté en una silla que había en ese pasillo por el que la camilla de Jose había pasado. No paraba de temblar. En aquel instante, me apetecía estar sola. Además, quería esperar al médico para que me informara exactamente de cuál era el estado de mi marido.

De repente, apareció un médico joven. Avanzaba por el pasillo muy despacio. Mi corazón comenzó a latir muy deprisa. Lo estaba esperando. El hombre me miró con ternura y se sentó a mi lado. Su bata blanca imponía. Por un lado, quería escuchar lo que aquel hombre me iba a decir. Por otro lado, me negaba a oír lo que, en breves instantes, por desgracia escuché.

—¿Es su mujer, verdad? — preguntó él con calma.

—Sí, soy Natalia —dije yo muy nerviosa. — ¿Cómo está? Parece que se ha caído o algo así.

—Sí, tiene un golpe en la cabeza. Un traumatismo craneoencefálico —la voz del médico sonaba a ultratumba.

—Pero, ¿cómo está?

—Aunque no lo crea, estos momentos son tan duros para usted como lo son para mí. Usted es su mujer y él es mi paciente. Créame que hemos hecho todo lo que está en nuestras manos —explicó él apenado.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Hemos hecho? —pregunté yo extrañada.

El médico estaba siendo prudente a la hora de darme la fatal noticia. Yo lo miré a los ojos. Intentaba respirar hondo para tranquilizarme un poco. Pero era imposible. El médico colocó sus manos sobre las rodillas. Estaba buscando una posición cómoda. Aquello no me tranquilizó. No me gusta que nadie se siente a mi lado de aquella forma y mucho menos un médico. Algo malo había sucedido. Algo terrible. Los médicos no suelen sentarse con un familiar para darle una noticia. Eso solo lo había visto yo en las películas.

Se hizo un silencio largo. O al menos a mí me lo pareció. Una de las manos de aquel médico se puso entonces sobre mi hombro izquierdo. Aquel gesto de ternura me puso todavía peor. Y entonces me lo dijo.

—No sé si saldrá de esta...

Hice como que no lo había escuchado. Parecía que estaba viviendo una auténtica pesadilla. Yo, en el fondo, confiaba en que en cualquier momento iba a despertar en mi cama, sudada y con escalofríos por el terrible sueño que estaba teniendo. Luego, giraría la cabeza y a mi lado estaría Jose. Yo volvería a mirarlo con dulzura. Quería pensar eso. Pero no. Me equivoqué. La realidad era aquella. Yo estaba sentada en el pasillo de un hospital donde un médico amablemente me acababa de decir que mi marido se moría.

Yo lo miré como quien ha visto a un fantasma. No podía creerlo.

—¿Por qué? —pregunté yo a punto de desplomarme.

—El golpe ha sido demasiado fuerte, Natalia. No se podía hacer nada. Tiene muchas partes inflamadas y no podemos intervenirlo —dijo él con serenidad.

Me daba la sensación de que no era la primera vez que aquel médico daba noticias como aquella.

—¿Por qué? —volví a repetir como una tonta.

Salí de allí corriendo. No quise mirar al médico. Necesitaba aire. Necesitaba aire fresco. Yo me quedé en la puerta. Necesitaba la soledad. Necesitaba la soledad y no pensar, no pensar en nada. Pero eso era imposible.

Tenía que asumir lo que estaba pasando, pero no me daba la gana. Y eso no se asume nunca. ¿Cómo se puede aceptar una cosa así? Por la mañana nos habíamos despertado tan felices y, ahora, yo me encontraba en la puerta de un hospital, donde acababa de escuchar por boca de un médico que, dada la gravedad de aquel golpe, mi marido se estaba muriendo.

No pensaba que aquello pudiera terminar así, no podía creerme el mazazo que me daba la vida, allí me quede, fuera de la UVI, en un rincón, fumando como una loca, esperando que todo el universo conspirara para que el hombre de mi vida, no me dejara sola...

Contigo



UNA HISTORIA REAL

TRILOGÍA ♥ PARA SIEMPRE

# Contigo

LIBRO-3

NORAH CARTER  
PATRICK NORTON  
MONIKA HOFF

COLABORACIÓN DE  
FANNY RAMÍREZ

DOLCE  
BOOKS



# Capítulo 1

¿Y ahora qué? En esa sala de espera, en un rincón, fumándome un cigarro tras otro, llorando desconsolada, no quería que nadie me hablase, me molestaba todo, quería estar sola en esa esquina, la cabeza me iba a estallar.

¿Por qué a él? ¡Putita vida! Tenía al hombre de mi vida, no era aquel chico que conocí y que no valoraba mi amor por él, ya era todo un hombre, me amaba, me respetaba y sobre todo me quería con todo su corazón y ahora, ahora quizás no volvería a disfrutar de sus besos, abrazos, caricias, palabras de consuelo, ahora se debatía entre la vida y la muerte.

Justo cuando miro el reloj y veo que son las cuatro de la mañana, escucho las puertas al final del pasillo donde estaba la UCI, un médico en la entrada y en ese momento no me lo podía creer lo que estaba viendo, Jose salía con su pijama de hospital, la cara hinchada como si fuera un alienígena, ido, perdido, el médico le paró y pude escuchar mientras iba corriendo hacía ellos, como le decía el medico que no podía hacer eso, él le respondía casi sin fuerzas, que para morir se iba a su casa, al lado de su mujer, que no pensaba quedarse ahí, yo llegué hasta él llorando.

—¿Por qué te has quitado todo los cables y gotero? — le recriminé con lágrimas.

—Llévame a casa Natalia.

—No puedes hacer eso, corres riesgo — irrumpió el médico.

—Ya me enteré de todo, me voy a mi casa — volvió a decir Jose.

—No por favor, Jose, si te has levantado es que vas a salir de esta, haz caso a todo lo que te dicen te lo ruego — dije suplicándole.

—Llévame a casa — insistió.

—Si se va debe firmar el alta voluntaria y te recomiendo que lo despiertes cada media hora, su estado es muy crítico, es una locura, pero es mayor de edad y no podemos hacer nada — afirmo el médico.

—Jose por favor...

—Natalia, no me obligues a quedarme aquí, quiero estar a tu lado, contigo, en nuestra casa...

En ese momento comencé a vomitar, el médico me ayudó, estaba de los nervios, no había forma de convencer a Jose y al final firmo esa alta, con toda la cabeza media rapada y llena de puntos, aparte de estar totalmente desfigurado por la hinchazón del golpe.

Lo monté en el coche, estaba ido, miraba al frente sin hablar, yo no dejaba de llorar, llegamos hasta casa y lo acosté en la cama, me tiré al lado con mucho cuidado, puse el móvil para que pitara cada media hora, para asegurarme que no se quedaba dormido para siempre.

Por la mañana lo llevé a su médico, Jose apenas podía hacer nada, yo lo duché, lo vestí y lo monté en el coche.

El médico le riñó, le puso un tratamiento para el dolor y nos dio nueva cita para ir controlándolo, nos deseó mucha suerte, eso me horrorizo, pero yo

estaba a su lado y ahí estaría para lo bueno y lo malo.

Tenía una empresa, pero no iba a ir a trabajar en algún tiempo, así que delegué todo en las demás personas y comuniqué mi ausencia por un periodo de tiempo.

Me compré una cama hinchable que puse al lado de la nuestra, yo me movía mucho por las noches y tenía miedo a darle un golpe, estaba muy sensible y dolorido, era otra persona, miraba al infinito y así se pasaba horas.

Me acostumbré a cada media hora despertarlo, ducharlo, ayudarlo a ir al baño, que duro era verlo así.

Una mañana llame a mi hermano, necesitaba que se quedara con él, me iba a urgencias ya que me había dado un cólico, lo deje con Jose y me fui sola, necesitaba un pinchazo, no estaba muy mal, pero sabía por mis antecedentes que podían ir a más.

Cuando llegué el medico al decirle los síntomas me dijo que no era un cólico, así que me hizo varias pruebas, un rato después me estaba comunicando que estaba embarazada. Salí de allí en estado de Shock, pero no pensaba decirle nada por el momento, no sabía si esa noticia le podía causar algún problema de ansiedad al verse en ese estado, así que decidí guardar el secreto por un tiempo y no contárselo a nadie...

Conducía e iba llorando a mares, no sabía cómo controlar esa situación, creía que me iba a derrumbar, creía que mi mundo iba a complicarse cada día más, no era lo que deseaba en esos momentos, pero también tenía que luchar por esa parte nuestra que empezaba a crecer en mi interior.

Llegué a casa y fingí que el pinchazo me había dejado nueva, era incapaz de mirarlo a la cara, me dolía verle así, él me acariciaba la mano y me daba las gracias por todo, yo no dejaba de llorar, todo me estaba superando.

Desperté por la mañana y me puse a desayunar con Jose, lo había duchado y ya estaba menos ido, pero seguía igual, fui al baño y descubrí que

estaba sangrando, no me lo podía creer, volví a llamar a mi hermano y me fui a urgencias, le conté todo, me miraron y me dijeron que lo había perdido, debía quedarme ingresada, al día siguiente me haría un legrado, dije que no, que no podía que mi marido estaba grave y lo debía cuidar, todo esto me había pasado del estrés según el médico, lo de la pérdida, le dije que me iba, que iría a una clínica de pago, me lo harían en un rato y me iría para casa, el médico me dijo que no podía hacer nada para convencerme, en el fondo sentí que me entendió.

Fui a la clínica y me dijeron que a la mañana siguiente me lo harían, así que fui a casa con el corazón roto e intentando disimular y seguí sin contar nada a nadie, todo me lo estaba tragando solita, pero no tenía ganas de escuchar esos consejos que dirían por mi bien, pero que no aceptaría.

Pasé el día triste, llena de dolor en mi corazón y, sobre todo, llena de rencor hacia todo lo que la vida me estaba haciendo en estos momentos.

Al día siguiente me colé en la clínica, no quiero ni contar lo mal que me sentí allí sola, aunque la enfermera a la que le conté todo intentaba calmarme por todos los medios, salí de allí vacía, pero con fuerzas para luchar por el hombre que tanto amaba.

Los siguientes días eran ir y venir al médico con Jose, así diariamente, despertándolo cada media hora y visitas a los médicos, el cada vez hablaba más, se estaba recuperando, los médicos dijeron que aún era largo el camino pero que saldría de esta.

Llegaron las navidades, hacia un mes del accidente de Jose, faltaban pocos días para ese viaje a Tailandia que habíamos cancelado, pero no me quería quedar en Cádiz, no lo podía meter en un avión, pero tampoco me quería quedar en casa, aunque sabía que su estado no era para ir a ningún sitio, pero tenía que hacer algo.

Se me ocurrió irnos a casa de unos amigos a Galicia a pasar todas las fiestas, las familias nos llamaron locos, pero a mí me importaba tres pimientos lo que me dijeran, preparé mi BMW, el sillón del copiloto hacia atrás y una

almohada con una mantita para él, yo cruzaría conduciendo todo España, pero me iba, ¿estaba loca? ¡Si! Pero era mi locura, estábamos él y yo solos en esto, los demás iban y venían, así que quería huir de esos días tan trágicos que habíamos pasado.

Seis de la mañana, coche listo, Jose acomodado y lista para llegar en 12 horas a Galicia, él se quedó de nuevo rápido dormido, yo iba escuchando un cd que me había preparado con muchos temas, lloraba, sonreía, tenía un sinfín de emociones que eran imposibles de controlar.

Hice varias paradas, para repostar, desayunar, comer, merendar y al fin llegamos a Zamora, ya teníamos casi todo el camino listo, la nieve nos sorprendió así que hicimos el resto del camino en una carretera preciosa, rodeados de nieve y veía a Jose feliz, ya con su cara mejor, sin estar hinchada, el pelo casi le cubría esa aparatosa herida.

Por fin llegamos a Galicia, donde nos esperaban con los brazos abiertos....



## Capítulo 2

La noche buena fue buenísima, Jose hasta bebió alguna copa de vino y cenó como un campeón, el pobre necesitaba recuperarse estaba delgado de todo lo que le había pasado, aunque él siempre estuvo delgado, esta fuerte, ahora se le notaba débil.

Además, ese 24 deberíamos de estar en Tailandia, en una cabañita en el mar, pero estar junto a él ya me hacía feliz.

Dos días después me levanté y bajé a la cocina con el móvil, desayunábamos con nuestros amigos, en ese momento me llamó la de la agencia de viajes, imaginé que era para preguntar por Jose, la chica nos tenía mucho cariño y todo lo comprábamos con ella.

—Dime guapa, Felices fiestas.

—Natalia... — dijo con un tono preocupante.

—¿Qué pasa? — pregunté asustada.

—Dale gracias a la vida por lo que le ha pasado a tu marido...

—¿Por qué dices eso? — pregunté alarmada.

—¿No has visto las noticias verdad?

—¡No! ¿Qué ha pasado?

—Sabes que ahora deberíais estar en Tailandia, en ese precioso hotel que ya no existe...

—¡No te entiendo!

—Ha habido un Tsunami, han muertos todos los que estaban en el hotel, desapareció el complejo por completo, erais los únicos españoles que iban a estar allí... no sabes lo que me alegro que el accidente de tu marido os haya salvado la vida.

No me podía creer lo que me estaba diciendo, Jose me miraba sin entender de que iba la conversación, comencé a llorar mientras ponía la tele, efectivamente, se había liado el tsunami más gordo de los últimos tiempos, daba miedo ver las imágenes, Jose pronto supo que era Tailandia, se puso las manos sobre la cara, mis amigos estaban flipando, todo era surrealista, todo era una pesadilla que no terminaba de acabar...

Después del shock, pasamos los siguientes días alucinando, no se nos podía borrar aquello de la cabeza, además eran bombardeos de noticias de esa catástrofe, todo impresionaba, no he llorado más en mi vida, imaginar que nos hubiera tocado a nosotros, me ponía muy mal cuerpo.

El fin de año salimos por Galicia después de la cena, Jose lo pidió decidimos que cuando se cansara volveríamos para la casa, pero aguantó pasamos una noche preciosa de copas, al día siguiente se quería morir de la resaca, era para matarlo, pero tenía derecho a pasar una noche como la que habíamos pasado, al menos eso pensé, este bien o no, lo apoyé.

Volvimos el 3 de enero después de pasar todas las fiestas allí, Jose iba de vuelta super gracioso, ya iba mejorando aunque aún le faltaba mucho por

estar medianamente bien, pero ya se duchaba solo, conmigo al lado de seguridad pero lo hacía solo, venía todo el camino charlando, diciendo que para Marzo ya quería volver a trabajar, yo le decía que ojalá pero que debía tener paciencia, que se olvidara de eso, él siempre había sido muy trabajador e inquieto, siempre estaba arreglando alguna cosa u otra.

Los dos siguientes meses estaba ya medio en condiciones, empezó a aparecer por su empresa poco a poco, a ratitos hasta que le dieron el alta y se incorporó de nuevo, ahí fue cuando le conté lo que me había pasado del embarazo, miraba los papeles y no se lo podía creer, lloró como un niño chico y pedía perdón... ni que tuviera el pobre la culpa.



## Capítulo 3

Verano por fin, nos íbamos al Caribe, estaba claro que teníamos que celebrar que Jose estaba genial...

Volvía a estar nerviosa cuando el avión aterrizó. No sabía lo que me esperaba en aquel destino. En muy poco tiempo, me había convertido en un personaje de Julio Verne.

Jose estaba deseando ver las playas de México. Todo el mundo que conocíamos había hablado maravillas de la Riviera Maya.

Ahora que habíamos logrado hacer ese viaje todas nuestras ilusiones y deseos estaban puestas en que aquellas vacaciones salieran geniales. Yo era feliz al lado de aquel hombre y aquel hombre también era muy feliz a mi lado, como me había dicho muchas veces.

Todos los malos recuerdos y todas las desgracias que habíamos sufrido no significaban nada cuando estábamos juntos. Aquellos viajes que hacíamos eran una forma de escaparnos de esa realidad. Yo no quería pensar en cosas malas y Jose, tampoco. Nos habíamos ganado el derecho a ser felices. Él me lo había dicho en muchas ocasiones y yo le daba la razón. Lo que más me gustaba de Jose es que, cuando lo consideraba necesario, utilizaba las palabras justas para decirme lo que sentía y para hacer todo lo posible para que yo me sintiera bien.

Antes de aterrizar, Jose y yo estuvimos hablando.

—¿Tenías ganas de hacer este viaje? — preguntó él con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Claro que tenía ganas.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Natalia? —preguntó con intriga.

—No, ¿de qué? ¿No será otra de tus bromas?

—No, Natalia. Solo que me hace gracia. Antes no querías salir de España. Te daba un miedo enorme salir fuera de España, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, Jose. Pero también me di cuenta de que la vida son cuatro días y que hay que aprovecharla. Últimamente solo tengo ganas de disfrutar y de pasarmelo bien. No sé lo que ha pasado en mi vida exactamente para que piense así. No solo fue tu accidente, Jose. Tengo la sensación de haber vivido demasiadas cosas, como si hubiésemos corrido demasiado deprisa — dije yo con serenidad, como si fuese una persona madura.

—Quizás tienes razón. Quizás necesitamos pararnos a disfrutar. Yo creo que estas vacaciones nos van a venir muy bien — dijo él confiado.

Aterrizamos y nos vinieron a recoger enseguida. Se notaba que todo aquello estaba diseñado para el turismo. Al bajar del avión, me costaba respirar. Noté enseguida el calor y la humedad de aquel sitio.

Jose iba callado. Yo creo que estaba tan nervioso como yo. Habíamos leído maravillas de Playa del Carmen donde estaríamos esos nueve días. A lo largo de estos años, me había dado cuenta de que teníamos una especial conexión con el mar y con la playa.

Aquellos eran nuestros mundos. El amor de nuestra adolescencia estaba marcado por las olas, por la bajada y por la subida de las mareas, por las noches en las dunas, esperando al amanecer. Recuerdo que, después de bailar, solíamos perdernos en la arena y eso era precisamente lo que los dos queríamos de estas vacaciones, volver a perdernos en la arena, en la playa, frente al mar. Nos encantaba ver el amanecer y estar los dos juntos para comprobar que era cierto, porque el mar se incendiaba y el cielo se reflejaba sobre las aguas. Aquella experiencia maravillosa era la que deseábamos.

Nos alojamos rápidamente en el hotel. Era un sitio fantástico. Había spa, piscinas de todas las clases, bares, restaurantes. Yo estaba alucinando y Jose, también. No nos daba tiempo a mirarlo todo. Cuando llegamos a la habitación, era media tarde. Yo estaba agotada por el viaje, que había sido una paliza.

Jose también estaba cansado. Nos tiramos a la cama y respiramos hondo. Estábamos en silencio y aquel silencio nos gustaba porque se podía escuchar las olas del mar. Esa era nuestra música, además de Eros Ramazzotti.

La temperatura era agradable. Pero yo no estaba dispuesta a quedarme en la cama, pese a lo cansada que estaba. Quería recorrer aquel mundo que tenía delante de mí. Habíamos hecho ese viaje con la intención de pasarlo genial. Jose cerró los ojos. Estaba a punto de dormirse. Pero yo le di un codazo que enseguida se despertó. Le di un susto que casi se muere.

—Vamos a la playa —dije yo decidida.

—Joder, Natalia. No me dejas descansar nada — se quejó él.

—No estamos aquí para descansar, ¿me oyes?

—Sí, Natalia, solo te pido media hora. Estoy reventado.

—En la playa te relajas, aguafiestas. No sé cómo puedes estar aquí durmiéndote, teniendo delante esa maravilla.

Me acerqué al balcón y comprobé que el mar, el inmenso mar estaba allí. Jose me siguió y al ver lo que también estaban viendo mis ojos se emocionó. Se acercó por detrás y me cogió de la cintura y posó su barbilla sobre mi hombro éramos un solo rostro mirando hacia las olas. La brisa acaricia va nuestra piel. Yo me estremecía.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? — pregunté con los ojos vidriosos.

—Claro que lo estoy viendo. Estamos en el paraíso de nuevo — contestó él espontáneamente.

—Tienes razón. No quiero perderme el atardecer en este sitio — dije yo con decisión.

Abrí la maleta y me puse un bikini con un estampado de corazones que me quedaba genial. Cuando Jose me vio con él puesto, no se lo pensó. Se lanzó a por mí y me cogió en sus brazos, y me tiró a la cama. Yo no sé de dónde demonios había sacado las fuerzas de repente.

—El atardecer puede esperar un momento — sentenció él.

—Es verdad. Puede esperar.

Me puse a besarlo por todo su cuerpo. Se había quitado la camiseta

rápidamente. Yo estaba sentada sobre su cintura y enseguida noté que su miembro pedía guerra.

—Ya tienes el cohete a punto del despegue — dije yo sin dejar de reír.

—Claro, si es que te pones unos biquinis que yo me pongo malo enseguida. No me puedo contener, Natalia.

—Tú no te contengas. Tú hazme lo que te apetezca. Estamos de vacaciones, cariño. De vacaciones — repetí yo con morbosidad, intentando decirle que este no iba a ser el único polvo que íbamos a echar esa semana.

—Me tienes loco, — dijo él sonriendo y con ansiedad.

—Déjate de tonterías y date prisa que el atardecer se nos escapa — repuse yo conteniendo la excitación.

Porque Jose me estaba poniendo a cien. Mi tanga estaba ya mojado y quería que aquel polvo fuese la inauguración de nuestra habitación, una forma de celebrar de forma fantástica nuestras vacaciones. Y así sucedió que él se aceleró, que tiró al suelo la parte de arriba de mi precioso bikini. Se puso a comerme los pechos como si estuviese loco.

Me encantaba cómo lo estaba haciendo, porque me gustaba ese Jose que se mostraba repentinamente feroz, como poseído por el mismísimo diablo. Yo no hice nada. Solo movía mi cintura. Bailaba sobre él hasta que no pudo aguantarlo más y su miembro entró en mí y yo sentí que esa fuerza que a él tanto lo excitaba entraba también en mí. Para poseerme, para hacerme suya.

Aunque no os lo creáis, me puse a llorar mientras sucedía todo eso, porque era feliz, porque hacer el amor en aquel entorno me hacía el ser más feliz del mundo. Jose no se dio cuenta. Yo comencé a gemir y eché mi cabeza hacia atrás para que él tirara de mi pelo con cada embestida de su miembro dentro de mi cuerpo.

Me gustaban los polvos rápidos. Bueno, me gustaban toda clase de polvos, pero eso, en los que Jose parecía no tener el control de las cosas, me excitaba especialmente. Dios, cómo me ponía todo aquello.

Yo también perdí el control. Yo también caí en aquella tentación continua que era mi Jose. Caí sobre su pecho cuando tuve el orgasmo. Mi respiración entrecortada acompañaba la suya. No sé qué me pasaba, pero cada polvo parecía mejor que el anterior. A Jose no se lo iba a decir porque tampoco quería que se lo creyera mucho.

Porque mi chico, y supongo que muchos hombres, se ponen muy chulos cuando les dices una cosa así. Noté que él tardaba en recuperarse, eso significaba que yo había estado a la altura de las circunstancias. Nos metimos en la ducha para quitarnos el sudor de encima. Queríamos ver el atardecer. No era la primera vez que, después de tener sexo en la cama, nos metíamos en la ducha y allí comenzábamos de nuevo a armarla.

Me puse un pareo y José se puso una camisa blanca, en plan ibicenco, y unas bermudas. Salimos a la terraza del hotel donde se podía divisar la piscina y los bares que la rodeaban. A lo lejos, estaba el mar. Y el sol se hundía en las aguas. El fuego se hundía en aquel fondo azul oscuro. La sensación era muy agradable.

—¡Qué bonito!

—Lo es tío, estoy flipando en colores, es más, estoy por quedarme aquí a vivir para siempre.

—Pues nada, te quedas aquí y yo vengo una vez al año a verte.

—¡Estúpido!

—Si encuentras trabajo para los dos, acepto vivir aquí — pellizcó mi mejilla si dejar de sonreír, para comérselo vamos.

No nos lo pensamos dos veces así que nos fuimos directos a la playa. Corrimos como dos quinceañeros hasta el agua, como si volviésemos a esos tiempos de adolescentes donde el que llegaba el último tenía que invitar a cervezas. Nos refrescamos. Aquellas aguas me hicieron sentir muy bien. Me hundí en el fondo. Jose se puso a buscarme porque no me encontraba. De repente, salí por detrás de él y le pegué un susto. Él se puso a reír como un loco.

Estábamos emocionados. Aquella playa era un sueño hecho realidad. El sol ya desaparecía al fondo. Las arenas se volvían oscuras y, sin embargo, todo parecía demasiado hermoso, demasiado bonito para ser verdad.

Escuchábamos desde el agua unos ritmos de baile. Ya habían puesto música en la discoteca del hotel. Desde donde estábamos, podíamos ver algunos turistas que comenzaban a bailar en la terraza. Me gustaba ver que la gente se lo pasaba bien. A veces no nos damos cuenta, pero necesitamos saber que otros como nosotros también están disfrutando. Ya habíamos pasado demasiados momentos de tristeza, ahora yo era feliz con Jose y él también era feliz viendo a los demás cómo reían y se lo pasaban genial.

Me abracé a mi marido. Flotábamos en la superficie. Ni una sola ola. Solo el horizonte y nosotros, allí perdidos, como si fuésemos de nuevo esos dos naufragos que necesitan la soledad para amarse, para conocerse mucho mejor. Yo miraba a Jose y él me correspondía con otra mirada, llena de alegría y también de picardía. No sé en lo que estaba pensando.

Pronto lo iba a saber. Cuando me di cuenta, no tenía la parte de arriba del bikini. Se le daba muy bien hacer ese tipo de cosas. Sin que yo hubiese notado sus manos ni sus dedos, el muy cabrón me había quitado el nudo. Yo me sonrojé. Parece mentira que hiciera eso en aquel momento. Me estaba dando una vergüenza tremenda. Tenía miedo de que alguien me viera y me pudiera echar una foto. Jose se puso a reír y sacó del agua la parte del sujetador. Se puso a ondearla como si fuese una bandera y de repente la lanzó lejos. Yo no sé qué locura le había entrado de repente, pero la había hecho buena.

Ahora, ¿qué demonios íbamos a hacer para poder recuperarla? Yo no

sabía si reírme o enfadarme como siempre acostumbraba.

—¿Estás loco? ¿Cómo haces eso? Me van a ver los pechos, Jose.

—Se está haciendo de noche. Nadie va a ver nada — dijo él sin dejar de reírse.

—Pero, ¿cómo voy a entrar así al hotel? Me va a ver todo el mundo, idiota, que eres un idiota.

—Tienes el pareo. Eso te tapa — y el muy gilipollas siguió riéndose.

—No me jodas. Con el pareo se transparenta todo. ¿Aún no te has dado cuenta, Jose? Parece que eres muy corto, la verdad — dije yo entre enfadada y confusa, confusa porque no sabía si podría recuperar la prenda y porque todo el mundo se iba a fijar en mí si salía sin la parte de arriba.

—Joder, Natalia. Solo quería gastarte una broma.

—¿Una broma? Pues la has liado bien. Ya puedes ir a buscar el bikini que vale además un ojo de la cara. Me lo compré en una boutique — dije yo muy fina.

—Pronuncias muy bien el francés, Natalia. ¿Dónde lo has aprendido? — dijo él riéndose en mi cara.

—Lo aprendí en la vendimia, no te jode. Corre a por el bikini, que ya no lo veo. Qué tonto te pones cuando quieres, Jose.

—Mañana te dejo que te compres dos — guiñó su ojo.

—Mañana me voy a comprar los que me salgan de mi tarjeta, que para eso curro.

—Curras por qué quieres...

—Por supuesto, no me gusta que me mantengan — saqué mi lengua...

—Hombre para mantenerte a ti, se necesitan 5 sueldos — soltó una carcajada.

—¿Me estas llamando gastosa?

—Nooooo, solo un poco mucho caprichosa.

—Tonto eres hijo — dije enfadada, aunque tenía toda la razón del mundo, era muy caprichosa.

La verdad es que la había liado bien. No se veía el sujetador por ninguna parte. Yo estaba dentro del agua más que abochornada. Me iba a dar un ataque. El pareo no iba a taparme nada. Tendría que correr por detrás de las hamacas e intentar buscar alguna puerta que me llevara a mi habitación sin que nadie me viera. Pero yo no tenía ni idea de la distribución de aquel hotel. Acabamos de llegar. Jose se sumergió en el agua y comenzó a bucear. Estaba ya casi oscuro. Las estrellas comenzaban a brillar en el cielo. Aquel escenario era precioso, pero yo tenía la cabeza en otro sitio. Mi marido tenía que recuperar el bikini como fuera.

De repente, deje de ver a Jose. No sabía dónde se había metido. Comencé a ponerme muy nerviosa. Yo sabía que Jose podía estar varios minutos debajo del agua. Pero aquello no me gustaba nada.

No veía burbujas por ninguna parte y el mar estaba completamente quieto. La gente había comenzado a bailar en la terraza. Como saliéramos en aquel momento, todo el mundo iba a mirarnos. Se encendieron unas farolas que iluminaban la zona donde estábamos bañándonos. Jose seguía sin aparecer. Yo empecé a gritar como una loca. ¿Dónde se habría metido aquel gilipolla? No merecía otro calificativo. Al momento, vi que su figura salía del agua con el bañador en la boca y se puso a nadar como un loco.

Me lanzó el bikini y yo lo cogí al instante. Pero escuché enseguida de su

boca y saliera corriendo del agua. Porque había visto a un tiburón mientras buceaba para encontrar la prenda. Al oír aquella palabra, me puse a temblar y, como si llevara un petardo en el culo, salí disparada.

Salí a tal velocidad que adelanté incluso a Jose y me quedé en la arena recuperando el aliento. Estaba nerviosa y miré hacia la orilla.

Comprobé que Jose que salía caminando tan tranquilo. El muy gilipollas no había tenido bastante con el bikini que también me había gastado la broma de que había un tiburón en la playa.

—Me voy a cagar en todo, Jose. Ahora sí que te has pasado — dije yo más que enfadada.

—No te he gastado ninguna broma. Es verdad. Vi una sombra en el agua y pensé que era un tiburón, de esos, de arrecife — siguió él con la broma.

—Allí no había nada, Jose. Y me has asustado mucho. ¡¡¡Casi me da un infarto, idiota!!! — grité y me puse el bikini.

—Si no me ha dado el infarto a mi aguantándote, no te dará a ti ninguno.

—Desde luego, que tú lo de romántico lo dejaste en los huevos de tu padre.

—Que mal hablada eres...

—Perdón ¡Señor licenciado!

—Licenciado en aguantarte... — sonrió.

—Paso de ti — puse cara de pocos amigos, mi semblante ya era otro.

—¿Pasas de mi para siempre?

—Para todo lo que queda de mi preciosa vida...

—Preciosa eres tú...

—Ahora no vengas a pelotearme, no me toques las narices...

—Ven dame un beso — me jaló del brazo y yo me desprendí de un manotazo.

—Desde luego que cuando te pones tonta eres el número uno.

Noté que había gente de aquella terraza que miraba hacia donde nosotros estábamos. Aunque estábamos un poco lejos, me dio un corte bestial. Pensaba que me habían visto los pechos. Yo no sabía qué hacer. Estaba a punto de mandar a la mierda a Jose y no hablarle en todo lo que nos quedaba de vacaciones. Intenté respirar y contar hasta diez, pero no hubo forma. Me quedé allí plantada para cantarle las cuarenta.

—No voy a hablarte, Jose. Lo que has hecho no te lo perdono. Hay un puñado de gente que nos está mirando — dije yo dolida con la actitud de mi marido.

—No digas tonterías. No nos mira nadie. A ver si te crees que eres la Pantoja — dijo él muy cabrón.

—Ahora sí que me has enfadado de verdad. Vete a la mierda — mi voz sonó fuerte y contundente.

—¡Natalia, no seas tonta! Son bromas. Perdóname si me he pasado.  
¡Perdóname! —suplicó él yendo tras de mí.

—¡Que te follen!

Escuché la carcajada que le salió.

—Pues mira, no me vendría mal.

Yo estaba muy cabreada. No me esperaba que Jose hubiera hecho una cosa así. No sé lo que se le había pasado por la cabeza. Yo me lo tomé muy mal y cogí mis chanclas, y me fui directamente a la habitación. No me apetecía cenar con él ni hacer nada, por lo menos esa noche. Estaba también agotada. Aquellas bromas estúpidas me habían cerrado el estómago. Además, tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de echarme a llorar.

El muy idiota había conseguido que esas vacaciones empezaran fatal. Vi que él me seguía y que su rostro reflejaba preocupación. Pero a mí aquello me daba igual porque, como le había dicho, se había pasado tres pueblos con lo del tiburón. Y sabía que ese tipo de cosas me daban un miedo terrible. Cuando vi la película de Spielberg, no me bañé aquel verano. Era todavía una niña cuando vi aquella película.

Pero, al igual que mucha gente, tenía pesadillas con el hecho de que, en el agua, apareciera una criatura de ese tamaño, capaz de comernos por los pies como si fuésemos un pinchito de tortilla.

Llegamos a la habitación y me metí en la ducha.

—Me he pasado, Natalia. Me he pasado. — dijo él con voz temblorosa.

De repente, a mí me dio por reírme, porque me di cuenta de que el tío iba muy en serio. Este estaba trastornado. Yo creo que el vuelo le había afectado en la cabeza. La presión dentro del avión lo había agilipollado, pensé.

—Anda, deja de hacer el tonto y vístete. Llévame a cenar. Que tengo un hambre que me muero, por Dios — dije con mi acostumbrada espontaneidad.

—¿Tú estás loca? ¿Lo sabes? — replicó él entre cabreado y mosqueado.

—No, si quieres dejo que sigas haciendo el tonto, que pareces un

príncipe de cuento. Estás ridículo, Jose. Qué poco te pega eso.

—No tienes remedio — soltó una preciosa sonrisa y me abrazó.

Bajamos al restaurante. Todo estaba lleno de luces y colores. Los camareros nos dieron la bienvenida. Yo estaba alucinando porque todo era fiesta a mi alrededor. Había muchísima gente guapa y vestían de forma elegante. Pude ver que también había muchas parejas como nosotros.

Eran parejas de recién casados. Yo prefería por el momento estar a solas con Jose. Nos quedaban muchos días y no quería por el momento relacionarme con gente, no fuera a ser que me llevara una decepción. No quería que nos cayera encima alguna pareja de pesados que no nos dejaran ni a sol ni a sombra. Nos colocaron en una mesa que estaba cerca de la pista de baile. Aquella música me estaba encantando. Mezclaban baladas románticas con toda clase de ritmo del Caribe.

Mi corazón se aceleraba. Estaba excitada. Después de cenar, José y yo íbamos a bailar. Tomaríamos, además, algunos de aquellos exquisitos cócteles que estaban sirviendo en la barra. Mi marido también estaba muy contento de estar allí conmigo.

—Esto es fantástico — susurré yo emocionada.

—Te lo mereces, Natalia. Eres una mujer maravillosa y te mereces esto y más — dijo él con cara de bobo.

—A ver si vas cambiando de frase que siempre dices lo mismo, joder. Pareces un disco rayado.

—Desde luego, me intento poner romántico y es que es imposible contigo — soltó una carcajada.

—Ya te he dicho que odio el romanticismo. A mí dame playa y un Bloody Mary detrás de otro —añadí yo burlándome de esa ternura que él quería ponerle al momento.

—Ok, capto la idea.

Sin que nosotros lo pidiéramos, los camareros empezaron a servirnos unos platos exquisitos. Se trataba de un menú de degustación donde el marisco, las verduras a la plancha y las carnes jugosas formaban parte de todos los platos. Yo me pegué un atracón. Me daba igual si luego me dolía la tripa. Quería disfrutar de cada uno de aquellos majares. Jose me miraba boquiabierto. Nunca me había visto comer así. Se reía cuando mis ojos hacían chiribitas ante cada uno de los platos que llegaban a la mesa.

Yo tampoco podía contener la risa, pero me daba igual. Lo que quería era comer. El vuelo y el baño en la playa me habían abierto el apetito. Jose empezó a preocuparse al verme a comer así. Me preguntó varias veces si estaba embarazada y yo le dije que no. Como no paraba de insistir, al final tuve que mandarlo a paseo.

Cuando mejor estábamos allí, apareció cerca de nosotros una chica que parecía noruega o sueca. Tenía un cuerpo espectacular y llevaba el pelo largo. Pude ver que miraba a Jose con intención de que Jose la mirara a ella.

Aquello no me gustó nada. Me cortó el rollo. Yo la miré entonces desafiándola y ella bajó los ojos y se marchó. Jose no se había dado cuenta de aquello, pero yo me quedé un poco mosqueada. Preferí no darle importancia y seguimos nuestra velada como si nada hubiese pasado.

Cuando terminamos de cenar, salimos a la pista. Yo no podía moverme. Estaba a punto de reventar, pero aun así me puse a bailar como solía hacer cada vez que sonaba la música en aquel karaoke donde trabajaba, cuando tan solo era un adolescente. De repente, el cansancio había desaparecido. Después de estar un buen rato bailando junto a Jose, nos acercamos a la barra y pedimos algunos de aquellos cócteles que habíamos visto antes. Estaban riquísimos. Mezclaban el azúcar y el alcohol de una forma extraordinaria.

Yo no sé si era el calor o que estábamos muy cómodos allí, pero empezamos a beber sin parar. Hubo un momento en que la cabeza me dio

vueltas y además nos dio por reírnos a los dos de todo lo que había pasado en el agua. Jose me cogió de la mano y me llevó de nuevo a la playa. Nos encantaba hacerlo. Nos gustaba mucho pasear por la noche cerca de la orilla. Yo no sabía ni siquiera dónde estaba el mar por la borrachera que llevaba ya encima.

Pero me daba igual. Notaba que estaba feliz y llena de vida. Jose no paraba de besarme en los labios cada vez que podía. Llegamos a la orilla del mar y allí nos sentamos. De nuevo volvíamos a hacer esos quinceañeros que se besaban en la playa. Las estrellas de la noche temblaban en el cielo y yo, aunque mareada, podía darme cuenta de lo bonito que era todo a mi alrededor.

Los primeros días pasaron así en aquel complejo hotelero. Habíamos ido allí para relajarnos. Yo me pasaba el día dentro del agua de la piscina y con un cóctel en la mano. Jose me hacía compañía. De vez en cuando nos íbamos a la playa, pero lo que teníamos claro es que los días que íbamos a pasar allí sólo íbamos a pensar en los placeres más sencillos: comer, beber, dormir, bailar y follar. Perdón, quería decir hacer el amor. Que a veces se me escapan sin querer algunas palabras que no debía poner aquí, pero ya que me he tirado a la piscina, pues para que voy a cortarme...

Fue un miércoles cuando volvió a pasar aquella rubia por la piscina. Yo había ido un momento al aseo y, cuando salí, vi que Jose estaba hablando con aquella chica dentro del agua. La tía llevaba un bikini de leopardo que enseñaba más que escondía.

Yo no quería montar un número allí mismo. Jose sabía de sobra que a mí ese tipo de cosas no me gustaban. Como llevaba ya más de una copa encima, me dije que yo haría lo mismo. Me acerqué a la barra del bar que estaba dentro de la piscina y me quedé allí sentada. Jose parecía haberse olvidado de mí.

La chica seguía hablando con él y se mostraba muy simpática. La tía no paraba de reír y de vez en cuando sus dedos rozaban el hombro de mi José, como si quisiera jugar con él en cualquier momento. Mi cabeza era una olla a presión. Yo me estaba poniendo enferma. De repente, se sentó a mi lado

un chico bastante guapo. Dio la casualidad que se trataba de un español, porque pidió dos cervezas con un acento andaluz que era inconfundible.

Yo le lancé una mirada felina, como si quisiera devorarlo allí mismo.

—Hola, guapa —me dijo.

—Hola — dije yo muy sonriente, ni que fuera el anuncio de Profident, pero si Jose no venía, la llevaba clara.

Los Bloody Mary que me estaba tomando entraban como si fuesen agua mineral, así que perdí el sentido de la vergüenza y del ridículo.

—¿Eres de aquí? — preguntó de forma estúpida.

—Sí, no te jode, soy una mujer selvática. ¿Cómo voy a vivir aquí? Soy de Cádiz — reí mientras le soltaba aquello.

—Yo soy de Málaga. Estamos muy cerca.

—Fíjate tú, hemos tenido que venir a la Riviera Maya a conocernos, lo que es la vida — añadí yo haciéndome la simpática.

—Yo me llamo Rubén y he venido con unos amigos. Es mi despedida de soltero, ¿sabes?

—Joder, ¿y te vienes a México? Tu novia, ¿dónde se ha ido? ¿A China?  
— bromeaba mientras le guiñaba un ojo.

El tipo me había caído bien. Yo estaba haciendo todo lo posible para que aquella conversación durara. Se notaba que estaba a gusto conmigo. Me fijé en Jose, que se había dado cuenta de que yo estaba ligando con aquel chico. La diosa rubia había desaparecido de la piscina y pude ver que mi chico estaba muy, muy mosqueado. Me daba igual. Pensaba seguir con mi juego. Porque no había derecho a que él me hiciera aquello. Ya sabía lo que me dolía todo ese tipo de cosas. Me podéis llamar celosa, pero yo había

sufrido mucho por recuperar a mi marido. Y no me gustaban aquella clase de juegucitos que se traía entre manos.

—Bueno, Rubén, me ha encantado hablar contigo. Me voy que mi marido me espera —dije yo con toda la cara del mundo.

El tío aquel se quedó a cuadros cuando se enteró de que yo tenía marido. Yo creo que él pensaba mojar esa noche conmigo y ahora acababa de dar un corte que se había quedado de piedra. Jose estaba serio. Me acerqué a él y miró hacia otro lado. Quería evitarme. Pero yo le dije lo siguiente.

—¿No te ha gustado, verdad? — le pregunté con maldad.

—No, no me ha gustado — respondió serio.

—¿Qué hacías tú con la rubia, Jose?

—Natalia, solo quería hablar conmigo un rato. Es una alemana que está estudiando español y quería mejorarlo —dijo él con todo el morro.

—¿Tú eres tonto o te lo haces? Yo creo que era una alemana que quería estudiar a un español, no aprender español, ¿me oyes? — mi voz no sonó a broma.

—Joder, eres muy celosa.

—Jose, no me jodas. Que aún me voy con el Rubén, ¿me oyes?

—Está bien, Natalia. Ha sido culpa mía. Siento haberte ofendido, cariño.

—A mí no te me pongas tan formal. La has cagado y ya está.

—¡Qué celosa eres!

—Me cago en tu vida, Jose, ¿Yo celosa? A que me voy con el Rubén

toda la noche de cachondeo y vemos quien es el celoso.

—Vete, pero cuando vuelvas no me busques — dijo en tono serio.

—¿Celoso? — pregunte dirigiéndome de nuevo a la barra acuática.

—No, dolido simplemente con tu aptitud.

—Pues te tomas un ibuprofeno.

—Aire me voy a ir a tomar.

—Todo el que quieras — dije bordemente.

Aquella tarde volvimos a tener sexo del bueno en la habitación del hotel. Cada vez que discutíamos, la reconciliación era bestial. Yo he llegado a pensar muchas veces que él lo hacía a propósito para que yo me pusiera a cien cuando me tocara.

El paraíso no acababa en la playa. Después de pasar unos días en aquel complejo, Jose alquiló un coche y nos fuimos a Tulum. Ahora sí que empezaba el paraíso de verdad. Nunca pude imaginar que existía en lugares así en la tierra. Visitamos la ciudad maya. Cuando yo me coloqué delante de aquellas ruinas, sentí algo extraño. Sentí que yo formaba parte de aquella historia que guardaban aquellos muros. Jose tuvo la misma sensación. Rodeados por la selva, estábamos en el centro de una ciudad que había servido de culto para muchos dioses. El hecho de saber eso me erizaba la piel.

Lo más alucinante es que, cerca de las ruinas, te encontrabas de nuevo el mar, ese horizonte azul que tanto nos emocionaba a Jose y a mí. Nos dimos un baño mientras contemplábamos la ciudad maya. Estábamos rodeados de vegetación, pero también de un gran misterio, el misterio que se escondía detrás de aquellas murallas donde seguramente mujeres y hombres fueron sacrificados para alabar a un dios.

Lo mismo nos sucedió cuando visitamos las ruinas de Coba. Estaban a

una hora de las ruinas de Tulum. Las pirámides y edificios estaban en el interior de la selva. Pensábamos que, en cualquier momento, iba a salir por allí Indiana Jones. Jose no paraba de subir y bajar los templos, y de explorar todo aquello, yo me esperaba abajo haciéndole fotos, un mojón iba a subir yo con esa calor y humedad. Olía la aventura enseguida. A mí me estaba poniendo muy nerviosa. Le dije que se estuviera quieto y que me echara fotos, joder, que al final no me iba a llevar ningún recuerdo de todo aquello.

A los dos días, nos llevaron a la Isla Mujeres donde hicimos submarinismo. De nuevo, descubrí que existe otro mundo más allá de mis ojos. La belleza que había en la profundidad de aquellas aguas cristalinas no se puede describir con palabras. Hay que ir allí para descubrirlo. Poco a poco, me estoy dando cuenta de que este libro también es una invitación para que disfrutéis de esos paisajes que a mí me han cambiado la vida.

Cuando estábamos a punto de acabar nuestro viaje, visitamos Cozumel. Llegamos en ferry desde Playa del Carmen. La isla era preciosa, pues es un acuario natural de flora y fauna marina. Yo no imaginaba que existiese un lugar como ese delante de mis ojos. Me sentía alguien inferior, pues toda aquella belleza me hacía sentir pequeña, como algo insignificante. Jose tenía la misma sensación al ver que yo me emocionaba con aquella naturaleza.

Ahora que escribo sobre todo esto, me doy cuenta de que aquel viaje no fue más que otra forma de saber que siempre estaríamos juntos, que ese tipo de experiencias son únicas si se comparten. Aunque, pensándolo bien, el mayor viaje que habíamos hecho hasta ahora había sido nuestra vida, uno al lado del otro.



## Capítulo 4

Terminé de salir del coche que habíamos alquilado y me quedé mirando la preciosa imagen del Malecón.

Volvía a estar en Cuba, pero esta vez, vestida de novia.

Habíamos llegado a la isla la noche anterior. Jose, yo, algunos amigos más íntimos y familiares. Habíamos decidido pasar nuestras vacaciones en este país que tanto nos había enamorado, y yo, como era una loca de primera y si algo se me venía a la cabeza, tenía que hacerlo, pues ahí estaba, con un largo y espectacular vestido blanco para casarme por segunda vez con el hombre de mi vida.

Como una puta cabra, vamos. Pero es que me gustaba demasiado la parafernalia.

Por eso, imagino que Jose no puso ninguna pega cuando, hablando de qué haríamos en las vacaciones, le dije: Casarnos en Cuba.

Aún recuerdo su cara neutral mientras me miraba. Yo ya tenía pensados decenas de argumentos para cualquier pretexto que quisiera poner, pero, como siempre, me descolocó. Me miró, se encogió de hombros y dijo: Vale.

¿Y ya está?, pensé.

Pues sí, ya estaba. Familia, amigos, maletas y todos para Cuba a acompañarnos en nuestra segunda boda.

Bajé la mirada hacia mis pies, contemplando el vestido de nuevo. Estaba enamorada de él desde el primer momento en que lo vi. Jose me había demostrado que los flechazos existían, pero nada en comparación con ese perfecto vestido que me hacía suspirar y...

—Natalia, estás preciosa. El vestido es perfecto. ¿Pero quieres hacer el favor de moverte?

Me giré cuando la voz de Jose me sacó de mi ensueño. Me moví un poco y dejé que saliera del coche. Ni protocolos ni mierdas, yo había salido rápidamente y al pobre lo había dejado allí. Para matarme...

—Así no se le habla a una novia el día de su boda —gruñí.

—No si la novia se comportara como una novia normal.

Me callé ante su respuesta, no tenía cómo replicar a eso.

Salió del coche y se puso frente a mí.

—¿Preparada?

—No —negué con la cabeza—. Mierda, Jose, estoy más nerviosa que la primera vez.

—Normal, vas a volver a darme el Sí, quiero. No hay que estar muy bien de la cabeza para eso.

—No, desde luego —resoplé bromeando—. Con todo lo que te soporto, tengo el cielo ganado.

Su carcajada me hizo sonreír, sabía bien cómo relajarme. Y que no debía de llevarme la contraria cuando estaba nerviosa. Y, en ese momento, lo estaba.

Me agarré a su brazo y nos acercamos hacia donde todos nos esperaban. Fue una ceremonia corta, una simple aceptación de los votos, pero muy especial. Sentía cómo todos estaban disfrutando y eso me hacía sentirme bien.

Tras el beso como marido y mujer y el abrazo a nuestros acompañantes, volvimos a montarnos en el precioso y antiguo coche y dimos un paseo por la ciudad. Cuando llegamos a la cervecería de la plaza vieja, ya estaban todos allí, comiendo y bebiendo.

Ignorándonos...

A más de uno le tuve que dar una colleja para que nos saludaran, sería posible...

El día fue de lo más bonito, luego de callejear y beber por toda La Habana, nos fuimos a una discoteca, era de lo más bonita, al aire libre, terminamos allí la velada, bailando y emborrachándonos como si no hubiera un mañana.

El alcohol se nos fue de las manos. Estábamos agotados por el viaje del día anterior, apenas habíamos tenido tiempo para descansar, pero ¿qué importaba? Era un día para desfasar: beber, comer, cantar, bailar...

Y llegar como una cuba al hotel.

—Jose, me meo... —resoplé de nuevo.

—Espera, que creo que nos han cambiado la cerradura.

—No puedo esperar, me lo haré encima.

—Joder, Natalia. Espera un segundo.

—Mierda, que no puedo. ¡Jose! —dije demasiado fuerte mientras él intentaba meter la llave en la cerradura de la habitación y yo creía que no me daría tiempo a llegar al baño.

Miré a mi alrededor, buscando una maceta o algo donde...

Ya me acercaba a ella, subiendo el traje, cuando Jose me cogió por la cintura, en peso, y me metió dentro de la habitación, dejándome directamente al lado del váter.

Me quedé mirándolo y él, tan tranquilo, se cruzó de brazos.

—Jose... —dije haciendo el baile típico cuando tu vejiga está a reventar y ya no vas a soportar la presión mucho más.

—¿No que tenías tantas ganas?

—Y las tengo. ¿Puedes...? — le señalé la puerta.

Él giró la cabeza, miró hacia donde le señalaba, volvió a mirarme y levantó las cejas. Se movió y, justo cuando pensé que me había entendido, cerró la puerta del servicio y él se quedó dentro, volviendo a su sitio, frente a mí.

Porque no tenía nada a mano que, si no, iba directo a su cabeza.

—¿Pero qué haces?

—No sé, te cerré la puerta, ¿no querías eso? —arrastraba las palabras, así de bebido iba.

—Sí, quería eso, pero contigo fuera.

—Natalia, por Dios, que estamos casados. Me conozco tu cuerpo mejor

que tú misma.

—Jose, te juro que me lo haré encima. ¡Déjame hacerlo en paz!

—No entiendo tu complejo. Es muy fácil, mira.

Y, ni corto ni perezoso, me empujó un poco, desplazándose. Levantó la tapadera del váter, se desabrochó la cremallera y...

—No me lo puedo creer —gemí.

Vale, no era la primera vez que lo veía hacer sus necesidades fisiológicas delante de mí, pero ¿tenía que ser en ese momento cuando yo estaba a punto de reventar y lo que menos necesitaba era escuchar cómo sonaba un líquido?

—¡Pero serás idiota!

Le di en el hombro y lo moví, haciendo que manchara todo el váter, pero me daba igual. Ya me había puesto de mala leche, Jose era experto en sacarme de mis casillas a la primera de cambio.

Seguí empujándolo mientras él intentaba guardar a su amiga dentro de los pantalones, abrí la puerta, lo eché y cerré de un portazo.

Miré el váter con cara de asco.

Al final, terminé desnudándome y haciéndolo en la bañera. Asqueroso, lo sé, pero para lo que me importaba en ese momento.

Cuando llegué a la cama, mi esposo estaba dormido, acostado boca arriba y roncando. Para una foto, vaya. Acababa de cargarse mi segunda boda.

Así tienes una excusa para que te deba una tercera, pensé para mí misma.

—Ni lo sueñes —gimió él medio dormido, habiendo escuchado mis pensamientos.

Con una enorme sonrisa en los labios, me abracé a él, quien, a su vez, me abrazó y nos quedamos sumidos en un profundo sueño.

—No me da la gana —gruñí.

—Venga, Natalia, es tarde.

—Me da igual, estoy de vacaciones —cogí la almohada y me la puse por encima de mi cabeza.

—Por eso, ya tendrás tiempo de descansar cuando estés en España, ahora nos vamos a la playa.

—La playa no se moverá del sitio —moví mi culo exageradamente cuando él se sentó encima, intentando que se quitara—. Deja de fastidiarme, Jose.

—Venga, Natalia, sabes que no puedo quedarme quieto.

—¡Pues vete tú! —grité sacando la cabeza de mi escondite— Joder, Jose, déjame descansar, aunque sea un poco. Ve con alguien, no sé, no me necesitas.

Se tumbó a mi lado y acarició mi cara con sus dedos.

—Me apetece estar contigo, no con nadie.

Lo miré extrañada.

—A mí también me apetece estar contigo, cariño. Pero anoche bebimos mucho, me duele la cabeza, ¿no podemos descansar un poco más y ya después nos pasamos el día en el agua, si es lo que quieres?

—¿En el agua? ¿Tú y yo? —la voz le había cambiado y sabía que esa simple frase lo había excitado.

—¿No tienes resaca?

—Ninguna —pegó su cuerpo al mío, su erección clavada en mi vientre.

—No tengo escapatoria, ¿verdad?

Me miró unos segundos antes de decir: Ninguna. Se tumbó sobre mí y devoró mi boca. La noche anterior no habíamos “consumado” el matrimonio, así que parecía que esa vez sí lo hicimos en serio.

Era mediodía cuando logramos salir de la cama. Tras ponernos ropa de playa, salimos en busca de nuestros acompañantes de viaje. Estaban todos en la playa, algunos tomando el sol, otros de risas y bebiendo, otros disfrutando del mar.

Nos unimos a ellos y comenzamos a disfrutar de nuestras vacaciones.

La semana en Cuba se pasó realmente rápido. Nos faltaba tiempo para ver todo, aunque ya lo conocíamos, era como si fuera nuestra primera vez. Nos hacía ilusión compartir ese viaje con nuestros seres queridos y poder enseñarles esa isla que tanto nos había marcado.

Era la última noche que pasaríamos en Cuba. A la mañana siguiente volaríamos con destino a nuestra vida. Estaban todos acostados ya y Jose y yo no podíamos dormir.

Sentados en la terraza de la habitación, con vistas a la playa, en silencio, escuchando la música del bar del hotel de fondo, la playa iluminada. Despidiéndonos de ese lugar paradisíaco por segunda vez.

—Tenemos que volver —dije en voz baja, rompiendo el silencio.

—Lo haremos cuando quieras —respondió Jose.

—No sé qué me pasa con esta isla, Jose, pero es como si algo me uniera a ella.

—Sé bien qué sientes.

—¿Te pasa igual? —lo miré a los ojos.

—No con Cuba, pero sí con Marruecos. Es como un hilo que tira de tu interior, ¿no?

—Ajá... —me quedé mirándolo— ¿Has bebido mucho? —bromeé al notarlo tan serio.

—No como me gustaría. Tampoco quiero que esto se acabe —me guiñó un ojo.

—Es hora de volver a la realidad —volví a mirar al horizonte, al mar —. Pero volveremos —dije como un juramento.

Tras un rato, agarré la mano que Jose me ofreció y no fuimos a la cama. Abrazados, en silencio, nos disponíamos a dormir cuando, como si fuera un regalo del destino, a lo lejos, comenzó a sonar una de mis canciones favoritas.

Yo no sé por qué razón  
cantarle a ella si debía aborrecerla con  
las fuerzas de mi corazón.  
Todavía no  
la borro totalmente ella siempre está  
presente como ahora en esta canción.  
incontables son las veces que he tratado de  
olvidarla y no he logrado arrancarla ni un segundo  
de mi mente porque ella sabe todo mi pasado me  
conoce demasiado.

— Ahí tienes tu regalo de despedida —susurró Jose, sabiendo de más

lo que esa canción significaba para nosotros.

Sonreí con tristeza y sabiendo que echaría de menos todo aquello, pero también con alegría porque al hombre de mi vida y a mí, nos quedaban muchas aventuras por vivir.

Le di un beso en el pecho, suspiré y cerré los ojos. Con Pablo Montañez y su canción “Un montón de estrellas”, nos despedimos de Cuba por segunda vez.



## Capítulo 5

Los siguientes 8 años fueron de lo más divertido y felices, viajábamos varias veces al año, laboralmente nos iba genial y nos podíamos permitir el lujo de escaparnos varias veces.

Estuvimos varias veces en el caribe, repitiendo incluso algunos destinos, habíamos estado muchas en Rivera Maya, dos en Jamaica, dos en Cuba, una en república dominicana, Miami y toda la florida, incluido Disney World, no teníamos hijos y nos podíamos permitir muchos lujos.

Jose era lo mejor del mundo, como persona, como marido y sobre todo como compañero de viaje de la vida, esa que tan feliz llenaba.

Vivíamos en el pueblo de al lado, ya que habíamos decidido vender el piso y comprarnos un chalet con piscina, así que nos fuimos a una zona rural.

Una mañana Jose cuidando los cactus, le cayó el líquido que contiene dentro en los ojos y no veía, así que me lo llevé para urgencias, mientras esperábamos vi un cartel que me llamó la atención, avisaba de los niños españoles que necesitaban con urgencia un hogar.

Apunté el teléfono, al día siguiente llame para informarnos y me dieron

una cita, todo fue apresurado, pero todo pasa por algo...

Nos explicaron todo, en definitiva, terminamos preparando todo el papeleo, horas de valoraciones psicológica y en pocos meses teníamos la idoneidad, yo avisé que quería que fuera entre 5 y 8 años, ya que a esa edad están en riesgo de que nadie los acepte y yo quería poder contribuir con mi granito de arena al que al menos uno pudiera tener esa posibilidad, así que con todo arreglado solo nos quedaba esperar a que algún día nos llamaran para alguno que fuera idóneo con lo solicitado y aprobado.

Meses sin saber nada, los nervios nos apoderaban, preparamos un dormitorio, no sabíamos si sería niño o niña, solo que nos estábamos preparando para darle la mejor de las bienvenidas a nuestro hogar.

Un día le dije a Jose que quería ir a Tailandia, que no tenía por qué pasar nada, que no me quería quedar con las ganas de conocer aquel país, él me dijo que adelante que preparara todo para Julio y eso hice... me preparé y estudié el país y me encargué de comprar los vuelos y alojamientos.

¿Puede un sueño hacerse realidad?

No lo sé. Lo que sí sé es que hay vidas que se viven como si fuesen un sueño.

Habían sido momentos muy duros por los que habíamos pasado Jose y yo. Ahora nos tocaba respirar. Queríamos mirar la vida con una luz diferente. Queríamos mirar a la vida con una luz clara, sin malos rollos, pensando en positivo siempre. Nos lo merecíamos. Yo deseaba con todas mis fuerzas que la vida nos sonriera.

Habíamos preparado el viaje a Tailandia con mucho mimo y con ganas de disfrutarlo a tope. Yo estaba muy nerviosa el día antes y así se lo dije a Jose que no paraba de reírse ante aquella actitud mía. Yo estaba nerviosa, excitada y solo pensaba en el paraíso. Porque para mí aquel país iba a ser al paraíso. Me había informado bien del destino que habíamos elegido. Aún recuerdo cuando no quería salir de España. Pensaba que, más allá de mi casa,

solo había un mundo lleno de peligros y de mala gente. Qué infantil era para muchas cosas, madre mía.

Ahora me daba cuenta de que la vida debía aprovecharla al máximo.

Ya no valía nada de dejar las cosas para adelante. Tras el accidente de Jose, me había dado cuenta de que no sirve de nada dejar las cosas para más adelante. De repente, llega el destino y lo jode todo. Y tienes que empezar de nuevo. Ahí es cuando te das cuenta de que hacer planes no sirve para nada.

Estaba yo tan feliz haciendo mis maletas la noche antes. Por la mañana temprano cogeríamos el avión. Jose estaba asustado porque yo no paraba de meter bañadores, lencería, pareos y camisetas.

—¿Estás loca? ¿Adónde vas con todo eso?

—A la guerra. Vamos a la guerra, Jose —me reía mientras le respondía como si fuese un niño.

—Pero... ¿qué dices? — preguntó él esbozando una sonrisa.

—No sé qué llevarme. Nos va a hacer falta de todo. Son muchos días y necesitamos de todo.

—Pero... si lo único que veo son bikinis y bañadores. No hay nada de mi ropa.

—Tu ropa te la preparas tú. No seas huevón, ¿me oyes?

—Está bien, me la prepararé. Pero nos va a costar facturar más todo eso que llevas en las maletas que lo que nos ha costado todo el viaje. No va a poder despegar el avión — dijo él un tanto asustado.

—No seas aguafiestas. ¿Te has preparado lo tuyo?

—Sí, Natalia, llevo una mochila y ya está — dijo él seguro de sí

mismo.

—Luego no me digas que tienes frío — añadí yo como si fuese una madre posesiva.

—¿Frío? ¿En Tailandia? Me voy a callar porque esto es para grabarlo.

Yo ya sabía que Jose lo único que buscaba era provocarme. Por esa razón, no paraba de quejarse. Yo estaba más que harta de que siempre me sacara algún tema que me hiciera enfadar, porque al final acabábamos encamados y yo tenía que hacer aún muchas cosas. No sé de qué se quejaba. Era mi ropa. Me la había pagado con mi dinero y ahora aprovechaba aquel viaje para estrenarla. Me lo iba a poner todo como hice en las Canarias. Iba estar guapísima con mis bikinis y mis bañadores. Aunque es cierto que Jose tenía algo de razón, me estaba pasando tres pueblos. Las maletas iban a reventar

De hecho, me senté en una de ellas para poder cerrarla. No había forma. Jose estaba que se partía de risa. Yo lo miraba con una cara de asesina que no podía con ella. Estaba haciendo un esfuerzo muy grande para que aquello saliera bien. Jose solo se dedicaba a sacarme de quicio con sus bromas y a reírse de mí con sus chistecitos, ahora que yo estaba en apuros. Eché la maleta al suelo. Me puse encima y comencé a saltar a ver si de una vez por toda la ropa entraba. Al final lo logré. Pero aquello ya no parecía una maleta, parecía una morcilla.

—Joder, ¿por qué me miras así?

—¿Cómo demonios vas a bajar esa maleta hasta el coche, y la otra, y la otra? No podemos llevarlas en el coche. No caben. Parecen rollitos de primavera o fajitas mejicanas. Nos van a multar, Natalia.

—Tú y tus bromas. En vez de quedarte ahí, intenta ayudarme — me quejé yo, poniendo cara de perro.

—No me jodas, Natalia, pero si te has puesto a meter cosas como una

loca. Está toda la casa metida en esa maleta.

Me dieron ganas de coger cualquier cosa y tirársela a la cabeza. Me estaba sacando de quicio, ahora de verdad. No le dije nada. Mi silencio le bastó para comprender que yo estaba muy enfadada. No estaba ayudándome, solo estaba quejándose.

Yo ya sabía de sobra que aquella maleta parecía una croqueta. Pero no podía hacer nada. Tenía miedo de que nos faltara cualquier cosa y estábamos a muchos kilómetros de nuestra casa. Yo no sabía qué clase de país era Tailandia. Yo no sabía si íbamos a tener facilidad para comprar cualquier cosa si nos hacía falta, aunque leí y todo el mundo me advirtió de que aquello era el paraíso para las compras.

De repente, lo vio. Vio el botiquín encima de la cama.

—¿Te vas a llevar un botiquín, Natalia? — preguntó él serio.

—No me calientes. Claro que me voy a llevar un botiquín. No sé si nos hará falta alguna pastilla o agua oxigenada.

—¿Agua oxigenada? ¿Para qué? —preguntó extrañado.

—Por si nos cortamos o por si algún cangrejo en la playa te pica — dije yo con tono de sabihonda.

—Que, si nos pica un cangrejo, pero... ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? — comentó él rascándose la cabeza.

—Toda precaución es poca — sentenció.

—¿Te has tomado algún tranquilizante? No nos podemos llevar todo eso, Natalia. En el peor de los casos, si nos pasara algo, allí habrá médicos y no me va a picar ningún cangrejo.

—Pues imagínate que es una medusa, Jose — argumenté.

La verdad es que aquello se estaba saliendo de madre. Yo estaba siendo muy exagerada con mis comentarios y Jose estaba alucinando. Se acercó a mí y me cogió por la cintura. Yo bajé de la maleta. Estuve ahí arriba mientras discutíamos como si fuera la Estatua de la Libertad. Nos miramos a los ojos y nos besamos.

—Soy muy feliz contigo. Natalia, quiero que te relajes. Necesito que te relajes. No te hace falta tanto para ese viaje.

— Perdóname. Estoy muy nerviosa, ¿sabes? Y quiero que salga todo bien.

—Sé de sobra lo que quieres, Natalia. Pero, sin quererlo, me estás poniendo muy nervioso a mí también.

—Lo sé. Lo sé — repetí un tanto apenada.

— ¿Quieres cenar? Han abierto un restaurante chino cerca de aquí — me propuso él con su típica sonrisa conquistadora.

— Lo que quiero es otra cosa — respondí con un tono más que morboso.

Él no se lo pensó. Ni yo tampoco. Apartamos las maletas que estaban encima de la cama. Cayeron al suelo haciendo un ruido tremendo. Seguro que subían los vecinos a ver qué demonios había pasado. Porque el golpe se tuvo que oír hasta en el primero. Pero no fue así. No subió nadie. Nos besamos muy despacio. Él me echó sobre la cama. Y yo me dejé arrastrar. No fuimos a cenar al restaurante chino. Nos amamos. Yo necesitaba hacer el amor, descargar toda la adrenalina que corría por mis venas.

Sin darnos cuenta, después de aquel polvo, nos abrazamos. Cerramos los ojos y nos quedamos dormidos. El avión salía al día siguiente muy temprano. Se nos olvidó poner la alarma. Sobre las 5 la mañana, yo abrí los ojos. Tenía sed. Me levanté a beber agua. Jose dormía a mi lado como un niño

Jesús. Yo pensaba que era otra noche cualquiera. No me acordaba de que íbamos a hacer un viaje al otro lado del mundo. Cuando regresé a la cama, vi las maletas y entonces me di cuenta de lo que nos había pasado.

Me tiré de los pelos. Se nos iba a escapar el avión. Comencé a gritar como si la casa hubiese empezado a arder. Jose dio un salto de la cama que casi se rompe la espalda cuando cayó al suelo. El susto fue tremendo. Él me miró con la cara blanca.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay ladrones?

—¡¡Que nos hemos quedado dormidos!! ¿Sabes? — grité desesperada.

—¡¡Tranquila, tranquila!! Ponte lo que sea y te espero abajo con el coche.

Menos mal que los pasajes y los documentos estaban guardados en un bolso de mano y no hubo que alterar demasiado. Salimos disparados. Yo llevaba unos pelos de bruja que anda y a Jose no le había dado tiempo ni a ponerse los zapatos. Las maletas entraron después de dejar una en casa, la que llevaba el botiquín. Jose arrancó el coche en zapatillas. Menos mal que llegamos al aeropuerto a tiempo y pudimos coger el vuelo. Mientras facturábamos aquellas maletas que parecían el cargamento del Titanic, Jose pudo cambiarse los zapatos.

Montamos en el avión y respiramos aliviados. Casi lo perdemos.

—Siempre recordaré este polvo, Natalia —dijo él, ladeando la cabeza hacia mí en el asiento.

—¿De qué hablas? —pregunté yo que tenía todavía el corazón en la boca.

—Que ese polvo casi nos cuesta este viaje y, por eso, lo voy a recordar siempre — sonrió mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Tú sí que estás loco — dije yo devolviéndole la sonrisa.

El viaje en avión fue fantástico. Nos reímos mucho, pudimos descansar. No hubo problemas de turbulencias y de ningún tipo. Yo ya había superado mi miedo a no salir de España. Ahora tenía un mundo frente a mí. Todo era resultado de la alegría que yo sentía porque, al final, todos nuestros problemas se habían solucionado. Estuve a punto de perder a Jose y sufrí muchísimo, como habíamos sufrido con otras tantas cosas que los dos habíamos pasado juntos. Pero ahora, como él me decía muchas veces, no era momento de mirar al pasado, sino de mirar hacia el futuro.

Era las 6 de la mañana, cuando aterrizamos en Bangkok, dejamos las cosas en la habitación, no queríamos dormir, desayunamos pronto y salimos a recorrer la ciudad. Teníamos unas ganas locas de enfrentarnos a ese nuevo mundo que se abría ante nuestros ojos.

Lo primero que hicimos fue ir a visitar el mercado más grande de Tailandia, que era solo los domingos, así que precisamente hoy lo era y había que aprovechar.

El ambiente del mercado de Chatuchak es idóneo para el regateo y encima hay todo colocado de forma muy atractiva, los puestos están divididos por zonas, entre las que se encuentran las de ropa, souvenirs, artículos para la casa o mascotas.

Me quedé muerta. Nunca había estado en un sitio así. Gentes de todas las razas se mezclaban en una muchedumbre donde te podías perder con toda facilidad. El calor, los aromas de la comida en las calles y los colores vivos de las fachadas de los edificios y de los puestos donde se vendía toda clase de productos me dejaron completamente alucinada.

Estaba con la boca abierta. Jose me miraba y se reía, aunque yo creo que él estaba igualmente emocionado. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo. Aquello no tenía nada que ver ni con España ni con ningún país de Europa. Era toda una selva humana. Estábamos en medio de un laberinto de calles y de rostros que se perdían en un tumulto. Yo tenía la sensación de estar

en el centro del mundo.

Estaba muy emocionada. Y mi emoción fue en aumento cuando empezamos a ver templos y estatuas de Buda por todos los sitios donde mirábamos. José estaba sintiendo lo mismo que yo, pero no sabía cómo expresarlo. Aunque nos gustaba el mar y estar solos en la playa, aquello también nos estaba gustando mucho.

A mí se me erizaba la piel al ver aquellas calles tan diferentes a las que yo había visto hasta entonces. Hubo un momento en el que mis ojos se llenaron de lágrimas. Jose se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te pasa? — preguntó riendo.

—Estoy muy emocionada. Pensaba que esto solo existía en las películas y estamos aquí en medio de esta marea de gente —dije yo titubeando, temblorosa.

Me cogió las manos y nos paramos en mitad de aquel río de gente. Nos miramos y nos besamos. No me creía nada de lo que estaba viendo.

Teníamos un hambre feroz. Podíamos habernos quedado en el hotel y haber comido allí, pero a Jose le gustaba la aventura y quería mezclarse con la gente y yo con él. Fuimos a unos puestos de fideos que estaban en la misma avenida principal, cerca del hotel. La gente reía constantemente. Todos eran muy simpáticos. Estaban acostumbrados a los turistas de cualquier lugar del mundo.

De repente, para mi sorpresa, vi que vendían saltamontes fritos en un puestecito que estaba situado en una esquina donde concurrían varias calles. Yo quería probarlos, pero me daba miedo. Jose sí que se atrevió para empezar a fastidiarme.

—Eso deben ser los churros de aquí. Están fritos y te los sirven en un cucurucho de papel o en palillos. Vamos a probarlos, Natalia.

—¿Estás loco? Yo no me como eso ni muerta —me negué enseguida.

—Pero si eso es como las gambas, hija — dijo él riendo.

—¿Cómo las gambas? No te jode. ¿Cómo van a ser como las gambas? Que yo no voy a comerme eso. No tengo ganas de ponerme enferma.

—Natalia, aquí todo el mundo los come.

Jose se acercó y pidió probarlos. La mujer, amablemente, se lo sirvió. Jose le dio un bocado a un saltamontes y lo masticó con ganas. De repente, vi en su cara una sonrisa. Al muy cabrito le habían gustado aquellos pinchos. Pidió una docena y se la sirvieron en dos palillos. Me invitó a que yo cogiera uno como si aquello fuese una piruleta. Casi le cruzo la cara allí en medio. Le dije que ni loca. Que yo me quedaba con mis fideos que era lo más parecido a la comida española.

—Pero si son criaturas del Señor. Esto es sanísimo, Natalia.

—Que me dejes, loco. Yo me como los fideos y ya está — comenté yo decidida.

—Tú te lo pierdes. Es muy importante conocer la gastronomía del país, ¿sabes? Eres una inculta, Natalia. No se te puede sacar de casa — dijo él intentando provocarme.

—No te preocupes, Jose. Inculta, ¿no? Cuando lleguemos a casa, acuérdate de que te fría unas cucarachas, de esas gordas que se pasean por la calle cuando llega el calor. No seas idiota, Jose. Me da asco. Después de comerte eso, no pienso besarte más en la vida.

—Eso no te lo crees ni tú, Natalia. No vas a poder resistirte a mis encantos — dijo él haciéndose el tonto.

—¿Encantos? Haz el favor de no comer más bichos delante de mí que me van a sentar más los fideos.

Al final terminé probando todos, estaban fritos, llevaban sal y pimienta, eso le camuflaba bastante el sabor.

Cuando dejamos de comer, decidimos perdernos de nuevo por el centro de la ciudad. Pagodas, templos, edificios históricos formaban parte de aquel paisaje lleno de gente. El ruido, la música, las voces, los colores hacían que todo aquello pareciese un sueño. Sentía que estaba dentro de un sueño, eso es. Hacía menos de un día que estaba intentando cerrar una maleta en nuestra pequeña casa y ahora me encontraba al otro lado del mundo, rodeada de millones de personas desconocidas. Eso era un milagro.

De repente, Jose me dijo.

—¿Sabes lo que me apetece, Natalia?

—Sorpréndeme, pájaro insectívoro, come bichos — dije yo temiéndome lo peor.

—¿Por qué no nos damos un masaje tailandés? — preguntó el serio.

Yo no sé si estaba bromeando o lo estaba diciendo con toda su alma. Después de todo este tiempo, Jose era capaz de jugar conmigo al despiste. No terminaba yo de pillarle el truco a sus engaños.

—Jose, déjate de tonterías. Hay un montón de cosas por ver aquí. ¿A ti no se te ocurre otra cosa que decirme lo del masaje tailandés? Eso suena a peli porno.

—No, no, no, Natalia. Forma parte de su cultura. Es un masaje terapéutico, para aliviar tensiones y dolores. Seguro que, en el hotel, hay masajistas — comentó él mirándome a los ojos.

Yo sabía que se estaba partiendo de risa por dentro, aunque no le faltaba razón porque, luego me enteré de que no había nada pornográfico en aquello, que se trataba de un masaje para aliviar los dolores tal y como él me había

dicho.

Yo no le hice ni caso. Continué andando entre la muchedumbre. Él me siguió detrás y de repente me paré. Lo cogí por la cintura y lo miré a los ojos. Aquella mirada lo dijo todo. Le dije que yo no era ninguna aburrida y que, cuando llegáramos al hotel yo iba a ser la masajista que necesitaba. Iba a enterarse este de lo que era un masaje tailandés.

Detrás que aquellas bromas que continuamente me gastaba Jose, había un hombre que me había enamorado profundamente. Su sentido del humor era su forma de demostrarme que me quería y que apreciaba también mi carácter. Aquella tarde acabé con los pies hinchados de tanto caminar.

Pero mereció la pena por la cantidad de monumentos que visitamos. Pero Jose no se podía estar quietecito y me tenía una sorpresa preparada. Cuando pensaba que nos íbamos a quedar en el hotel después de un día tan intenso, Jose me dijo que teníamos que salir esa noche. Yo me quedé un tanto sorprendida porque, después del vuelo tan largo y después de todo aquel día recorriendo las calles de la capital, pensaba que él estaría tan agotado como yo. Además, nos quedaba ni masaje particular tailandés. Pero no.

Jose me dijo que me arreglara. Que íbamos a hacer un crucero.

—¿De qué hablas? —pregunté yo boquiabierta.

—¿No te lo esperabas, verdad?

—No, no me lo esperaba — dije yo titubeando.

—Arréglate, no quiero decirte nada más. Vamos que nos esperan en la puerta del hotel — dijo él bastante emocionado.

Me puse un vestido blanco, ligero. Jose también iba informal. Aunque hacía calor, la temperatura aquella noche fue agradable. De repente, en la puerta del hotel había una motocicleta de esas típicas de Bangkok. Se trataba de un tuk tuk. Yo estaba alucinando de nuevo. Me dio por reírme. Aquello

parecía una atracción de feria ambulante.

Me sentí como una niña. Me monté junto a Jose y aquel cacharro se puso en marcha. De nuevo, la simpatía de aquella gente me enamoró. El conductor no paraba de sonreír y de indicarnos con la mano que miráramos algunas fachadas iluminadas de edificios muy importantes. Llegamos al embarcadero. Ahí estaba el barco en el que íbamos a cenar esa noche. Yo no sabía si reírme de la situación o ponerme a llorar porque aquel regalo de Jose me llegó directamente al corazón.

Íbamos a dar un paseo por el río Chao Phraya. Había más parejas como nosotros. En la cubierta de aquel barco, estaban dispuestas unas mesas donde cenaríamos.

Yo no podía decir nada. No me salían las palabras. Jose pudo ver que mis ojos estaban haciendo chiribitas. Nos sentamos en una de las mesas del centro y el barco comenzó su travesía.

—¿Por qué has hecho esto, Jose? —pregunté yo respirando con dificultad a causa de la emoción.

—Porque te quiero, porque tengo que agradecerte muchas cosas, Natalia.

—No tienes que agradecerme nada, Jose. Eres todo lo que tengo. ¿Hablamos en serio, verdad?

—Claro que hablamos en serio. Ya vendrán las bromas — dijo él con los ojos llenos de luz.

—Sigo muy emocionada. ¿Te has dado cuenta de lo que es la vida?

—Lo sé. Es extraña, ¿verdad?

—No. Yo creo que es maravillosa, pese a los momentos tan malos que

hemos pasado. Pero no quiero pensar en eso — dije yo sonriendo y sorbiendo de la copa de vino que nos acababan de servir.

—Pero debemos acordarnos de los momentos malos también — dijo él con intención de querer decirme algo que le oprimía el corazón.

—No quiero, Jose. Aún me acuerdo de aquel médico que me dijo que te ibas a morir. Fue muy duro.

—Ya, imagino que tuvo que ser muy jodido verme así.

—Lo fue. Sabes que hemos hablado muy poco de todo eso. Me cuesta hacerlo. Pero Jose creía que te perdía de verdad y que, al perderte, mi vida también se iba detrás. ¿Qué habría hecho yo sin ti?

—Habrías salido adelante. Eres una mujer increíble. Estás llena de energía. Eres arrolladora. Sabes resistir a todo. Lo que sucede es que, cuando vives momentos como este, Natalia, te acuerdas de los momentos malos. No podemos evitarlo — añadió él como si fuese un filósofo.

—Bueno, vamos a dejarnos de malos rollos y disfrutemos de este momento — dije yo animada, muy animada.

Los platos que nos sirvieron estaban riquísimos. Me chupé los dedos y, cuando escribo que me chupé los dedos, es que me los chupé de verdad. Jose estaba avergonzado y no paraba de reñirme. Yo solo sabía pedirle al camarero que me trajera pan para sopar y rebañar los platos, pero ni caso. Jose me decía en plan de broma que no iba a salir más conmigo a ningún sitio. Yo me reía y lo que hacía a continuación era rozar con mi pierna la suya para que se pusiera nervioso.

De repente, delante de nosotros, como si fuese de otro mundo, apareció el Templo del Amanecer y el Gran Palacio, iluminados al anochecer. Yo contuve la respiración. Era una imagen preciosa. No quise ni fotografiarlos. Quería vivir el momento, guardar en mi memoria aquellas imágenes. Jose

también estaba conteniendo la respiración. La música a bordo amenizaba aquellos momentos maravillosos.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Jose?

—¿Qué pasa? No me asustes.

—No nos han servido tus ridículos insectos fritos — dije yo sacándole la lengua.

—Es una pena porque estaban riquísimos — dijo él con orgullo.

—Ya te puedes lavar bien la boca con la pasta de dientes y con enjuague bucal. No pienso besarte. Aún me acuerdo y me da repelús.

—Eres muy fina tú. Los insectos aquí son como las gambas y los camarones. Todavía no te has enterado. Aunque al final los probaste todos, creo que te gustaron, pero tu orgullo no te permite decirlo.

Yo me callé. No quería enfadarlo. Porque, a veces, empezábamos a provocarnos y acabábamos enfadados de verdad. Yo quería que aquella noche no se acabara, pero el barco finalmente se detuvo en el mismo embarcadero del que salimos. Jose me ayudó a bajar y de nuevo cogimos un tuk tuk de esos que parecía la furgoneta de Scooby Doo.

A mí me dio por reírme. Si mi madre o mi padre me vieran aquí montada. Pero lo importante es que era feliz al lado de Jose y que, cuando llegáramos al hotel, yo le iba a hacer un masaje tailandés, el francés, el chino, el español y todos los que existen. Porque se lo había ganado. Porque me había conquistado de nuevo con aquel detallazo. La verdad es que no me lo esperaba. A veces era un poco capullo, pero me encantaba que fuera así, que me sorprendiera.

Cuando dejamos el tuk tuk, entramos al hotel cogidos de la mano como si volviésemos a tener quince años y nos fuéramos al descampado a ver el atardecer. No pudimos esperar a llegar a la habitación. Dentro del ascensor,

nos pusimos a darnos el lote.

— Natalia, hay cámaras —dijo él advirtiéndome de que estaríamos siendo grabados.

— Me dan igual las cámaras. No soy ninguna famosa —dije yo mientras le quitaba la camisa.

— Sí, pero que esta gente lo mismo vende luego las imágenes — añadió él preocupado.

— Cállate ya, que me vas a enfriar. ¿Nos están grabando? ¿Y qué? Procura hacerlo bien no sea que te vayan a ver tus primos y digan luego por ahí que no sabes hacer el amor — dije yo mientras le comía los morros como si estuviese poseída.

— Estás como una cabra, ¿sabes?

Estaba en un sueño. Jose dejó de preocuparse y me siguió el juego. El ascensor se paró y salimos los dos como si fuésemos dos balas hacia nuestra habitación. Yo coloqué el cartel de no molestar y no fuimos derechos a la cama. Allí hubo más que pasión, hubo fuego.

Yo me sentía nueva. Jose me había demostrado que era el hombre de mi vida. Sin darme cuenta, aquel crucero por el río me había hecho ver también a la persona sensible que había detrás de aquel hombre. Creo que era esa parte de Jose la que más me atraía.

Nos faltaba el aire. Teníamos unas ganas locas uno del otro. Se escuchaba el rumor de las calles aún abarrotadas de gente. Bangkok no descansaba nunca y nosotros, tampoco.



## Capítulo 6

Al día siguiente alquilamos un taxi todo el día para nosotros, por el módico precio de 20 euros, yo estaba flipando.

Nos llevaron a las afueras de Bangkok para visitar el mercado flotante Damnoen Saduak, tantos vendedores en barca que se mire donde se mire hay siempre una estampa preciosa de postal que captar con la cámara y llevarnos un recuerdo de la **Tailandia** más auténtica, era todo un placer, los dos alquilamos una barca de forma privada, sin tener que compartir con otros turistas, el chico que nos llevaba era un encanto y pronto paramos a una barca que vendía cervezas, nos pillamos dos latas.

Un lugar ideal para realizar nuestras compras en artesanía local y degustar las frutas y platos típicos del centro de Tailandia mientras navegamos por sus canales, sin duda jamás se podría borrar esos momentos de mi retina, Jose me miraba de forma asesina, yo ni caso, compraba de todo, la barca iba llena de bolsas, menos mal que afuera nos esperaba pacientemente el taxista.

De allí nos fuimos a Ayuttaya, antigua Capital del Reino de Ayutthaya o Reino de Siam, la zona arqueológica era una pasada, nos quedamos un rato contemplando como rezaban en un templo y nos llamaba mucho la devoción que sienten por sus budas.

Me quedé boquiabierta cuando vi, la cantidad de budas distribuidos a lo largo del recinto y por las vestimentas anaranjadas que los cubren.

Tras esa preciosa visita, nos fuimos para Bangkok, nos duchamos y nos fuimos para *Khao San Road*, la calle mochilera más famosa de aquel país.

Hice compras, bebimos cervezas, era todo genial en aquel lugar.

Lo estábamos pasando bomba en aquella ciudad. El tiempo pasaba muy rápido. Sentía que había sido un gran acierto elegir aquel viaje. Jose estaba emocionado y no paraba de gastarme bromas a lo largo de todo el día. Yo a veces hacía que me enfadaba y entonces él se dedicaba a hacerme la pelota. Aún nos quedaba algo mucho mejor en aquel viaje, pero tenía que esperar.

A veces, preguntábamos a algún turista español que nos encontrábamos por casualidad o a alguno de aquellos conductores de tuk tuk que eran muy simpáticos y que respondían en un inglés fácil de entender. Nosotros nos reíamos continuamente al ver que aquellos habitantes siempre no sonreían. Nadie nos trataba mal ni nadie nos ponía mala cara. Era como si llevaran la sonrisa en los genes, como si naciesen con ella.

Yo sabía que lo que Jose estaba haciendo era provocarme. Yo creo que le gustaba mucho verme enfadada. Porque él ya sabía lo que venía a continuación. De repente, me disparaba, le soltaba lo primero que me venía a la cabeza, pero después acabamos haciendo el amor, teniendo sexo del bueno. Pero aquel no era el momento, sobre todo, cuando estábamos dentro de un templo y el guía, sin dejar de sonreír, nos explicaba cada uno de aquellos rincones.

Yo regresé al puesto de fideos que tanto me había gustado el primer día. Esperaba que Jose no volviera a comer de aquellos insectos horrorosos que había pedido en un puesto que se encontraba en una esquina donde coincidían todas las calles. No, menos mal. Me acompañó hasta mi puesto favorito de fideos y él también se los pidió. Estaban extraordinarios. Nos sentamos a comer. Y entonces comenzamos a picarnos el uno al otro sin dejar de sonreír,

porque en el fondo estábamos muy contentos de estar allí.

—¿Por qué te reías de mí antes, Jose?

—Porque parecías un pasmarote. No te creías ni tú el papel que estabas haciendo, Natalia. Ibas de empollona, como si fueses una alumna aplicada y tú has sido un desastre en la escuela — dijo él riendo.

—Pero, ¿de qué papel hablas? Yo estaba muy interesada en toda la información que estaba soltando — dije yo haciéndome la lista.

—Pero si no te has enterado de nada. La mitad de las cosas que decía el guía las soltaba en inglés. Yo estaba bostezando

—Porque tú eres un maleducado y nunca te ha interesado aprender nada de nada — añadí yo a la defensiva.

—Mira, atención, señores, que habló la Premio Nobel de Literatura — elevó la voz con ganas de sacarme de quicio.

—Jose, te voy a mandar a la mierda, ¿sabes? Yo entendía perfectamente lo que decía el guía — mentí como una bellaca.

—Venga, Natalia, hazme un resumen de todo lo que has oído.

Estaba claro que Jose tenía ganas de follón. Yo no sabía qué responderle en aquel momento. Era cierto que no me había enterado de mucho, pero aquel día había puesto tanto interés que yo, por no ser maleducada, lo escuché todo con atención. Pero era verdad, me había enterado de poco, por no decir de nada.

—Bueno, deja de meterte conmigo, Jose. Estaba siendo educada y de verdad te digo que estaba muy interesada en lo que aquel hombre estaba diciendo — repliqué yo, convencida de mis palabras.

—Pero si tú no has escuchado a nadie. No has escuchado a ninguno de

tus profesores — las palabras de Jose sonaron a ofensivas. Se estaba pasando tres pueblos.

—Mira, Jose. Tuve mala suerte con los profesores. Eran muy aburridos — comenté yo mientras tragaba fideos como una loca, pues estaba hambrienta.

—Sí, mala suerte. Se pedirían la baja por depresión al tenerte como alumna — volvió al ataque.

Yo no sabía qué hacer con aquel tipo de respuestas que Jose no paraba de soltar por su boca. Me estaba poniendo nerviosa. Los fideos, que estaban riquísimos, me iban a sentar fatal. Iba a tener que tomar bicarbonato para hacer la digestión. Me daban ganas de coger el cuenco y pirarse lo a la cabeza.

Intenté aguantarme y conté hasta diez. Respiré hondo. Entonces se me ocurrió decirle una cosa.

—Todos los profesores eran un coñazo, menos uno, con el que...

—¿Con el que qué..., Natalia? — preguntó de repente.

La cara de Jose cambió al instante. Se quedó blanco. Estaba más que sobrecogido. No se esperaba esa respuesta. Sabía que lo iba a joder. Iban a revolverse sus hormonas al escuchar que hubo algún profesor que me hizo tilín.

—¿Un profesor? ¿De quién se trata? Nunca me dijiste nada — replicó con expectación, esperando una respuesta.

—Las chicas guardamos secretos. Fue un profesor de Lengua. No pasó nada entre nosotros, tranquilo. Pero porque yo no quise — dije yo guiñándole el ojo.

—Pero, ¿qué me dices? Lo sueltas así de repente y yo me tengo que quedar así, tan tranquilo. ¿Por qué tú no quisiste? ¿Qué me estás queriendo decir?

—Tranquilo. Era un hombre casado, ¿sabes? — yo fui haciendo la pelota más grande con aquella mentira.

Casi se atraganta con los fideos cuando le dije que yo no había querido por mi parte tener un romance con un profesor que estaba casado. Pero que, si yo hubiese querido, el tipo se habría acostado conmigo. Le había montado una telenovela en dos minutos. Eso le pasaba por meterse conmigo. Lo mejor de todo es que Jose se estaba tragando todo lo que yo le decía. A veces se ponía celoso de una forma incomprensible, aunque aquí había motivos. Y ahora estaba como loco. Y eso me gustaba.

Me gustaba provocarlo, me gustaba saber que él estaba colado por mí y que todo ese tipo de comentarios al final lo alteraban y lo ponían muy nervioso. Que se joda, pensaba yo por dentro, eso le pasa por meterse conmigo.

—Pero, ¿cómo te atreves a decirme eso, Natalia? ¿Cómo tienes tanto morro? Por favor, no es verdad. Es una mentira bien gorda, ¿verdad?

—Jose, no tienes por qué preocuparte. Te quiero a ti. Me llevó a su casa, ¿sabes?

Yo estaba dispuesta a hacer la mentira cada vez más gorda. Este se iba a enterar de lo que valía un peine.

—¿Te llevó a su casa?

José se puso a sudar y tragó saliva. Yo estaba que me partía por dentro de la risa. No sé si iba a poder seguir con la mentira durante más tiempo. Pero me estaba saliendo genial. A veces mi marido era demasiado inocente y se creía todo lo que yo le decía. De repente, le había salido el macho alfa que llevaba dentro y solo sabía preguntarme.

—¿Te llevó a su casa, Natalia? — repitió con ansiedad.

—Sí, pero yo solo tenía ojos para ti, Jose. Créeme, aunque el profesor me lo hizo muy bien — le susurré para darle más celos.

—¿Te lo hiciste con el profesor? — los ojos se le iban a salir.

—No, no me lo hice con el profesor. Yo no he dicho eso — comenté con un temor fingido.

—Acabas de decirme que te lo hizo muy bien, Natalia — dijo él más que nervioso.

—El café. Me hizo un café muy rico — añadí yo con misterio y riéndome a mandíbula abierta.

—¿Es todo mentira, verdad? — preguntó él con la respiración entrecortada.

—Claro que es mentira. ¿Cómo va a ser verdad lo del profesor? Eres muy tonto, Jose, cuando quieres, pero me encanta.

—Sabes que casi me da un corte de digestión con la broma — repuso él con voz de estar jodido.

—Eso te pasa por meterte conmigo, por decirme que me hacía la interesante al escuchar al guía y que los profesores no me aguantaban. Como si tú fueses un modelo a seguir en lo que a estudios se refiere.

De repente, se hizo un silencio entre nosotros. Jose me miró con una sonrisa enigmática. Yo ya sabía lo que quería. Le había gastado una broma y habíamos discutido. Necesitábamos un polvo. Así de claro. No voy a andarme con rodeos. El hotel no estaba lejos, pero Jose estaba dispuesto a algo más que a tener sexo en una simple cama. Miró a la derecha y vio que un tuk tuk estaba vacío. Seguramente el conductor lo había dejado allí un momento para ir a comer o para ir al aseo. Yo miré a Jose con complicidad, pero no estaba dispuesta a hacer nada de lo que a él se le estaba pasando por la cabeza. Pero Jose era una caja de sorpresas.

—¿No estarás pensando lo que me temo que estás pensando, verdad? — pregunté yo con miedo, pero también con excitación.

—Sí, hagamos una locura. Vamos a hacerlo en el tuk tuk —dijo él con ese brillo en los ojos que me advertía de que él también estaba excitado.

—Ni se te ocurra. Esto está lleno de gente. La policía nos podía detener y no tengo ganas de problemas con las autoridades de este país, Jose. Vamos a estarnos quietos.

—Hay callejones y no pasa casi nadie. Me he fijado antes. Allí nos verán. Va a ser rápido, como cuando éramos más jóvenes y lo hacíamos en las dunas antes de que nos sorprendiera alguien.

—No me lo puedo creer — dije y me dio por reírme.

—¿No te atreves?

—Vete a la mierda — dije dirigiendo a un callejón.

Volvimos a perdernos por la ciudad. Yo quería comprarme un puñado de cosas. Por todos lados, había tiendas y puestos con ropas, telas y joyas preciosas. Me volví loca comprando de todo. Jose no paraba de reírse al mismo tiempo que me regañaba.

Todo lo que me estaba comprando no iba a caber en las maletas. Pero a mí me daba igual. Todo lo que me apetecía me lo compraba. Para eso había ahorrado todo el dinero que ahora llevaba encima.

Había leído en un blog de Internet que Bangkok era la capital asiática de las compras. En ningún otro lugar de Asia podías adquirir tantos y tan diversos objetos. También es porque es la capital mundial de las falsificaciones. Puedes ir al Mercado de Chatuchak y allí verás el mayor despliegue comercial que hayan visto tus ojos. Por eso, hay que llevar una maleta vacía o semivacía

para cargar todo lo que puedas.

—No puedes llevarte todo eso. Eso no cabe en las maletas, Natalia — decía Jose alarmado.

—No te preocupes. Lo que voy a hacer a continuación es comprarme una maleta o dos — repuse yo haciéndome la chula.

—Pero que no nos podemos plantar con todo eso en el aeropuerto. Vamos a gastarnos lo que no está escrito en facturar todas estas bolsas — insistía una y otra vez con cara de pocos amigos.

—Eres un aguafiestas. Cómprate algo tú también y cállate. No empieces a amargarme el viaje — le amenacé con una mirada asesina.

—Yo solo te aconsejo, Natalia.

A mí me daba igual lo que él me dijera. Yo estaba decidida a comprarme todo lo que me entrara por los ojos. Allí había plata, bronce y toda clase de metales. Las telas, los vestidos y los pañuelos estaban tirados de precio, así que no me lo pensé dos veces. Iba por la capital con unas bolsas enormes llenas de ropa y de complementos. Parecía Julia Roberts en *Pretty Woman*. De repente, la ciudad de Bangkok se había convertido en una de las mejores ciudades para comprar toda clase de moda.

Así pasamos el resto de días en la capital de Tailandia, disfrutando de unas vacaciones que nos merecíamos después de todo lo que habíamos sufrido.

Una noche, después de hacer el amor con Jose, no podía dormir. Me levanté de la cama y no sabía muy bien lo que me pasaba. Encendí la luz que había justo delante de un espejo. Me miré. Yo estaba completamente desnuda. Me gustó verme así. Me gustó ver mi cuerpo. No sabía exactamente por qué no podía dormir. Estaba agotada de tanto ir y venir por aquellas calles, pero algo me intranquilizaba, algo no me dejaba pegar ojo.

Me senté delante del tocador. Miré a mi reflejo y vi a una mujer joven, con toda la vida por delante. Sus ojos tenían un brillo especial, pese a reflejar también el cansancio. Reí delante de aquel espejo y mi reflejo me correspondió con otra sonrisa. Me gustaba mi sonrisa como me gustaba también la sonrisa de Jose, que ahora dormía en la cama plácidamente. De vez en cuando, pegaba un ronquido y yo tenía que moverlo para que cambiara de postura. Parecía un hipopótamo cuando se lo proponía.

Ahora que yo estaba delante de mi reflejo, me daba cuenta de la razón por la que no podía dormir. Simplemente estaba feliz. Estaba feliz de estar allí y todavía me quedaba mucho por vivir. Era feliz porque Jose estaba conmigo, Jose, que había estado al borde de la muerte. Tenía mucho que agradecerle a la vida y las palpitaciones que yo ahora sentía se debían a esa felicidad que no podía contener.

Me puse la bata y me puse a ver la tele. No le subí el volumen. Tampoco me enteraba de nada. Solo hablaban en inglés. Jose se despertó de repente.

—¿Qué te pasa, Natalia? ¿Por qué no duermes?

—No lo sé exactamente, Jose. No lo sé, pero estoy nerviosa — dije yo esbozando una sonrisa.

—Pero, ¿tienes fiebre? ¿Te duele la tripa? — preguntó él un tanto nervioso.

—No, no, no me pasa nada de eso. Solamente que soy feliz, Jose. Muy feliz — dije yo espontáneamente.

Una sonrisa iluminó su cara, vino hacia mí y me abrazó fuertemente.

Estuvimos despiertos hasta que amaneció y las calles se llenaron de vida y de tráfico, de ese insufrible tráfico que ocupa todo el horizonte cuando te asomabas por la ventana. Yo quería salir ya a la calle. Jose se había dormido de nuevo. Yo me quedé mirándolo un rato, sentada en la cama, mientras la vida hervía en las calles. Aquella habitación me recordó, sin saber

muy bien por qué, a aquella otra, mucho tiempo atrás, cuando Jose y yo estuvimos encerrados todo un fin de semana jugando a las cartas, bebiendo vodka y escuchando a Eros Ramazzotti.

Echaba de menos aquellos momentos, pero lo que yo estaba viviendo ahora era increíble. ¿Quién me iba a decir a mí hace unos años que yo iba a acabar en Bangkok con el hombre de mis sueños? Era una adolescente, una joven inmadura. Ahora, delante del espejo, me daba cuenta que la vida, pese a los palos que me había llevado, tampoco me había tratado tan mal. No podía quejarme.

Dejé que Jose durmiera un poco. Luego, lo desperté y nos duchamos juntos. Después de desayunar, yo volví a irme de tiendas. Jose solo sabía quejarse, pero enseguida se relajó cuando entramos a un establecimiento donde daban masajes thais. Yo no paraba de reírme al ver aquella cara de felicidad que ponía. Parecía un niño. A mí también me estaba gustando aquel mensaje, aunque es cierto que a veces te hacían daño cuando empleaban los codos para relajar los músculos.

Después de salir de allí, fuimos a un restaurante típico tailandés que nos habían recomendado en la recepción del hotel. Estaba todo muy rico y yo entonces noté que estaba cansada. Al día siguiente, teníamos que tomar un avión. Porque nuestro siguiente destino iba a ser la isla de Koh Phi Phi y aquella experiencia iba a cambiar mi vida.

Y así fue. Por la mañana, cogimos un avión desde Bangkok hasta Phuket y, desde allí, en un ferry llegamos a lo que todavía para mí sigue siendo un paraíso en la tierra.

—¿Cómo será Koh Phi Phi, Jose? —pregunté yo.

—No sé, Natalia. Con que se parezca solo un poquito a lo que sale en la película de Leonardo DiCaprio, La playa, debe ser alucinante.

—Estoy nerviosa. Estoy deseando llegar — dije yo con lágrimas en los ojos.

—Pero no te emociones así, Natalia. Sonreí de ver cuando salía mi alma romántica.

Según avanzaba aquel ferry, podría comprar probar que las olas no existían, que todo estaba en calma y unas aguas azules nos rodeaban por completo. Yo sabía que estaba adentrándome en un lugar maravilloso. La playa ya se veía a lo lejos. El conductor del ferry giró la cabeza y nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos a la proa.

Delante de nosotros, estaba una playa inmensa, llena de pequeñas cabañas que salpicaban la arena. Comprobé entonces que las aguas dejaban de ser azules para volverse completamente transparentes. Yo no podía imaginar que existía un mar así y un lugar como aquel. Canarias nos había gustado mucho porque había sido nuestro primer viaje, pero ahora Tailandia se convertía verdaderamente en un sueño. Jose y yo estábamos dentro de un sueño.

—¿Te has dado cuenta, Jose? ¿El agua parece invisible? Es como un cristal —dije yo dando saltos.

—Natalia, no saltes más, que nos vamos a ir al agua, que el barco ha empezado a moverse y me estoy asustando.

—¡Qué idiota eres! ¿Me estás llamando gorda? Con este tipazo que tengo. Verás los bañadores que me voy a poner —añadí yo llena de alegría, como una quinceañera que sale por primera vez de casa a dormir en casa de una amiga.

—Yo no te he llamado gorda. Solo te he dicho que no te pongas a dar saltos, que no tengo ganas de pagar el barco si se hunde.

Yo creo que, detrás de todas aquellas bromas que continuamente salían por la boca de Jose, lo que había era la emoción. Él intentaba ocultar la emoción. Pero yo notaba que temblaba como yo. Estaba muy contento, súper contento de haber llegado hasta allí. Aquel paisaje era increíble y sus ojos se

llenaron de luz. A mí no me podía engañar. Yo intentaba seguirle el juego, pero en el fondo sabía que todo aquello no era más que una pantomima para que no me diera cuenta de que él estaba a punto de llorar.

—No me engañas, Jose. ¿Por qué no lloras?

—¿Por qué voy a llorar? —respondió él haciéndose el chulo.

—Porque estás tan emocionado como lo estoy yo. No me engañas, Jose. Ya te lo he dicho — dije yo con un tono dulce.

—Eres mi dulce locura — dijo mientras tocaba mi nariz.

—¿Por qué dices eso? — pregunté yo mientras el barco se detenía en un discreto embarcadero.

—Porque si no hubiese sido por ti, yo no estaría hoy aquí. Tú eres la que mueve mi vida, Natalia.

—Ahora te tenía que reprochar yo que no me dijeras esas cosas — dije riéndome.

El barco nos dejó en tierra. Jose me ayudó con el equipaje. Allí nos estaba esperando una cabaña que habíamos alquilado para pasar unos días en aquel paraíso. Parecía que íbamos a quedarnos allí toda la vida por los maletones que llevaba. Ojalá hubiese sido así porque aquel sitio lo merecía.

Llegamos a nuestra cabaña que era muy coqueta. Teníamos lo imprescindible. Enseguida nos fuimos al agua. No estábamos solos en aquel sitio, pero teníamos el espacio suficiente para tener la sensación de que lo estábamos.

El agua estaba templada y era tan transparente que podía ver mis pies con completa claridad. El paisaje de acantilados y de reflejos verdes y azulados a lo lejos te hipnotizaba. Yo estaba alucinando de verdad. Jose estaba quieto dentro del agua mirando al horizonte.

Estábamos en el lugar ideal. En aquel beso que nos dimos dentro del agua pude recordar los momentos que Jose y yo habíamos pasado en la playa. Nos gustaba la playa y me gustaba que él me mirara sobre la arena. Algo así volvía a repetirse en aquel lugar maravilloso e inolvidable.

Había bares por la zona y los tres días que estuvimos allí decidimos comer en la arena, aunque también íbamos a esas zonas de ocio y recreo donde ponían música y podías bailar. Paseábamos por la noche. El agua mojaba nuestros pies. Yo jugaba con Jose. A veces, como si fuésemos dos niños salíamos corriendo uno detrás del otro, como si estuviésemos jugando a pillar.

Me volvía a pasar lo mismo que en Bangkok. No podía dormir por las noches. Salía de la cabaña con mi pareo y me dedicaba a mirar hacia aquel mar que parecía respirar conmigo; un espejo donde la noche se miraba, donde las estrellas del cielo se multiplicaban al reflejarse sobre las aguas. Era todo increíble.

Jose salía de la cabaña cuando él notaba mi ausencia, y me abrazaba por detrás. Era mi Leonardo Di Caprio.

Se hizo un silencio y, de repente, comencé a reír.

—¿Qué te pasa, Natalia? ¿A qué vienen esas risas?

—Que estoy notando tu erección. Me has abrazado por detrás y te has puesto contento — dije yo riendo.

—Pues ya sabes lo que toca — comentó él invitándome a que nos bañáramos.

Nos metimos en el agua y yo me desnudé.

—Soy una sirena — le dije mientras me acercaba hacia él.

Mi bañador flotaba en el agua. Mi pareo estaba en la orilla.

—Estás loca. Se va a hundir el bañador y lo vas a perder — me advirtió Jose.

—Me da igual. Tengo una maleta llena y me compré un puñado más en Bangkok — dije yo con ironía.

—Eres un terremoto. Eres lo más — no paraba de repetir, pues se estaba poniendo muy nervioso al sentirme tan cerca y al saber que estaba completamente desnuda.

Primero lo miré a los ojos. La oscuridad de aquel sitio era clara, aunque parezca una contradicción. Él me besó suavemente y yo sentí un escalofrío. Nuestros cuerpos se abrazaron. Y entonces noté que él quería que yo me colocara encima. Y eso fue lo que hice. Pude notar como su miembro entraba en mí. Sentía que la felicidad se había convertido en pasión, en fuego, en un ardor que me subía del vientre a mi pecho. No podía respirar de la emoción. Nos sumergimos en el agua, en aquellas aguas cristalinas. Ahora éramos dos seres especiales y nada ni nadie nos podían molestar. Éramos dos seres únicos en aquel universo espléndido.

Seguimos haciendo el amor, despacio, muy despacio. Se estaba mostrando el Jose más sensible. Yo gemí y grité. Y mi voz se perdía en aquella oscuridad llena de estrellas. Cuando tuvimos el orgasmo, permanecemos juntos, sin separarnos. Queríamos sentir nuestros cuerpos.

De repente, miramos al cielo y pasó una estrella fugaz.

—¿La has visto? — preguntó el con un tono alegre.

—Claro que la he visto, pero no me ha dado tiempo a pedir un deseo — dije yo con inocencia.

—Yo sí que lo he pedido, Natalia.

—Dime qué has pedido.

—No puedo hacer eso, cariño. Porque, si lo hago, a lo mejor no se cumple, ¿sabes?

—Jose, te has vuelto muy romántico, de repente.

—Ni de coña soy romántico...

Y comenzamos a reírnos. Las aguas eran testigo de nuestro amor. Al día siguiente, fuimos a hacer submarinismo y el mundo que había debajo del agua era más que alucinante. No podía creerme que existieran peces de tantas clases en el mar. Yo, que estaba acostumbrada, al mismo pescadito frito de Cádiz de toda la vida.

Así pasamos los días en aquella playa. Como si no existiese el tiempo. Llegó un momento en que me olvidé de todo. No sabía ni cuál era mi país ni cuándo tenía que regresar. Creo que Jose tenía la misma impresión. Nos mirábamos en silencio mientras las horas y los días pasaban. Nos mirábamos en silencio dentro del agua, esperando a que aquel deseo, que Jose había pedido a una estrella, se cumpliera.



## Capítulo 7

Llegó diciembre, cada vez teníamos más nervios por recibir noticias de la administración de menores, por fin un día, la recibimos.

Nos dieron cita y nos contaron todo el tema del menor, nos enseñaron unas fotos y nos quedamos a cuadro, era precioso, tenía 6 años, una mirada que enamoraba, ese iba a ser mi pequeño gran amor.

Nos avisaron que el acoplamiento sería a finales de enero, así que salimos de allí alucinando por poner cara a la persona que en breve compartiría con nosotros su vida.

Pasamos las navidades de los nervios, yo no dejaba de comprar cosa para nuestro pequeño, nos tirábamos horas hablando de él y le mandamos a través de la organización un álbum digital que le habíamos hecho con fotos nuestras y a modo cuento, diciendo lo ilusionados que estábamos con su llegada y las ganas que teníamos de abrazarlo, se lo iban a entregar el día de reyes.

Por fin llego el día y nos trasladamos a la ciudad en la que todo se haría, tendríamos que estar allí una semana, durante el día estaría con nosotros y así poco a poco hasta traérmolo.

Llegamos donde nos citaron, ya habíamos dejado las cosas en el hotel, estábamos de los nervios, ni hablábamos, nos metieron en un cuarto y dijeron que en unos minutos lo traía, esos pocos minutos se nos hicieron eternos, hasta que por fin la puerta se abrió...

—Mamaaaaa, papaaaaa ¡Por fin venís! — dijo ese precioso niño corriendo a abrazarnos con el álbum en las manos que le habíamos mandado para reyes.

No me podía creer como nos estaba recibiendo, las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas, Jose estaba igual, el pequeño no nos soltaba, es algo que jamás podré describir con palabras, ahora que lo cuento, sigo emocionándome con ello.

—Eres precioso — dije mirando su preciosa sonrisa.

—Vamos al parque — comenzó a jalar de nuestras manos.

La psicóloga nos sonrió, ese día solo estaríamos una hora con él, al día siguiente ya pasaría todo el día con nosotros.

La chica nos miró y dijo que lo bajáramos al parque que en un rato ella se incorporaría, tenía una preciosa sonrisa al comprobar que el encuentro había sido tan bonito.

Daniel solo quería llamar nuestra atención, se subía a todos los toboganes, nos llamaba mil veces, siempre como mamá y papá, eso no nos lo esperábamos desde el primer momento, pensé que sería con el tiempo.

Jose no paraba de comprarle en un Kiosco todo lo que el pequeño pedía, en el fondo ¿Quién le iba a negar algo en esos momentos?

La hora pasó rápida, cuando la psicóloga vino a llevarse a Daniel hasta el día siguiente, nos hizo jurar el niño mil veces, que estaríamos esperándolo, yo lo intenté tranquilizar y decir que por nada del mundo me perdería estar ahí

al día siguiente y siempre.

Jose y yo nos fuimos a cenar, estábamos en shock, casi no podíamos hablar, ni comer, todo sea dicho, ya lo echábamos de menos, solo hacía media hora que se había ido, pero ya era parte de nosotros.

Esa noche en el hotel no podía pegar ojo, no paraba de fumar, estaba muy nerviosa, lo quería a mi lado, lo quería junto a nosotros, ya era lo más importante de nuestras vidas.

Los siguientes días fueron terroríficos, pasaba el día con nosotros paseando, comiendo, jugando, por las noches al separarse era un numerito, lo llevaba fatal y nos dejaba hechos polvo, llegábamos al hotel en shock todos los días.

El viernes nos dijeron que adelantaban todo, que ya nos lo podíamos llevar, 3 días antes, casi nos da algo, comenzamos a llorar como niños chicos, entendieron que el pequeño no necesitaba más acoplamiento, que era evidente que estaba feliz a nuestro lado, así que recogimos las cosas del hotel, junto a las suyas las metimos en el coche y volvimos hacia Cádiz donde comenzaríamos los tres una nueva vida.

Cuando llego a casa y vio a las dos perritas, su habitación, todo lo que le habíamos preparado y lo que sería su nuevo hogar, no había Dios que lo parase, daba vueltas, miraba todo, reía, nos abrazaba, era un sinfín de sentimientos que jamás podré borrar de mis retinas.

Así que ese primer día, entro en nuestra casa dejando constancia de que, a partir de ese momento, sería el motor de nuestras vidas.



## Capítulo 8

¿Qué pasó? Ni yo sabría explicarlo, él llegó y cambió nuestras vidas...

Lo metimos en el colegio, si tengo que resaltar algo es que ahí empezó la guerra, todo lo que tenía de bueno y conformista, lo tenía de malo para estudiar, no porque fuese torpe, sino todo lo contrario, flojo y muy poco interés por los libros.

Comenzamos a obligarlo a leer, nos poníamos con él a explicarle todo y ayudarlo, en el fondo, todo empezó a rondar por y para él.

¿Éramos felices? Sin duda, el pequeño ese se había convertido en el centro de nuestras vidas, aunque es verdad que Jose, en ningún momento se olvidó de seguir con sus atenciones y amor hacía mí.

Lo llevamos a Marruecos, para enseñarle ese país que tanto visitábamos y que tanto amábamos, a nuestro pequeño le encantó, parecía que nada fuera distinto para él, se sintió allí bien desde el primer momento, jugaba con los niños al fútbol y al escondite, nosotros lo observábamos tomando un té, estábamos encantado con nuestro niño, con nuestro pequeño gran amor, así que pasamos las primeras vacaciones felices, sabiendo que todo iba viento en popa.

Llegaron las primeras navidades, lo llevamos a Galicia, pasamos aquí con la familia la navidad y luego nos fuimos para pasar fin de año y volver antes de reyes.

Los primeros reyes fueron espectaculares, solo ver su cara era emocionante, le preparé el salón lleno de regalos, globos y chuches, se me había ido la olla, pero eso era lo que me apetecía, ver su cara de felicidad.

Era feliz, nos hacía feliz, Jose estaba encantado con su pequeño, yo estaba loca de amor por ellos, debo decir que se convirtió en mi fiel acompañante, yo me encargaba de llevarlo al cole, recogerlo, comer con él, solo trabajaba por las mañanas en el horario que él, tenía de colegio, podía permitírmelo y eso hice.

Se me caía la baba, la verdad, que la severa era yo, Jose le dejaba pasar más cosas, como en todos los matrimonios, unos somos los polis malos y otros los buenos, pues eso en nosotros también existía, el pequeño hacía con Jose lo que quería, aunque con su madre también, a mí me tenía loca y cuando me ponía esos ojitos pidiéndome algo, no me podía negar.

Era la mujer más feliz del mundo, sin duda, si tuviera que pasar de nuevo por todo para llegar hasta aquí, lo volvería a hacer.

Mis dos amores, mi vida, mi felicidad, sin dudas, hoy en día, las personas más importantes de mi vida.

En la actualidad, mi pequeño gran amor tiene para 11 años, todo pasa muy rápido, todo por lo que se lucha merece la pena, hoy soy completamente feliz, aunque la vida... me tenía preparada otra gran sorpresa, esa que contaré en la siguiente página, en el epílogo de mi gran historia de amor, esa que puede gustar más o menos, pero pertenece a mi vida, una vida que no cambiaría por nada de este mundo y en las que a veces pienso, que gracias a las chiquilladas que tanto dolieron cuando era una jovencísima mujer que se enamoraba de Jose, merecieron la pena para reconfortar esta preciosa historia que marcaría el rumbo de nuestras vidas.

# Epílogo

Enero 2016.

—¿Queda mucho? —preguntó mi pequeño gran amor.

—Acabamos de salir, claro que queda —refunfuñó Jose.

—Me voy a aburrir —resopló nuestro niño.

—Y a mí me vais a desquiciar, así que más vale que mantengáis la boca cerrada —dije seria, conociendo a esos dos y cómo me sacaban rápido de mis casillas.

—Mamá, pero me aburro.

—No sé, ponte a cantar o algo —me encogí de hombros.

No lo había terminado de decir cuando el pequeño demonio ya se estaba moviendo para coger mi bolso y rebuscar en él.

Habíamos pasado las vacaciones de Navidad en Cantabria, todos los años celebrábamos esas fiestas juntos, viajando por diferentes lugares. A nuestro pequeño le encantaba, pero era bastante nervioso y no paraba quieto. Al final, cuando volvíamos, todos estábamos de los nervios y con ganas de volver a la rutina. Como cualquier familia normal.

—¿Qué buscas? —pregunté cuando miré para atrás y vi que me había sacado todo del bolso.

—Esto —dijo mi pequeño con una gran sonrisa en la cara. Me entregó el CD que su padre me había regalado en esos días y me guiñó un ojo —. Vamos a cantar.

Me lo comía, era tan desquiciante como adorable. Cogí el CD, lo saqué de la caja y lo puse en el lector.

La música empezó a sonar y yo le di más volumen, ignorando las quejas de Jose, a quien no le gustaba conducir con la música alta.

—Eres un gruñón —le dije la tercera vez que le di un manotazo impidiendo que bajara el volumen.

—No se puede conducir así, Natalia.

—¿Por qué no? Es simple, echa cuenta en la carretera e ignóranos.

—Papá, eres desquiciante —resopló nuestro pequeño, imitándonos y haciéndonos reír a los dos.

—Te lo recordaré cuando me pidas que juguemos a la consola —dijo Jose entre risas.

—Ya no te necesito. Total, para las palizas que te meto... Siempre gano —rio.

Y tenía razón, siempre ganaba. Al principio pensé que Jose lo dejaba, pero creo que al final, el alumno superó al maestro.

Con la vista puesta en el cristal, cerré los ojos y me centré en la música.

Comencé a cantar en voz baja cuando Eros Ramazzotti sonó por los alta voces.

Tú quieres libertad.  
Lo sabes, no soy yo  
Que te retiene ya.  
Y el sentimiento va.  
Son puertas que cerrar.

Tú, cuánto amor que das.  
Y nada pides ya.  
Instantes por vivir  
De luz y lealtad.  
Delante de mi estás.

Sonreí cuando mi pequeño empezó a cantar a todo pulmón, a la vez que yo.

¿Quién eres tú?  
Es tan difícil describirte.  
Un ángel como el sol tú eres.  
Que ha caído aquí.  
La verdad en ti.  
Que con el alma haces el amor.  
¿Quién eres tú?  
El cielo te ha dejado irte.  
Un ángel como el sol tú eres.  
La naturalidad se manifiesta en ti.  
Y en todo lo que acaricias tú.  
Y ahora quiéreme.  
No tienes que hacer nada sin querer.  
No puede el corazón, encerrado está.  
Y menos tú y yo.

—Tú y yo... —susurré y suspiré.

—¿Estás bien? —preguntó Jose, mirándome de reojo.

—Sí —le sonreí—. ¿Sabes, amor? A veces me pregunto qué viste en mí.

Jose no me respondió, soltó una mano del volante y me dio un apretón en la rodilla.

—¿Qué quieres de mí, Jose? —pregunté pícaramente.

—Solo a ti —me guiñó un ojo.

—Algún día tengo que escribir nuestra historia —dije con añoranza en la voz.

—¿La nuestra?

—Sí, ¿no te gustaría?

—Por supuesto — sonrió.

—Pero antes tengo otra historia que contar —dije cuando, de repente, la idea se formó en mi cabeza. ¡Qué quieres de mí! Así se llamará —dije emocionada de repente.

—Me encantaría ver tu nombre en un libro, Natalia —había orgullo en su voz.

—No, no verás mi nombre. Pero acostúmbrate al nuevo amor. Norah Carter tiene mucho que contar...

# Agradecimientos

A mi marido, por ser ese hombre que hace que siempre me sienta protegida, te amo con toda mi alma.

A mi pequeño gran amor, por todos esos abrazos que me regalas cada mañana cuando papá se va y tú te metes en mi cama, por demostrarnos que no íbamos a cambiar tu vida, sino que tú cambiarías las nuestras, te quiero por encima de todas las cosas.

A Monika Hoff, por estar siempre para todo, por formar parte de esta historia, ya que te considero de mi familia, gracias por trabajar codo a codo conmigo, aprendo y disfruto mucho de ti.

A Patrick Norton, porque ya no podríamos escribir sin ti, gracias por tu dedicación, cariño y sobre todo por cuidarnos tanto.

A todos nuestros lectores, por estar siempre apoyándonos en cada locura, en esa que dejamos a través de nuestras letras. ¡Os adoramos!

A todas esas personas que estáis ahí, que siempre han estado o empiezan a estar, todos formáis un pilar muy fuerte en nuestras vidas.

¡Gracias!

**Norah Carter**